



ISSN 1018-1563  
Tercera Época / N° 51 - 52  
enero - diciembre, 2004  
Costo: B/. 4.00

**Director:**

Coordinación de Difusión Cultural  
Universidad Tecnológica de Panamá  
Enrique Jaramillo Levi

**Corresponsales Internacionales:**

Jaime García Saucedo (Colombia)  
Carmen Naranjo (Costa Rica)  
Ángela Romero Pérez (España)  
Carlos Meneses (España)  
Dante Liano (Italia)  
Fernando Burgos (Estados Unidos)  
Roberto Castillo (Honduras)  
Jorge Kattán Zablah (El Salvador)  
Miguel Huezco Mixco (El Salvador)  
Martín Jamieson Villiers (Argentina)  
Mempo Giardinelli (Argentina)  
Viviane Nathan (Israel)  
Lauro Zavala (México)  
Florian Martins (Brasil)  
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)  
Méndez Vides (Guatemala)

**Portada:**

Nobel Barrios. Meditación.  
Técnica mixta.  
Escuela de Azuero / Chitré

**Diseño Gráfico:**

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial  
sin fines de lucro

**Una Coedición:**

Universidad Tecnológica  
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

**Diseñado y  
Construido por:**

Red Académica de Investigación y Desarrollo (PANNet)

# REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

## ÍNDICE.....

### EDITORIAL

#### TRES CUENTISTAS EMBLEMÁTICOS DE PRINCIPIOS DE LA REPÚBLICA

- ❖ Los desposados de la nieve/ Darío Herrera
- ❖ El árbol viejo/ Salomón Ponce Aguilera
- ❖ El triunfo del ideal/ Ricardo Miró

### MISCELÁNEA

- ❖ Vigencia de La isla mágica en el centenario de Rogelio Sinán / Isabel Barragán de Turner
- ❖ 11 poemas/ Eyra Harbar
- ❖ El ocultamiento de información en Los adioses, novela de Juan Carlos Onetti/ Enrique Jaramillo Levi
- ❖ Si me fuera posible vivir.../ Gustavo Batista Cedeño
- ❖ Jaque a la reina/ Piedad Álvarez Maestre
- ❖ Primera plana/ Ariel Barría Alvarado
- ❖ Dos poemas/ A. Morales Cruz
- ❖ Dos cuentos breves/ Allen Patiño
- ❖ Albedrío de empeño/ Humberto H. López Cruz
- ❖ La paradoja de la paradoja en Luminoso tiempo gris, de Enrique Jaramillo Levi/ Yolanda J. Hackshaw M.
- ❖ Cinco poemas/ Pável Grushkó
- ❖ Desacreditar la realidad/ Luis Arturo Ramos
- ❖ Ego/ Hortensio de Ycaza

### Tres Nuevos Cuentistas Panameños

- ❖ Alas plegadas/ Jorge Thomas
- ❖ Réquiem para Ballenato/ Carlos E. Fong A.
- ❖ Infertilidad/ Rafael Alexis Álvarez

### Monterroso: Brevidad y Grandeza

- ❖ Cuestión de alturas/ Augusto Monterroso
- ❖ El universo de Tito, en 500 páginas/ César Güemes

### TALLER

- ❖ La maldición del pájaro/ Eyra Harbar
- ❖ Sorpresa funesta/ Cristóbal Martínez R.
- ❖ El árbol/ Rebeca Bieberach Melgar
- ❖ El tránsito/ Elena Quintanar M.

### RESEÑAS

- ❖ "Relatos vertiginosos: Antología de cuentos mínimos"/ María Elena Lorenzín
- ❖ "Travesías mágicas" o la negación de la soledad/ Rodolfo A. de Gracia R.
- ❖ Conjeturas, misterios y corolarios en la narrativa de Rose Marie Tapia R./ Melquiades Villarreal Castillo
- ❖ Sociología de la novela "Las noches de Babel", de Ricardo Miró/ Alfredo Figueroa Navarro
- ❖ "Escorzo de un instante"/ María Gilma Arrocha Castrellón

### PAPELES DE LA MAGA

- ❖ Escribir a la hora de irse/ Eyra Harbar
- ❖ Voces y aspectos de la poesía costarricense/ Ronald Bonilla
- ❖ ¿Por qué escribe el escritor?/ Ariel Barría Alvarado



ISSN 1018-1563  
Tercera Época / N° 51 - 52  
enero - abril, 2004  
Costo: B/. 4.00

**Director:**

Coordinación de Difusión Cultural  
Universidad Tecnológica de Panamá  
Enrique Jaramillo Levi

**Corresponsales Internacionales:**

Jaime García Saucedo (Colombia)  
Carmen Naranjo (Costa Rica)  
Ángela Romero Pérez (España)  
Carlos Meneses (España)  
Dante Liano (Italia)  
Fernando Burgos (Estados Unidos)  
Roberto Castillo (Honduras)  
Jorge Kattán Zablah (El Salvador)  
Miguel Huezo Mixco (El Salvador)  
Martín Jamieson Villiers (Argentina)  
Mempo Giardinelli (Argentina)  
Viviane Nathan (Israel)  
Lauro Zavala (México)  
Floriano Martins (Brasil)  
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)  
Méndez Vides (Guatemala)

**Portada:**

Nobel Barrios. Meditación.  
Técnica mixta.  
Escuela de Azuero / Chitré

**Diseño Gráfico:**

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial  
sin fines de lucro

**Una Coedición:**

Universidad Tecnológica  
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

**Diseñado y  
Construido por:**

Red Académica de Investigación y Desarrollo (PANNet)

# REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

## ÍNDICE (cont...)

### MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA

(1 al 6 de julio de 2003)

- ❖ El corazón del tártaro/ Rosa Montero
- ❖ Así en La Habana como en el cielo/ J.J. Armas Marcelo
- ❖ Cesarea (Caballo de Troya 5)/ J.J. Benítez
- ❖ Eros/ Anacristina Rossi
- ❖ Álvaro Mutis o la Summa de una errancia/ Marcela Restom
- ❖ Ilona llega con la lluvia/ Álvaro Mutis
- ❖ La vida propia de «La tejedora»/ Liliana Martínez Polo
- ❖ Los cortejos del diablo/ Germán Espinosa
- ❖ Bitácora del Dragón/ Cristian Valencia
- ❖ Sinopsis del libro «Sin tregua»
- ❖ Sin tregua/ Germán Castro Caycedo
- ❖ Muestra poética/ Susana Reyes
- ❖ El "vicio de escribir" de Xavier Velasco/ Juan Solís
- ❖ Diablo Guardián/ Xavier Velasco
- ❖ A-B-Sudario/ Jacinta Escudos
- ❖ Los gallos de San Esteban/ Óscar Núñez Olivares
- ❖ La decadencia de los dragones/ William Ospina
- ❖ Después de todo/ Piedad Bonnett
- ❖ En torno a «Palabras sueltas», Héctor Abad Faciolince
- ❖ En torno al Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán»

2002-2003

## EDITORIAL

---

Maga llega, con este número doble (51-52), a la consolidación de una madurez intelectual plena. Desde hace muchos años se ha mantenido como la única revista totalmente literaria de Panamá, y como el único espacio permanente abierto a las nuevas voces, sin desdeñar las de los autores nacionales de prestigio y de los creadores de otros ámbitos. Así, el esfuerzo editorial mancomunado de la Universidad Tecnológica de Panamá y la Fundación Cultural Signos continúa haciendo posible, en esta su tercera época, la supervivencia de una revista que ha sufrido la indiferencia de anunciantes que a menudo prefieren invertir en lo vulgar y lo frívolo desdeñando las manifestaciones de la Cultura. Lo cierto es que nos enfrentamos a tiempos difíciles. Al reducirse drásticamente el presupuesto estatal, el usual apoyo de la U.T.P. a la publicación de Maga se reduce durante el 2003 a este único número doble, pero aumentando el tiraje. Un número, no obstante, pleotórico de textos de primerísima calidad.

En la sección «Miscelánea» presentamos poemas de Eyra Harbar, Gustavo Batista Cedeño, A. Morales Cruz y Hortensio de Icaza; así como cuentos de Darío Herrera, Salomón Ponce Aguilera, Ricardo Miró, Carlos E. Fong A., Rafael Alexis Álvarez, Jorge Thomas, Piedad Álvarez Maestre y Ariel Barriá Alvarado; y ensayos de Isabel Barragán de Turner, Enrique Jaramillo Levi y Yolanda J. Hackshaw M. (todos panameños). Como poetas invitados: Humberto H. López Cruz (cubano) y Pável Grushkó (ruso), y como ensayista invitado: Luis Arturo Ramos (mexicano). También incluimos una sección para honrar la memoria del destacado escritor guatemalteco Augusto Monterroso (1921-2003), recientemente fallecido.

Por supuesto, aparecen también nuestras usuales secciones: «Taller» (con cuentos de Eyra Harbar, Cristóbal Martínez R., Rebeca Bieberach Melgar y Elena Quintanar M.); «Reseñas» y «Papeles de la Maga».

Y en este número dedicamos una sección especial a algunos de los escritores de otros países que han sido invitados a la 7 FERIA Internacional del Libro en Centroamérica, que se realiza en Panamá la primera semana de julio de 2003: Rosa Montero, J.J. Benítez, J.J. Armas Marcelo (españoles), Anacristina Rossi, Óscar Núñez Olivas (costarricenses), Álvaro Mutis, Germán Espinosa, Cristian Valencia, Germán Castro Caycedo, William Ospina, Piedad Bonnett, Héctor Abad Faciolince (colombianos), Susana Reyes y Jacinta Escudos (salvadoreñas), entre otros, con fragmentos de textos suyos o sobre su obra.

Esperamos que este número especial de Maga resulte grata y memorable a los lectores y trascienda nuestras fronteras nacionales.

E.J.L.

Abril de 2003

**TRES CUNTISTAS EMBLEMÁTICOS DE PRINCIPIOS  
DE LA REPÚBLICA DE PANAMÁ**

---

**Los desposados de la nieve  
Darío Herrera**

**(1877-1914)**

En torno de la mesa libre ya del servicio de la cena sobre la terraza del café, en aquella madrugada fuertemente cálida, los cuatro periodistas veían llegar el día, en la ascensión lenta del alba, bajo las nubes viajeras. Y Adrio, el más joven, tomó así la palabra:

Cuando en mi viaje trasandino estuve instalado en la sala galería del hotel de aquel balneario termal, respiré ampliamente. El celador del edificio, su único habitante en invierno, hizo fuego en la chimenea, y una tibieza regeneradora fue extendiéndose por mis miembros fatigados.

La última parte de la jornada de ese día la hice, con los guías, a la carrera. El cielo, repentinamente, se puso amenazador, bajando, todo espeso y gris, hasta los picos altos. Una niebla oscura limitaba los horizontes, y grandes ráfagas de viento, zumbando extrañamente, nos obligaron muchas veces a echarnos contra el suelo para no ser arrollados. La temperatura descendió con violencia, y nuestras pisadas ya no imprimían huella alguna sobre la nieve, de una dureza marmórea. Así, eran bienhechores aquella casa y aquel fuego.

Mal tiempo viene dijo el celador en tanto que animaba las brasas, mal tiempo, sobre todo, para esos dos jóvenes. ¡Pobre niña! Sí continuó a una interrogación mía. Llegaron hace una semana, pero la niña venía enferma de cansancio y tuvieron que interrumpir por unos días el viaje. Esta mañana se fueron, a pesar de mis consejos: conozco la cordillera, y sabía que esto iba a suceder. Y como la niña no puede andar a prisa, van despacio, y hasta esta tarde no hubieran llegado a la parada siguiente. Pero ahora, con este tiempo, figúrese a los dos, solos, sin ningún guía, en esos parajes.

Mientras el hombre hablaba, surgió en mí un recuerdo. Pocos días antes, en la capital chilena, leí en los diarios, con la indiferencia del transeúnte, el relato de una aventura romántica.

Se trataba de dos jóvenes menores de edad, de familias distinguidas, cuyos amores, contrariados por el padre de ella, de modo tenaz y sin causa justificativa, tuvieron el desenlace imprevisto del rapto y la fuga, simultáneos, y misteriosos, pues no se pudo averiguar el derrotero por ellos seguido. Y he ahí que les encontraba yo en mi viaje viaje imprudente al través de la gran cordillera nevada, en toda la crudeza del invierno y ahora marchaban, solitarios e indefensos bajo aquellos preludios de una tempestad formidable. Quise enviarles ayuda, e hice una oferta a los guías.

Es imposible, señor me contestaron. No sabe usted lo que viene; mire afuera.

El hotel estaba situado sobre una eminencia. A la izquierda, a unos sesenta metros, abajo, erguíanse tres casas de piedra, deshabitadas durante el invierno. Frente, próximo, suspendido sobre una sima, ancha y profunda el lecho de un río congelado destacábase el admirable trabajo en granito del Puente del Inca. Más allá, la helada planicie, descendente, ondulosa, accidentada, como un mar de espuma endurecida. Y a derecha, a izquierda, adelante y atrás, barrancas, colinas, cerros, picos, en engranaje raro, en complicado escalonamiento, hasta los cielos, de masas blancas.

Y sobre todo aquello, la tempestad avanzaba, caía en grandes nubes, bajo una fatídica penumbra crepuscular, que desfiguraba los objetos, dándoles aspectos fantásticos. El espacio se llenó, de pronto, de una extensa floración blanca: nevaba. De lo alto venían rachas furiosas: barrían la nevada, la esparcían, la amontonaban, contruyendo con ella pirámides, columnas, puentes, cascadas densas y mudas. Y un paisaje nuevo iba naciendo, distinto del otro, cuya formación caprichosa imitaba en pequeño, con símbolos de nieve, las solidificaciones del período geogénico.

El cielo nubloso giraba, giraba vertiginosamente, sobre los picos, sobre los cerros, sobre las colinas, y descendía, descendía más aún, como en el ansia de un monstruoso consorcio con la tierra. El hotel temblaba y crujía, cual un barco en la cólera

del océano. Los truenos tenían vibraciones sordas, ahogadas por el aullido de los vientos, por el choque de las cosas. Oíanse estampidas de cañonazos, y bloques enormes reventaban. De todas partes se levantaba un alarido inmenso: diríase que las fuerzas activas de arriba torturaban cruelmente a las fuerzas pasivas de abajo.

A intervalos había una tregua. Todo callaba entonces, inmovilizándose en un gesto siniestro, en una contorsión desesperada. Después volvía el recrudecimiento horrible, el torbellino caótico, el paroxismo delirante. Grandes masas de nieve rodaban y se deshacían en algún abismo, rellenándolo al momento. Tras derrumbes fragorosos de antiguas moles de hielo, improvisábanse vórtices hondos, de cuyos bordes pendían flecos y encajes de escarcha. En seguida, una ráfaga los destruía, aventándolos, desgranándolos en todas direcciones.

Y la tempestad aumentaba cada vez más. Un cóndor pasó con las alas tendidas, impelido, arrastrado por el huracán. Hordas de nieblas irrupcionaban; subían, en asaltos heroicamente salvajes, hasta las más inaccesibles cimas; bajaban en remolinos a la llanura; danzaban, como espectros enloquecidos, sobre los precipicios, y huían perdiéndose en fondos arcanos, iluminados un segundo por la luz parpadeante de los relámpagos. Millones de copos de nieve volteaban en el aire en legiones compactas, entre las cuales pululaba el zigzagueo rojizo de los rayos. El paisaje entero era como un mar borrascoso, donde las olas se sucedieran incesante, rabiosamente. Y siempre, en todos los sitios, el aullido de los vientos, el alarido de las cosas, la angustia convulsiva de la naturaleza, el pavoroso conflicto de los elementos

En esto, voces de espanto sonaron cerca, y todos los ojos, desmesuradamente dilatados, fijáronse en un punto. En las cumbres de la izquierda, la nieve aglomerada allí no pudo sostenerse más, y desprendióse por la ladera en un alud grande como una montaña. Inició un descenso cambiante, saltando de pico en pico, por aquella desigual y dilatada gradería. Arrastraba las rocas, sacándolas de cuajo; atropellaba las otras nieves: arrollaba cuanto encontraba al paso, devorando, asimilándose todo, engrosando más y más, hasta adquirir proporciones colosales. Flanqueó las cumbres, salvó los cerros y las colinas inferiores, y dirigióse recta hacia nosotros.

El terror desencajó los rostros: íbamos a morir aplastados, despedazados. Los latidos de los corazones repercutían en el cerebro cual dobles de campanas; y en una ansiedad suprema, veíamos avanzar la gigantesca ola maciza, animada como por una voluntad destructora. Pero, de súbito, ya muy cerca, torció bruscamente de rumbo; trazó una curva rápida, y continuó su marcha paralela, envolviendo las tres casas cerradas, arrancándolas de raíz, yendo a hundir, con el estruendo de un cataclismo, su carga de nieves y de piedras, en el lecho del río congelado.

Aquello fue la crisis de la tempestad. Gradualmente empezó a decrecer, y al fin se disipó en un rumor sordo, de escuadrones en fuga. De las roturas de las nubes cayeron los rayos lánguidos de un sol de ocaso; y todo el paisaje, blanco y desolado, quedó sumido como en la inercia de un gran desfallecimiento.

¿Y ellos, los amantes fugitivos? le preguntaron al narrador, que había enmudecido.

Al día siguiente respondió llegamos temprano a una casita de correos, donde la tempestad había tejido maravillosos arabescos de hielo. Formaban extrañas flores, con todas las gradaciones de lo blanco, desde el azul, color de espuma marina, hasta el amarillento de los viejos mármoles sepulcrales.

Entré, el primero, en aquella choza cincelada en nieve por la tormenta. Al principio nada ví. Luego vislumbré, sobre la alfombra glacial, unos brazos enlazados fuertemente a un busto de mujer, a un busto delicado, fino, de una primorosa estatuaria. Removí la nieve, y aparecieron dos rostros de adolescentes. En la quietud rígida de las facciones, los ojos, abiertos, tenían aún la expresión de un terror supremo. Eran ellos, los dos amantes fugitivos, durmiendo ya el postrer sueño nupcial dentro de aquella tumba cristalina y fría. Estaban estrechamente unidos, y sus ropas deshechas por el horrible viaje, les dejaban los cuerpos semidesnudos: alabastros palidecientes en la blancura brilladora de aquel lecho mortuario.

¡Y sin duda en su patria les creen huéspedes de algún país distante, en plena vida de juventud y amor!

(Tomado de: Darío Herrera. Horas lejanas. Buenos Aires, 1903.)

**TRES CUNTISTAS EMBLEMÁTICOS DE PRINCIPIOS  
DE LA REPÚBLICA DE PANAMÁ**

---

**El árbol viejo  
Salomón Ponce Aguilera**

**(1868-1945)**

Sí, mi querida Olma, fueron mis abuelos los que plantaron el árbol viejo de naranjo a cuya sombra corrieron felices nuestros años primeros; el árbol de flores de albura inmaculada, fragantes y hermosas como las esperanzas idas; el árbol de ramas seculares que en su conjunto convergente hacia el centro formaban las líneas perfectas de un dibujo clásico para una pila bautismal; el árbol de tronco recio que asentaba su fuerza en un solo pie de paquidermo, erizado a trechos de costras o verrugas semejantes a lepromas; el árbol que fue testigo de más de una historia íntima, que oyó más de una confidencia a nuestros padres, que calló nuestras travesuras, que sonrió con nuestra alegría, que siempre nos brindó su sombra y nos ofreció sus frutos de jugo riquísimo o nos amó, en fin, como amaban las viejas esclavas a todos los que nacían en la casa paterna, a sus amos, que, a pesar de serlo, supieron soportar regaños y aun azotes de manos que en otro tiempo no fueron sino para la cadena infamante y brutal.

Ya murió. Más antes de que te cuente su fin trágico, déjame evocar los recuerdos adormecidos de la infancia, aquellos recuerdos imborrables de los cuales somos santuario inviolable a través de la distancia y del tiempo, aquellos recuerdos que se pegaron a nuestra alma para morir con nosotros a semejanza de ciertas plantas que hincan sus raíces en los muros de sólido templo y lo quebrantan y vencen más pronto que la barra o la pica.

Quince o veinte pulgadas tendría el diámetro de su base, y como el tronco era hueco, abierto por una portada que tenía todo el delineamiento de una perfecta ventana gótica, allí, en aquel recinto adecuado para la habitación de ave nocturna, halló nuestra fantasía cauce a sus ensueños infantiles y allí se realizaron, por modo vago e inconsciente la realidad de lo pasado que aprendimos, las enseñanzas dolorosas de lo que fue entonces deseado porvenir.

No han pasado muchos años, y sin embargo me parece que una distancia inmensa se interpone entre los días de nuestra niñez y los de hoy, cuando apenas la vida comienza a marcar de modo visible sus instantes transcurridos en el reloj del tiempo. He aprendido, no sé por qué arte, a olvidar lo de ayer para recordar con más íntimo goce lo que pasó cuando comencé a darme cuenta de mis impresiones de niño: mi vida tiene algo de retrospectivo que no me explico, aunque mis sentimientos me dicen que vivir del pasado, por doloroso que éste sea, es un bien inestimable que a pocos hombres es concedido.

Tú entonces contabas siete años. Recuerdo que alguno de tus parientes te había obsequiado con una hermosísima muñeca de una cuarta de largo, de pelo blondo y fino, de ojos azules que se entornaban cuando se inclinaba hacia atrás, boca apenas entreabierta que ostentaba una hilera de dientecitos muy blancos. Vestía un traje gris con franjas azules, y el menudo zapatito de ante tenía una hebilla en forma de estrella que brillaba con luces de finísima joya.

El instinto de la maternidad, que se revela tan pronto en la mujer, te había constituido en perfecta arrulladora, mejor dicho, en una niña-madre que se forja ensueños de la vida real con una muñeca de porcelana de Sevres. Eras feliz, pero tu felicidad, como dijo algún poeta, debía durar lo que las rosas. Una tarde, cuando más dichosa te creías con tu hermoso juguete, se te desprendió de las manos y se estrelló en las piedras de la calle. Tu amargura fue intensa como la de nosotros los que te acompañamos en el hondo duelo, y si he de hacerte una revelación, es la de que la primera impresión triste que tuve de la muerte fue la de la desaparición de tu muñeca.

Sí, creo verla aún como he visto después muchas personas de mis afectos rígida, con los ojos hundidos, la boca contraída con expresión de angustia, el cabello en desorden, fría con esa frialdad de las cosas inertes que piden el olvido ocultándose para siempre en el seno de la madre común.

Una caja de dominó le sirvió de ataúd. Tú la ataviaste con un recorte de tul blanco, le pusiste azahares como a una novia, la velaste en tu alcoba como a una persona muy querida, y a mí me tocó ese día el desempeño de doble papel: le recé,

imitando a nuestro párroco, las últimas oraciones, para luego convertirme en sepulturero. La llevé en mis brazos, acompañado por nuestros amigos de la vecindad, y en el mismo tronco del naranjo cavé un hueco hondo, muy hondo, y la deposité con cuidado, y la cubrí de tierra y luego puse una corona de mirtos y de rosas sobre el montoncito que indicaba lo largo del cuerpo sepultado.

Y allí, al pie del árbol viejo, había tenido lugar otro drama no menos interesante: el entierro del canario de mi hermana, que aquel día se convirtió en plañidera, haciéndonos reír con risa de bufona hasta que amortajamos al pajarito y le dimos digna sepultura en la caja de zinc de un espejo automático.

No puedes imaginarte cómo se levantaban en mi espíritu los pensamientos delicados y graves a un tiempo cada vez que iba a nuestro pueblo y pasaba junto al árbol añoso. Muchas veces me acerqué pasándole la mano por su corteza ruda como si acariciase un animal de mucho aprecio; y entonces comenzaba a vivir de lo pasado; de lo que quedó con nosotros atrás para no volver nunca, y en medio de aquella atmósfera suavísima de los recuerdos en que me colocaba la autosugestión provocada, un mundo de infinitas alegrías desfilaba ante mí con formas caprichosas de seres alados que le hablan a uno de las cosas que fueron, pero de modo tan delicado y sugestivo, que siente el corazón nueva savia para seguir viviendo.

La casa paterna ya no era mía: la lumbre del hogar calentaba a otros pero el árbol viejo estaba aún allí, hablándome siempre de cosas gratas, de las cosas que dejamos atrás con nuestra niñez y nuestra inocencia candorosa.

De pronto me parecía estar en medio de los niños del vecindario, nuestros primeros amigos, de los cuales cayeron ya algunos como espigas antes de sazón. Allí estabas tú y mi hermana, y muchos otros niños, riendo sabrosamente, cada vez que del árbol, remecido por el viento, caían como menuda lluvia desgajados los azahares, húmedos de rocío, sobre nuestras cabezas y sobre las páginas del libro primario en que aprendíamos, titubeando, las lecciones del día siguiente.

El suelo estaba cuajado de pétalos blancos que trascendía a gran distancia: yo te enseñaba a deletrear según el sistema bárbaro que practicaba nuestra pobre maestra de primeras letras, pero el repaso era interrumpido con frecuencia por cualquier acontecimiento baladí que nos atraía, y la lección quedaba, por lo general, mal aprendida.

Los azulejos picaban y picaban la fruta ya madura; la oropéndola, que bajaba de sus agrias montañas, lanzaba sobre nosotros, su canto diatónico, y nuestras miradas se perdían con las hormigas que venían a cargar los azahares deshojados, para llevarlos a sus trojes ocultas en la tierra, con las sinuosidades irregulares de inextricable laberinto. Otras veces era un rapazuelo de la vecindad que se subía al árbol, sin anuencia de nosotros, y cuando más encaramado estaba robando el fruto, corríamos a él, lo cercábamos al pie para que no se escapase, y comenzábamos por arrojarle injurias antes que los pedriscos o naranjas que regados había por todas partes. El muchacho, acorralado por nuestros gritos y dicterios, se ocultaba detrás de las ramas esquivando los golpes que le asestábamos entre risas y bromas; luego se descolgaba como un perezoso, y por último a tierra. En medio de la rechifla general, nos miraba de frente con picardía sin ejemplo, rompía la valla que le oponíamos, y cuando estaba fuera del alcance de la piedra nos hacía gestos como un mico, y sacando de los bolsillos del raído pantalón hermosas naranjas nos las mostraba en actitud desafiante para que fuésemos a quitárselas. Nuestra ira se convertía en risa, y el ladrón era amigo después que venía a ofrecernos sus habilidades para coger las frutas apenas maduras.

Y la agonía llegó, como ha de llegarnos mañana a nosotros. Sus frutos comenzaron por ser cada vez más pequeños, aunque ricos siempre en jugo sabrosísimo. La última vez que fui a visitarle llegué acompañado de mi hija, que aún no contaba un año. Vivíamos en la carnicería de la Guerra de los Tres Años, la guerra funesta que destruyó nuestra riqueza y se llevó en su turbión asolador a muchos de nuestros mejores amigos.

Una rama se inclinaba al suelo, debido seguramente a la travesura de algún galopín malintencionado. Mi hija, que apenas comenzaba a modular inarticuladas voces, se reía al ver que su manecita no alcanzaba la fruta verde que gravitaba sobre su frente sombreada de pelo muy negro y mientras me entretenía balanceándola en mis brazos como si remedase el cuadro de Las Llavectitas de nuestro Garay, un presentimiento se grabó en mi alma, y me aparté de allí con el dolor de los que ven morir una a una las ilusiones que se amaron mucho.

Después ¿Para qué decirlo? Una mano criminal se encargó de cumplir una orden infame. Un hachazo dos tres Algo como un quejido con mezcla de protesta. La parte más alta del centro estaba florecida semejando el ramo de una novia. El pobre viejo se había ataviado con los emblemas de la esperanza para morir como rey destronado en maldecida guillotina.

La mano del verdugo siguió su tarea. Otro hachazo Otro crujido Y se desplomó al fin el árbol centenario, nuestro amigo dilecto; y cayó para no dejar huella siquiera de su paso en el tiempo, como van cayendo paulatinamente del corazón los afectos tiernos y las esperanzas que nos dijeron algo de lisonjas indecibles.

**TRES CUNTISTAS EMBLEMÁTICOS DE PRINCIPIOS  
DE LA REPÚBLICA DE PANAMÁ**

---

**El triunfo del ideal  
Ricardo Miró**

**(1883-1940)**

Tendido perezosamente sobre el ancho diván de terciopelo carmesí, José Antonio Conde seguía con distraída mirada las azules espirales de humo de su cigarro que subía caracoleando y esfumándose hasta desvanecerse por fin antes de llegar al cielo-raso de la amplia habitación que le servía de estudio.

Sobre las paredes, en artístico desorden, había lienzos inconclusos, bocetos de viejos semblantes bíblicos, cabezas viciosas de hombres abyectos, rostros tristes de mujeres que habían sido vencidas por la miseria y cuerpos flácidos de niñas, cuyos rostros de bocas abiertas y ojos asombrados decían a los curiosos que se desnudaban inocentemente para llevar el precio de su trabajo a la madre ciega o al hermanito enfermo.

Ocupaba el centro del estudio un hermoso bastidor que representaba la muerte de Desdémona, dada por el celoso Otelo. Desdémona parecía dormir. Su boca, que comenzaba a tornarse lívida, una boca abierta desesperadamente pidiendo aire, estaba marcada por una mueca dolorosa.

Atrás, Otelo, con las cejas contraídas, empuñando febrilmente un puñal que llevaba en el cinto, posaba su mirada feroz sobre el pálido rostro de la muerta. A través de su frente se veía bullir la ola avasalladora de sus injustos celos; una satisfacción infinita, fruto de su brutal venganza, y allá, como comienzan a aparecer las primeras luces de una aurora de invierno, se adivinaba algo que tal vez pudieran ser los albores de un arrepentimiento tardío

José Antonio Conde era un joven artista de grandes esperanzas. Armado de unos cuantos pinceles y una paleta, se arrojó al redondel de la lucha y su peregrinación a través de las sendas del arte, más escabrosas cuando se principia, fue una marcha triunfal. Había logrado trasladar a sus lienzos expresiones tristísimas bajo las cuales se adivinaban historias mudas de dolores asesinos; rostros de niñas inocentes en cuyas frentes blancas se traslucía la pureza de sus almas castas y plácidas como las noches de luna. De ovación en ovación, de triunfo en triunfo, había llegado a la meta, arrebatando el primer premio de la exposición de las manos de los viejos maestros encanecidos en las luchas de la inteligencia.

A pesar de todo aquello, él no estaba contento. Su orgullo de artista, su orgullo de artista que siente y se encuentra capaz de trasladar al lienzo, intactas, las creaciones de su mente, le pedía más. Triunfar una vez podía haber sido obra de la casualidad, y él quería triunfar dos, tres, cuatro veces. Quería triunfar siempre

Entonces concibió la idea de hacer una obra sublime, extraordinaria, una cosa nunca vista, algo que no hubiera tenido precedente en la historia del Arte. Escogería la muerte de Desdémona en el instante en que la bella veneciana se desploma balbuceando:

¡Muero inocente!

La boca de Desdémona debería estar entreabierta por una mueca extraña de dolor; un ligero estremecimiento y un largo suspiro son las únicas señales que acusan que ha pasado a la vida eterna. Las sonrosadas carnes de Desdémona comienzan a tornarse lívidas y rígidas. En suma: quería que en su lienzo se advirtiera la transición de la vida a la muerte; que las carnes se vieran palidecer paulatinamente; quería que en torno de su cuarto flotara un ambiente sofocante de tragedia, unido al perfume misterioso de la carne joven que deja de vivir

Por largo tiempo acarició en su frente aquella idea sin atreverse a darle forma práctica: temía una derrota íntima y su orgullo de artista aplaudido se sublevaba furioso.

Al fin se decidió y preparó el bastidor porque sabía que iba a triunfar; pero entonces un obstáculo en el cual no había

pensado se alzó delante de él con los brazos abiertos, como cerrándole el paso ¿Dónde podría encontrar un modelo como lo necesitaba? Las que le habían servido hasta la fecha eran hetairas impuras a través de cuyas carnes viciosas se entreveía el fuego implacable que las devoraba en silencio; niñas vírgenes que aún no habían acabado de formarse, y él necesitaba una mujer, una mujer plenamente modelada, pero pura, con esa pureza que se extiende a las líneas más insignificantes y a las medias tintas más pálidas Entonces pensó en Julia, su dulce y su castísima esposa. Nadie mejor que ella podría ayudarlo a salir triunfante en aquella ocasión.

Ella era dócil como la cera blanda, y riendo candorosamente convino en complacerlo en lo que le pedía.

Todos los días, Julia Cardenal comenzaba a desnudarse mientras una sonrisa embarazosa abría su boca y las tintas del rubor teñían sus mejillas. Y cuando aparecía radiante en toda su desnudez aquel cuerpo correctísimo de Venus de Milo, embellecido por el suave fulgor que irradiaba su alma blanca y casta, hasta ella doblaba la frente, como avergonzada de su propia belleza. Después se tendía sobre el amplio canapé, medio tapada con un fino cobertor para que José Antonio arreglara convenientemente los pliegues de la tela que la cubría con timidez, como avergonzada de interponerse entre los ojos y los suaves encantos de la joven; luego él le daba abandono a la cabeza, languidez a las extremidades y entonces, retirándose, continuaba febril la obra en la cual trabajaba con tanto ardor. Siempre que remataba con pureza una línea o daba un toque feliz, se echaba hacia atrás para ver el efecto y orgulloso y contento corría donde Julia y le daba un beso en la frente.

No descansaba de trabajar un momento y la obra seguía adelante rápidamente, llenando el alma del artista y de la modelo de un gozo infinito.

Un día, José Antonio Conde recibió un telegrama de su padre que decía: "José Antonio: tu madre se muere."

José Antonio arregló precipitadamente una maleta y, llena el alma de la profunda pena que le causaba la fatal noticia, se despidió de Julia con un beso largo y tomó un coche que debía conducirlo a la Estación.

A los pocos días, Julia Cardenal recibió una carta de su esposo. Le decía que su madre se había mejorado notablemente con su presencia y que ya estaba fuera de riesgo; terminaba pidiéndole noticias de Desdémona. Le preguntaba si la había visto, si siempre encontraba el cuadro bueno

La segunda carta no se hizo esperar. Le participaba que su permanencia al lado de sus padres duraría un mes por lo menos; que su madre no quería que se separara de su lado pretextando que temía una gran desgracia, pero le prometía convencer pronto a su madre del ningún fundamento que tenían sus temores. Terminaba preguntándole por su Desdémona y le recomendaba que se la cuidara y visitara todos los días limpiándola cuidadosamente

Al fin, Julia Cardenal recibió un telegrama en el cual José Antonio Conde le anunciaba que salía en ese momento y debía llegar en el tren de la tarde. Ella salió a recibirlo a la escalera y se confundieron en un estrecho y ternísimo abrazo porque era la primera vez que se separaban desde el dichoso día en que se unieron para siempre

¿Cómo está mi Desdémona, Julia? fue lo primero que preguntó Juan Antonio.

Buena, hombre, buena replicó ella, y continuó:¿Sabes que me estoy poniendo celosa de la muerta?

¡Bah! No seas tonta dijo él con cariño, y soltándose de sus brazos se dirigió al Estudio, impaciente por volver a contemplar su obra predilecta.

Llegó delante del caballete y descubrió el cuadro; retiróse unos cuantos pasos y quedó aterrorizado

Aquel no era su cuadro, ni esa la obra de tantos desvelos. Había pintado una Desdémona muerta, cuya boca entreabierta por un gesto extraño dejaba adivinar el profundo dolor que le causó la injusta acusación del ser adorado, triunfante sobre los dolores físicos de su muerte; había pintado carnes demacradas, amarillas y rígidas; carnes quietas y dormidas de muerte, y aquella boca no acusaba dolor, y bajo aquellas carnes, un tanto pálidas, se veía circular la vida. Su Desdémona estaba dormida, pero no muerta. Había pretendido pintar una mujer que acababa de morir y había pintado una anémica. Y se mesaba desesperadamente los cabellos al ver derrumbarse en un momento el castillo formado a costa de tantas fatigas y desvelos

Pero ¿Cómo era que él no había notado antes tales imperfecciones? ¿Cómo era que aquella obra gigante, de la cual no había apartado los ojos un momento durante dos meses consecutivos, y que él se imaginaba representativa de un dolor horrible e instantáneo le aparecía ahora como un cuadro bello, pero sin ninguna expresión? La escena siniestra que él llevaba en la mente horrorizaba y la que había pintado enternecía

¿Por qué, se preguntaba sin cesar, por qué?

Al fin, la luz se hizo, y él dobló la frente porque era el único culpable.

Durante más de dos meses, había trabajado sin cesar en su grandiosa concepción: pero, ¡ay!, su vista, cansada con la continuidad de aquel trabajo aniquilador, se hizo incapaz de apreciar la diferencia que existía entre lo que pintaba y lo que forjó su fantasía. Cuando entornaba los ojos para estudiar el cuadro en conjunto, lo encontraba sublime porque veía que él llenaba por completo su cerebro.

Hoy, después de un descanso de un mes, después de un largo paseo por el campo, en donde a solas con su ideal tal vez lo había embellecido un poco más en sus horas de sueños, al presentarse delante de su cuadro la frialdad de la pintura le había helado el alma, produciéndole una decepción horrible.

Su Desdémona tenía vida, y eso le probaba que él era tan sólo un copiador vulgar. Y la sombra de su prematura impotencia y de su inesperada derrota se le presentaba ante los ojos, terrible y asustadora

Sus noches eran febriles y se revolvía en el lecho sin poder conciliar el sueño. A veces quería continuar su obra para corregirla poco a poco, y cuadrándose delante de Julia Cardenal, armado de sus pinceles, le decía:

Más, más dolor No; así no y tiraba la paleta al suelo y salía desesperado del Estudio.

Entonces Julia lloraba su abandono, con la cabeza escondida entre las manos, sublime en medio de su desnudez, como la bella enamorada del Rey de Ítaca

Si yo pudiera conseguir una modelo pensó una vez Juan Antonio. Una modelo muerta, pero muerta sufriendo un dolor moral horrible, como la infeliz Desdémona.

Y aquel deseo, vago al principio, fue haciéndose avasallador y único en su mente. Era una idea tenaz que le golpeaba el cerebro con el repiqueteo incesante e irresistible del timbre de un despertador.

La aurora lo sorprendió en el lecho con los ojos abiertos, atormentado por el terrible pensamiento que lo torturaba, oprimiéndolo con su implacable garra.

¡Si yo pudiera encontrar una modelo muerta!

Ya no le dirigía la palabra a Julia Cardenal y cuando entraba al Estudio sus ojos de loco se posaban sobre la obra abandonada, una lágrima le surcaba el rostro. Huía de los amigos y en la noche se le oía hablar solo y gesticular como un monomaniaco.

Fue al amanecer de una terrible noche de desvelo y de dolor. Se levantó con los ojos abiertos e inyectados: con el semblante iluminado por una sonrisa horrible y fatídica. Por entre las corridas cortinas entraba la luz de la mañana con tintes de crepúsculo.

¡Ah, yo tendré modelo! dijo riendo horrosamente. Y andando de puntillas se dirigió a la alcoba de su esposa. Julia Cardenal sonreía, soñando quizá con el próximo triunfo de su querido esposo. José Antonio se detuvo al pie del lecho y murmuró:

Desdémona, vas a morir

La joven se revolvió en el lecho y abrió los ojos.

José Antonio musitó dulcemente.

Pero él permaneció mudo, con la aterradora mirada fija sobre el semblante de su esposa.

¿Qué tienes, por Dios, José Antonio? ¿Qué te pasa? dijo ella, asustada, mientras se incorporaba en el lecho.

¿Qué me pasa? ¿Y eres tú, perjura, quien lo pregunta? ¿Qué tengo? Sed de venganza, horrible deseo de muerte que tú tan sólo puedes aplacar y avanzó hacia Julia extendiendo sus brazos de atleta.

Ella retrocedió aterrada, con los ojos abiertos, como buscando un abrigo entre los cortinajes del lecho, pero al fin la pared le

cerró el paso.

Entonces José Antonio avanzó, rojo de ira, echando espumarajos por la boca y tomándola por una mano, la atrajo hacia sí y la apretó con furia.

Ella se defendía forcejeando con desesperación entre sus brazos, que cada vez estrechaban más el anillo de hierro con que la ahogaban y cuando ya no pudo resistir, hundió sus sonrosadas uñas en el pecho de José Antonio, como último medio de defensa.

Aquello acabó de enfurecer al loco, que haciendo un supremo esfuerzo, oprimió, oprimió el cuerpo de Julia Cardenal hasta que los huesos crujieron y la joven dobló la cabeza sobre su pecho sudoroso.

José Antonio abrió los brazos y la dejó caer: estaba fatigado. Permaneció unos cuantos minutos inmóvil; luego, tomando nuevamente el cuerpo de su esposa, se dirigió al estudio y lo tendió sobre el ancho canapé, medio tapado con el fino cobertor.

El primer rayo de sol lo encontró trabajando febrilmente en la obra tremenda que ideara en sus sueños de artista aplaudido.

Reía feliz, con risa de loco, porque ya tenía el modelo que necesitaba.

(El triunfo del ideal aparece por primera vez en El Heraldo del Istmo, revista ilustrada, año II, número 26. correspondiente al 31 de enero de 1905, páginas 12 y 13. Después lo recoge Mario Augusto Rodríguez en su libro Estudio y presentación de los cuentos de Ricardo Miró, en 1956.)

**MISELÁNEA**

---

**Vigencia de La isla mágica  
en el centenario de Rogelio Sinán**

**Isabel Barragán de Turner**

Cuando en tranquilas olas de reflexión arribamos al onírico paisaje de La isla mágica, descubrimos que los distintos planos de su embrujadora realidad se nutren o se vivifican gracias a un manantial que fluye desde el epicentro de la cosmovisión de ese hacedor de mundos y de vidas que es su autor. El surtidor que alimenta la magia creadora de Rogelio Sinán, y con el cual hace mil arabescos y filigranas narrativas, no es otro que la sabia amalgama del aliento del alma nacional con el soplo del espíritu universal, de la pujante y espontánea tradición popular con la decantada raigambre de la literatura de todos los pueblos del orbe. Esta atinada fusión de elementos se cuaja y arraiga en los mutables materiales de la lengua con cuyo material sonoro Sinán construye un puente cultural que enlaza a las distintas generaciones que tejen nuestra historia nacional.

Desde la apertura de este panameño Decamerón, notamos la fuerte corriente de lo mítico empujando, eslabonando, rotando los distintos ejes de la ficción, los que se engarzan a través de varios engranajes narrativos que giran en torno a la celebración de la Semana Santa, celebración que adquiere significados que rebasan su filiación cristiana. En la proyección de esta conmemoración católica del drama del calvario, la escrutadora y audaz pupila del creador-poeta que es Sinán, advierte matices y perspectivas que muchos panameños nos hemos negado a mirar o simplemente no hemos advertido nunca. Serafín del Carmen, otra de las máscaras de Bernardo Domínguez Alba, que aparece como personaje en la obra aclara:

"Según mi pánica cosmovisión erótica, la tragedia del Gólgota se ha conservado en la isla no en su prístina pureza mística sino en una mágica amalgama de Cristianismo y Paganismo. Para la Iglesia el Amor o es sagrado o es profano, pero aquí se entretejen amores en una báquica rapsodia más apta a un aquelarre de brujas que a una evangélica pasión sacramental."

Desde esta perspectiva veremos que, por un lado, la Semana Santa se nos presenta como una rutilante y cromática exposición de cuadros primitivistas o de escenas de un teatro originario donde se capturan las creencias, las costumbres y el folclor de todo un pueblo que expresa su postura vital a través de las proverbiales manifestaciones con las que se conmemora la Semana Santa, manifestaciones cuyo objetivo sacro se diluye en las ingenuas representaciones histriónicas o en prácticas nada católicas, que más bien resultan dionisiacas. De allí que la función de este plano narrativo es lograr que el narratorio rememore sus experiencias cuaresmales y se deleite al recorrer la Isla Mágica en las procesiones del Domingo de Ramos con el pollino engalanado con cintas y espejitos, sobre el cual cabalga a veces la estatua de un Nazareno de lujosa vestidura morada, a veces un niño o mozalbete que encarna al hijo de David, o en la procesión del Viernes Santo con sus penitentes, su Magdalena y su Verónica ataviadas de tafetanes y relumbrón de oropeles, con su Cirineo, sus centuriones y sus pasos del Santo Sepulcro y de la Dolorosa.

También se nutren estos cuadros primigenios con las anécdotas que en cada pueblo hacen rosario de chistes que se cuentan, con los inevitables añadidos, año tras año, los que pronto llegan a formar parte de la tradición popular. Son lances patrimoniales de nuestros pueblos mestizos los acostumbrados lamparazos, de los cargadores de andas, lamparazos, latigazos o en penitencias, gracias a los cuales los costaleros resisten con entusiasmo y bríos el peso de la pasión de Cristo, la cual llevan sobre sus hombros con la ayuda del Cirineo etílico. Igualmente, se tejen con las palmas del Domingo de Ramos y con los cirios pascuales irreverentes historias donde un personaje importante o muy conocido del pueblo se convierte en actor o víctima de un suceso que desvirtúa la solemnidad religiosa de la Semana Mayor. Las bufonadas de Cariote vestido de centurión, la estrepitosa caída de Betún en su papel de Nazareno, gracias a los cohetes de Pipe y al terror de la escarmentada jumenta, serán chascarrillos habituales para los lugareños que pierden las religiosas perspectivas de la celebración santa y actúan llenos de vitalidad ante la muerte, aunque ésta sea la de su Dios.

En un rasgo complementario de la anterior visión de la Semana Santa, se encuentra la mixtura pagano-cristiana que se observa en la base de esta celebración. La creación literaria saquea la realidad referencial y las aúna estrechándolas a veces en una carcajada, a veces en una herida lacerante. Así, en la Semana Santa que funciona como pivote en La isla mágica no

sólo está presente la tradición popular que transmite a cada generación los pormenores escénicos de la representación teatral de la aflicción del Mesías, sino que el mito poético y la magia de la superstición se levantan con un vigor lírico que subyuga por la energía de la creencia irracional que pone embrujo y magia en los hechos cotidianos. Esto es así porque en la realidad mágica que vivimos cada día, a pesar del logos y de la racionalidad de la cultura occidental, tal como lo expresa uno de los corifeos de la Isla Mágica, que representa el logos local, don Plácido Ladera, «Creemos en fantasmas, en hechizos, en brujas, en tesoros ocultos, en prodigios marinos, en milagros y hasta en sueños premonitorios. Desde que nacen, nuestros niños llevan al cuello escapularios contra el mal de ojo y otras raras creencias como la Tulivieja y la Silampa.» Cuando un día Viernes Santo muere Juanito Salerno se corrobora esta opinión, puesto que en torno a la Semana Santa se ha urdido una sinfónica poetización del mito pagano de la metamorfosis:

"Es pecado zambullirse en el mar el Viernes Santo.

Pudo volverse peje.

Las mujeres dizque se truecan sirenas. Los hombres, en tritones, pensó don Plácido."

Frente al sentimiento trágico de la vida que debía impregnar, según Unamuno, el cristianismo hispánico, encontramos la vitalidad pagana de la América tropical, síntesis de etnias. A esta pujanza se suma la candidez ignara, la que promueve cucos que se mezclan en forma profundamente lírica con los mitos de la antigüedad grecolatina, los que se expresan en las actitudes irreverentes que genera la muerte de un Dios en estos pueblos cuya memoria atávica atrapa, aun sin quererlo, la presencia de dioses olímpicos, precolombinos y africanos. Volverse sirena o pez si uno intenta disfrutar de la frescura de los mares y los ríos en la calurosa atmósfera tropical, o volverse mono si se desea, subiéndose a un árbol, apoderarse de una fruta apetitosa, conjurará al gran Proteo, el artífice de las mutaciones, quien es capaz de dar vida a lo inanimado y de cambiar las formas esenciales de la existencia.

Como un verdadero intérprete del alma popular, Rogelio Sinán repasa y revalora nuestros mitos y en su Decamerón mágico lo legendario se explica a través de concreciones irracionales con las que el pueblo logra huir de la espantosa realidad de su desamparo y de su explotación. Así se percibe a través de la etérea y a la vez lúgubre atmósfera del paso de las ánimas, el que, según reza el texto, es "fomento de mil leyendas de desaparecidos, un perro negro, un cura sin cabeza, cierto ahorcado que ardía." Estas manifestaciones presentes en las creencias de nuestros pueblos, se desmitifican cuando leemos en los anales de la realidad la perpetración de la injusticia. La leyenda de la iniquidad nos parece hiperbólica porque borra de un zarpazo los cánones de la tolerancia y del respeto a la vida. El ahorcado que arde nos hará arder de indignación cuando deshagamos la urdimbre de esta espectral leyenda.

Con la misma función ficcional, encontramos en el mismo plano narrativo una serie de mosaicos que, aunque responden al planteamiento total de la concepción del plenilunio de la pasión del Cordero, pueden desarticularse de la coherente totalidad de esta obra de secuencia compleja, porque poseen la autónoma redondez de su propio universo. Este es el caso de algunos cuentos que están entretejidos en los distintos decálogos con los cuales Sinán re-crea o configura una nueva versión de conocidos cuentos folclóricos o tradicionales, los que, gracias al arte panameño y universal de Rogelio Sinán, cobran novedosa y fresca vigencia. Tal es el caso de los episodios titulados Lázaro, surge et ambula, Rivalidad entre Felipe y un macho cabrío, El tesoro escondido, Las copróforas y algunas más. Estas historias son patrimonio colectivo y poseen vigencia funcional, ya que se transforman según la ocasión y el intérprete; el lector advertirá, sin embargo, que las fronteras entre la realidad y la ficción resulta, muchas veces, un tenue papel de seda que las repetidas humoradas de la vida se gozan en romper una y otra vez.

A quien no le es familiar la historia del muerto llorado y rezado que se levanta en el mismo borde de la fosa, entre el espanto y la risa provocados por el asombro. Así le ocurre al Lázaro de la Isla, encarnado en Pipe Durgel, postrado de muerte etílica, quien se salva del anticipado deceso, gracias al instinto irreflexivo de su virilidad, la única parte de su cuerpo que no quedó en trance cataléptico. En otros episodios se novelan los numerosos chascarrillos y chistes soeces que se han generado de las costumbres zoofílicas de nuestros muchachos campesinos y también urbanos, durante la etapa del despertar del sexo. Otras aluden a téticas narraciones de aparecidos y sueños reveladores de entierros de tesoros, también las hay que recuerdan las peripecias de nuestros abuelos para deshacerse de los desechos biológicos.

En esta latitud del mundo narrado encontramos también la intención de subrayar algunos aspectos de la identidad nacional, de allí que La isla mágica emerja desde lo profundo del vasto mar de nuestras esencias panameñas que se enriquecen con corrientes cosmopolitas y universales, gracias a la rica cultura del autor, quien no sólo maneja con absoluta propiedad nuestra mitología criolla, sino que se mueve con erudita seguridad dentro de las órbitas del mito bíblico y la tradición judeo-cristiana, lo mismo que en los circuitos mitológicos de la antigüedad clásica y de los cultos gnósticos y esotéricos. Es por ello por lo que esta obra presenta, dentro de los márgenes de lo local, la más asombrosa colección de costumbres y tradiciones que van desde la presentación de los platos y recetas de una auténtica cocina panameña, que ha huido de nuestros fogones con el advenimiento de la cultura invasora y tecnificada del norte, hasta la feliz utilización de toda suerte

de locuciones y vocablos regionales pertenecientes al habla popular más desenfadada y espontánea: brujulear, garrullilla, corrinchar, descuajaringarse, embolarse y mil más, los que, con la adición de tantos refranes populares y de palabrotas soeces del más alto calibre, servirían para editar un diccionario de panameñismos que reuniría, además, todas las posibilidades de los nombres del culto fálico.

El segundo gozne sobresaliente de La isla mágica es la ficcionalización de algunos retazos poco tratados de la historia de Panamá y muy particularmente la de la isla de Taboga. La isla mágica es una novela totalizadora y polifuncional, ideada para presentar la cosmovisión del autor y para crear fórmulas narrativas que contemplan la posibilidad de varias lecturas y de varios lectores. La escritura del plano antes examinado está destinada al lector común, su acceso no necesita de muchas herramientas culturales. El plano que expone los episodios históricos de la Guerra de los mil días, de la Fiebre del oro y la Construcción del ferrocarril, de la Tajada de Sandía, de la Construcción del canal, primero por los franceses y luego por los estadounidenses, la Guerra de Coto y algunos datos marginales de la historia del país hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, está organizado con múltiples formas de anacronía, no hay sucesión continua, sino que es frecuente la retrospcción o analepsis que se generan a partir de un enlace por asociación, enlace que no nos resuelve el conocimiento total del episodio; por ejemplo, la aparición del fantasma de un ahorcado ardiendo, compele a realizar una sesión espiritista, el espectro da cuenta de un fragmento de su historia, pero entre los presentes hay una mujer que fue testigo ocular de lo que ocurrió en la isla a raíz del incidente de la Tajada de Sandía y el lector con el hilo de Ariadna que le brinda a ratos un narrador omnisciente logra salir del laberinto y reconstruir el episodio. Lo mismo ocurre con las resonancias que la Guerra de Coto deja rebullir en la isla y en la urdimbre del argumento de toda la narración. La historia panameña es pretexto y contexto para organizar la historia de la familia Durgel, cuyas raíces haitianas e inglesas producen una sucesión de mestizajes signada por la herencia irrestricta de unos ojos garzos iluminando una piel mulata. El hilo narrativo de la historia colectiva se empareja con la madeja personal de la historia de cuatro generaciones de Durgel. Este plano narrativo exige un lector participativo, con conocimientos previos de la historia patria, ya que algunos datos referenciales sólo se insinúan o se abordan marginalmente.

Como se ha dicho, la Semana Santa funciona como una especie de cigüeñal trascendental para exponer la cosmovisión del creador, cigüeñal sobre el que se engarzan bisagras narrativas con distinta funcionalidad y profundidad. Uno de los goznes más importantes e interesantes, y también uno de los más difíciles de descifrar, es el que sustenta la creación y construcción literaria de los personajes protagonista y antagonista: Juan Felipe Durgel y Danilo Hipólito Salerno. Con la biografía de estos dos personajes, Sinán nos descubre cuan cuidadosamente urdida y planeada está La isla mágica, novela que no es producto de un acto repentista, o de una simple hilvanadura de recuerdos o vivencias de la infancia y juventud.

La novela de Sinán está construida sobre la base de la interpretación freudiana del mito de Edipo, interpretación que se conjuga certeramente con la leyenda del don Juan, por un lado, y con el mito de Hipólito, el hijastro de Fedra, por el otro; tales elementos se amalgaman dramáticamente con el ritual de la Semana Santa, ritual que acaba por celebrarse con un trastorno diabólico y aparentemente irreverente.

Para Freud, los seres humanos nos afirmamos sexualmente en una etapa temprana de la infancia, etapa en la que la figura de la madre y del padre juegan un papel primordial. Para los niños varones, la madre es la protectora, la fuente de seguridad, de satisfacción de todas las necesidades y también de placer, placer que aunque no es efectivamente sexual, sí es efectivo en el plano sentimental y hasta en un estrato de iniciación sensual. Asimismo, el padre debe representar para los varoncitos un paradigma, un modelo al que hay que imitar; una fórmula para afirmar su virilidad. A esta etapa de la vida, el insigne vienés la bautizo como Complejo de Edipo. La sana resolución de este periodo de la infancia promoverá un desarrollo saludable de la personalidad y de la sexualidad; lo contrario conllevará un morboso desenvolvimiento de la personalidad y de la sexualidad, una sicopatología.

En La isla mágica nos encontramos con dos resoluciones distintas de un trauma vivido en la etapa edípica. Por una parte, hallamos un lujurioso burlador de mujeres, un Don Juan tropicalizado y montaraz; por otra, un culto y esclarecido Hipólito, un europeo con un exagerado deseo de perfección y pureza, además con una latente homosexualidad. Ambos personajes son producto de apareamientos premaritales o extramaritales. Ambos son abandonados por sus madres. Ambas madres fueron promiscuas y libertinas.

La diferencia de ambas resoluciones frente a parecidos vínculos maternales, la establecen varios elementos clave: Chompipe Durgel, es un mulato de ojos azulinos, heredero de la exacerbada lujuria característica de su progenie y de una bien dotada fuerza viril; vive de forma silvestre, libérrimo, sin inhibiciones, ni tabúes religiosos. Además, afirma su masculinidad, no con la figura de su padre Goyo Gancho a quien juzga débil y desorientado; pero sí con la figura de su abuelo Juan Durgel, o Gancho Hermoso, marino hábil y andariego aventurero, osado cazador y arponero a más de enamorado y mujeriego. Hipólito, en oposición, es un joven italiano, blanco y rubio de clásica belleza renacentista, educado en escuelas católicas con la consiguiente conciencia de la culpa, del pecado y del arrepentimiento; con inclinaciones artísticas y artesanales, con una inculcada vocación religiosa y un culto hiperbólico a la pureza, la pulcritud y la cortesía. No se siente identificado con ninguna figura paterna, porque ni siquiera conoció a su padre y su abuelo es un

represor odioso que insulta constantemente a su madre ausente. En cambio, rinde un culto extremo a la Virgen María y un anticulto a Eva, a ambas las relaciona con su madre corrupta y prostituida. A la primera, por la belleza de su rostro parecido al de la madona y porque es el ideal de madre que desea lograr mediante el arrepentimiento de la pecadora y a la segunda porque, según la Biblia, fue la causa del castigo de Adán, y él, como el primer hombre, se siente castigado por la culpa de su madre.

Todos estos ingredientes mezclados en una licuadora de sueños, como bien indica Serafín del Carmen, van a converger en un complicado proceso diegésico que barrunta, como se ha visto, varios planos y varias encarnaciones. La caracterización de Juan Felipe Durgel no se agota con la máscara de Don Juan, aunque nos demuestre que el leit motiv de su comportamiento es su deseo irrefrenable de burlar a cuanta mujer, virgen preferiblemente, se ponga a su paso; aunque cene con convidados de piedra; aunque suspire por una Doña Inés muy sui generis. Detrás de la máscara del Tenorio está el complejo edípico que lo impulsa desde el fondo de su subconsciente a castigar a su madre descastada y renegada, a castigar su abandono en todas las mujeres que estén a disposición de su libido. Para lograr este objetivo, Pipe tiene conjuntamente adyuvantes y oponentes. Entre los primeros, la constante actividad de sus glándulas, el aire yodado del mar, la exuberante vegetación tropical, el contacto con la naturaleza y la visión continua del apareamiento de los animales domésticos y silvestres, la dieta de mariscos rica en fósforo y en legendarios afrodisíacos. Entre los segundos, las enseñanzas sexofóbicas de la iglesia que anatematizaban el natural impulso de supervivencia de la especie para revestirlo con toda suerte de morbosidades, impudicias y maliciosas chocarrerías para detrás de la puerta. Aprendizajes bien asimilados por una clase patriarcal, tradicional y santurrona, pero por demás fariseista, que se encarga de reprimir y desvirtuar el anhelo de la vida por perpetuarse. Su donjuanismo no es pues, como el de la tesis de Gregorio Marañón, un deseo de probar constantemente una indecisa virilidad, sino todo lo contrario, un impulso genésico irreprimible, empujado por el mandato punitivo de su subconsciente herido por la traición de su madre.

Su antagonista, Danilo Hipólito Salerno, por contraste, creció al margen de su propia esencia, reprimido, inhibido, aislado del trato de otros jóvenes por miedo a contaminarse de su frivolidad, obscenidad y desenfreno. Su historia personal transcurre sin estridencias entre el estudio y la oración. Según declara en un largo monólogo, había sabido mantenerse puro y era paradigma de lo que debe ser un buen cristiano. Ya era diácono, le faltaba sólo un año para recibir la orden sacerdotal, cuando se aficionó al vino de consagrar y estimulado por sus libaciones, el calor, la desnudez de su cuerpo y el recuerdo de su madre, reaccionó de forma viril, por lo cual se sintió impuro e impiamente tentado por los demonios. Para Hipólito, el natural despertar de la sexualidad debía refrenarse, expulsarse del cuerpo por cualquier medio, porque tan normal evolución genital le hacían sentir terror y oprobio de sí mismo. Sus sueños eran fantasías eróticas tejidas con la Virgen y con la madre, fantasías incestuosas que a veces lograba sublimar en la misma zona onírica, escuchando la voz de Dios que pronunciaba la palabra perdón para su madre, entonces se regocijaba. Pero la voz del diablo jugaba con el lenguaje repitiéndole que Rosina, su madre, va al Paraíso, Val Paraíso, Valparaíso, localidad chilena donde su madre era una conocida y rica meretriz.

Al igual que Chompipe, Hipólito también tiene adyuvantes y oponentes en el proceso actancial de lograr la virtud. Sin embargo, para Pipe los adyuvantes eran más y mejores para lograr su objetivo de burlar y poseer a todas las mujeres posibles; para Hipólito, los oponentes son tantos y tan fuertes que su virtud peligra a cada momento. Su máximos oponentes son el ángel de Sodoma y Fedra. Para exorcizar al ángel de Sodoma, Hipólito prefiere recurrir al homicidio, acción que le parece menos degradante que caer en la práctica de la homosexualidad, por dos veces no dudó en cumplir la profecía de que sería capaz de asesinar por la pureza. Asimismo, Fedra se opone a que Hipólito logre la redención de su madre, ya que Rosina, tal cual lo hiciera la esposa de Teseo con su hijastro Hipólito, quien era un joven y hermoso guerrero que rendía culto a Artemisa y despreciaba los placeres que Afrodita dispensaba a los mortales, fue violentamente inducida por la diosa del amor para que se prendara de Hipólito y se le ofreciera con loco apasionamiento. El joven hijastro montó en cólera y la despreció. Rosina, sin ningún prurito moral, se le ofrece impudicamente a su hijo, quien horrorizado comprende que su misión salvífica ha fracasado. Este acto constituye una inversión del Complejo de Edipo, puesto que ya no es el hijo el que siente atracción sexual por la madre, sino es ésta la que seduce al hijo, provocando en él un consumado e íntegro rechazo por la coyunda con las mujeres.

Ya dibujado el mapa vital de estos dos personajes, sabiamente, Sinán los enfrenta mediante la disputa por una isleña Doña Inés, la maestra Cándida. Para entonces Felipe e Hipólito habían establecido una relación paterno-fraternal a través de su relación como maestro y aprendiz en el arte de armar barcos. Cándida, por el fatal incidente ocurrido a su hermana, odiaba a Pipe y se inclinaba sentimentalmente por Hipólito, con quien se casa después de comprobar su estado grávido, producto de una violación cuyo autor pensaba ella era el Don Juan isleño, pero cuyo responsable resultó ser Hipólito, en un único e irrepetible acto heterosexual. Como después del lance de la poza, Hipólito no volvió a funcionar virilmente, Cándida comenzó a desear ser poseída por Felipe el Hermoso y engañar al padre de su hijo Juanito. Para consumir el adulterio, Sinán se vale de su conocimiento y gusto por la dramaturgia e instala un escenario de varias puertas y frascos equívocos. El telón de fondo es el Sermón de las siete palabras y la procesión del Viernes Santo. Los actores: Cándida que espera anhelante que Hipólito, que funge como diácono y va a participar como un alcoholizado penitente, vestido de Nazareno, en la procesión, se tome un fortísimo somnífero mezclado con licor que facilitará su encuentro clandestino con el amante

mulato. Pero, como en el mejor teatro renacentista, es Pipe quien se bebe el somnífero puesto en el aguardiente y por ello, al descubrir Hipólito la infidelidad de la pareja, se desencadena la tragedia.

Para vengarse, el resentido esposo se dispone a sustituir la imagen de Cristo por el cuerpo desnudo de Felipe, para exponerlo a la vindicta pública en la mañana de la Resurrección. Al manipular el cuerpo desnudo del mulato, el ángel de Sodoma se presenta con una fuerza irrefrenable, y en un irreverente ritual, Hipólito sucumbe a su naturaleza homosexual, rezando: "Señor, ya que lo quieres me entrego al sacrificio como inocente víctima propiciatoria... y decidió inmolarse, se entregó a los dictados del ángel de Sodoma." Después de los anteriores lances, la acción toma un giro inesperado, se convierte en una parodia del ritual católico. Juan Felipe Durgel, quien para muchos era el mismo demonio encarnado, va a ser crucificado y su sangre será alimento de vampiros hematófagos, dándole así al desenlace un toque aparentemente satánico porque al sacrificar al hombre pagano, impúdico y rijoso, al que representaba el triunfo de la lujuria frente a la pureza, en lugar de la figura del manso y puro Cordero que es Cristo, se ha invertido el rito del triunfo de la virtud sobre la corrupción. Pero este toque satánico es sólo aparente porque en la cosmovisión del autor pregonada por Don Plácido y Serafín del Carmen y otros corifeos, como Sant'Elmo, quien decía que la función sexual era un misterio gozoso impuesto por Dios y consignado en el Génesis, por tanto el disfrute normal de los placeres del sexo no puede constituir pecado, no puede ser demoníaco porque es un impulso natural de las especies. Por tal razón, Pipe Durgel no puede ser un representante del demonio, su muerte a manos de Hipólito, es símbolo del triunfo de la inhibición del instinto vital, de la privación sobre la espontaneidad de la misma vida. El que el representante de la Iglesia Católica haya aniquilado a Pipe, al instinto en su germinal vigor, para después suicidarse, resulta una alegoría de lo que expresan los personajes de la obra, que la sexofobia de la Iglesia y el haber preferido el celibato, la llevará a su propia destrucción.

La isla mágica fue una novela anatematizada por lectores que se quedaron en las arandelas y no penetrando en las profundas convicciones éticas del autor, para quien las comunes prácticas sexuales no constituyen una auténtica violación del sexto mandamiento. La piedra angular de su moral es la erradicación de la injusticia y, por tanto, darle categoría de pecado a una conducta que es el resultado de unas sanas glándulas, de una alimentación estimulante y de un contacto voluptuoso con la naturaleza, es buscar la fiebre en las sábanas y pecar de gazmoño y pudibundo. Sinán nos ofrece su concepción de la divinidad cuando expresa que su Dios es "justiciero y bondadoso, pero se opone a la injusticia, a la impiedad y al crimen; se opone a la riqueza que esclaviza al obrero y al campesino; se opone a los inmundos traficantes de armas y drogas; se opone al fraude y a los grandes negociados...; se opone a la crueldad, al genocidio, a la discriminación, a cualquier tipo de prepotencia y a toda falta de ecuanimidad... Para quienes cometen esas culpas, definitivamente, ¡no hay perdón!"

En el Centenario del nacimiento de Rogelio Sinán comprendemos que siempre hay hombres que vencen la muerte, los creadores son de esa egregia estirpe; los méritos que iluminan su obra trascendente le ganan la contienda a la mortaja y a la tumba. Rogelio Sinán es uno de esos insignes inmortales, vencedor de la muerte por el mágico manejo de la palabra, de la palabra hecha de cilicios, de aromas y erotismo; del paisaje marino y tropical de la patria pequeña y de los dilatados panoramas de su andar cosmopolita. Rogelio Sinán está en el cielo de los bienaventurados, porque más allá de su vida, de sus peripecias, de las pequeñas debilidades del *humanus sumus*, queda su profunda huella de creador de mundos, de hacedor de hombres, de inventor de mujeres seductoras que se generan y se descubren en las páginas de una literatura substancial y profundamente humana. Bienaventurado seas Rogelio, seguirás viviendo con el esplendor de tus palabras.

(Trabajo leído en la Universidad Tecnológica de Panamá  
en abril de 2002, en una Mesa redonda sobre La isla mágica, de Sinán.)

11 Poemas

Eyra Harbar

**Cosas de mujer**

La primera vez  
la sangre,  
como hija,  
caminó por la vida  
con su verdad,  
y fue siempre  
hasta el final  
anunciando  
la fertilidad  
y todos sus tiempos.

**Viendo llover**

La atormentada  
necesidad del agua  
va raptando el último  
agujero de sol,  
y de pronto las ánimas  
que trae el viento  
me despiertan  
las ganas de estar  
acompañada.

**Pronóstico**

Como gitana le dije  
que estaría conmigo  
una noche de lluvia,  
cuando el relámpago  
estallara su candela  
entre los bosques  
y una carcajada de nube  
rompiera su fuente  
sobre el mundo.  
Y estuvo a tiempo  
la fecha y el cuerpo  
para el amor.

**Aguacate**

Prendada estoy del aguacate.  
No dejo de pensar  
en su acuosa existencia verde,  
la luz vegetal balanceada  
en su cuerpo de fruta,  
convidándome la dentellada.  
Aún pienso en el aguacate  
de unos ojos que he visto.

**Guitarra**

Ayer me entregó  
su cuerpo desnudo  
y sentada entre mis piernas  
fue dejándose amar  
desde la boca.

**Muelle**

El mar se ancla  
dormido  
en la pacífica piedra  
del muelle,  
la pared magnífica  
en que descansan las olas  
hasta el próximo temporal.

### **Soplo**

Entiendo al aire  
cuando lo impulso,  
desde mi boca lo llevo  
al caracol de tu oído  
y se estanca como el mar  
para ser escuchado.

### **Estibador**

Anclando el ebrio  
movimiento de sus hierros,  
la nave espera madurar  
la digestión del plátano  
en su bodega de hielo,  
mientras canta  
todavía  
el estibador.

### **Radiante vestido**

Con tu mano  
me revientan  
los disparos  
de la médula,  
y viste lúcida  
su acto  
la humedad  
en los labios.

### **Pescado**

Como sedales  
aún mojados  
que no niegan la huella  
en que anda  
su naturaleza pescadora,  
el olor que desprenden  
las branquias de sal  
me guía al mercado.

### **Receta**

Todo el amor que es tuyo  
se me queda pendiente  
en las blandas rodajas  
del marañón de tu boca,  
en la tez nacarada  
de tus dientes de ajo  
que me arrancan la vergüenza  
en efervescente vapor,  
y es azúcar  
tu palabra de caña  
entre mis manos,  
convocándote entero  
en cierto placer  
sin receta.

(Tomados de: Eyra Harbar. Donde habita el escarabajo. Panamá:  
Universidad Tecnológica de Panamá, 2002.)

MISELÁNEA

---

**El ocultamiento de información  
en Los adioses, novela de Juan Carlos Onetti**

**Enrique Jaramillo Levi**

Los adioses es una novela que presupone en ciertos hombres los que Onetti suele escoger para contar historias la necesidad feroz, tal vez sólo natural inclinación, de ir creando un lúcido, imaginativo y muy personal sistema de relaciones y nexos, supuestos y razonamientos, posibles causas y consecuencias de los hechos observados o simplemente intuitivos, en torno a incidencias cuyas características más evidentes vistas desde fuera al menos son la trivialidad y la rutina humanas. Pero resulta que la visión exterior que de los hechos y las personas tiene el narrador-testigo que informa y además especula en torno a ellos, presenta sutiles fisuras, inquietantes contradicciones, significativas lagunas, que, al no tener una explicación conciliatoria, permite y hasta propicia el misterio y el desconcierto.

Desde el principio de Los adioses, el personaje que como testigo e intérprete autodesignado cuenta la historia del excampeón de básquetbol llegado al pueblo para dejarse morir abatido por la humillación, además presente y añade a los rasgos evidentes de éste, ciertas dimensiones que dejan entrever o adivinar un mundo singular y extraño, sórdido a ratos, a menudo hermético y, en las cosas que realmente importan, ajeno a la tenaz observación minuciosa y al chismorreo de los otros. Oscilando entre el más evidente de los acechos dirigidos a la vida del forastero cuyo cuerpo largo, delgado y torpe alberga y muestra ya, multiplicadas, las semillas de la muerte, la capacidad aguda de atar cabos sueltos completando los datos que se desconocen o que suscitan razonables dudas, y las versiones de la realidad que aportan otros testigos procediendo a su vez por un sistema de deducciones, chismes y relleno de los hechos, el narrador nos va entregando una historia trágica. Pero lo hace desde ángulos muy alejados de lo que podría ser una suerte de psicologismo analítico o compasión sentimental. En esto estriba, en gran medida, la originalidad del autor.

Si bien la vida en el pueblo de este personaje innominado es relativamente breve puede suponerse que no pasa de seis o siete meses, sentimos avanzar su enfermedad, morbosamente, no porque él lo esté manifestando con sus actos, sino más bien porque el narrador lo ha estigmatizado desde el momento en que lo vio entrar a su almacén. Además de anticipar, examinándole gestos y palabras, la voluntad de no curarse que esconde el hombre, a cada rato nos hace pensar que hay algo en su naturaleza íntima que, pese a los altibajos de un estado de ánimo ocasionalmente reanimado por las visitas respectivas de dos mujeres, lo hace incapaz de eludir la prematura desgracia de su destino. Se trata, en el fondo lo deducimos del enfoque parcial que de él hacen el narrador y unos pocos testigos, únicos filtros que dan un poco de luz, de una dignidad en derrumbe, por más que las relaciones del enfermo con sus dos mujeres parezca inyectarle por momentos nueva vida y esperanza. "No es que crea imposible curarse señala el narrador, sino que no cree en el valor, en la trascendencia de curarse."

La reconstrucción de la vida del forastero, realizada después de su muerte, se lleva a cabo gracias a la voluntad tenaz, a veces obsesiva, del narrador; una voluntad que, mezclando desdén con simpatía, se mantiene siempre fría, neutral casi siempre frente a los pocos hechos conocidos o deducibles. Se parte siempre de la observación atenta a la que tres testigos principales someten al enfermo desde su llegada al pueblo: ellos son: el almacenista que retrospectivamente arma la historia, el enfermo que vende y aplica inyecciones, y la mucama del hotel, llamada Reina.

Es importante apuntar, no obstante, que esta voluntad inquisidora del almacenista está profundamente comprometida con la vehemente urgencia que éste tiene de ser, no sólo fiel testigo de todo lo relacionado con el enfermo, sino además una especie de filtro que modifica y cataliza los acontecimientos a través de la libre interpretación que hace de ellos para presentárnoslos como si sus muy personales versiones de los hechos fueran los hechos mismos. De tal suerte que, aunque literariamente hablando la vida del forastero se nos entrega escueta en su realidad pero enriquecida dentro de un contexto de relaciones más amplias intuitivas por el narrador, no por ello sabemos lo que en realidad sucede ni tampoco vemos las cosas como carentes de misterio.

Si el enfermo recibe cartas de dos mujeres que, por turnos primero y después coincidiendo en su llegada al pueblo, habrán de visitarlo para encerrarse cada una a vivir brevemente con él y así ayudarlo a vencer parte de su desdén ante la todavía

existente posibilidad de curarse o tal vez su miedo a confirmar la cada vez más inevitable cercanía de la muerte, es porque, ocultos en esas cartas misteriosas y en la relación misma que sostiene con estas mujeres, hay estratos esenciales de su pasado. Aunque la reconstrucción realizada por el almacenista no nos entrega (salvo a veces en su propia imaginación) estos estratos claves del pasado, lo que ocurre y desconocemos en dichas relaciones permite de todas maneras suponer que existen elementos de la vida anterior del ex-atleta que necesitan ser prolongados y vividos otra vez, en circunstancias diferentes y ahora extremas, para hacer así de la mutua compañía, de las alternativas que cada relación supone y completa con respecto a la otra, un arma eficaz contra el desamparo de la humillación.

Tal como el narrador ordena y presenta el material de los hechos, primero llega al pueblo una mujer "ancha sin llegar a la gordura", con anteojos de sol, para cumplir con una cita que, presumiblemente, se había concertado en alguna carta. Poco antes de que la pareja se encierre en el hotel durante varios días, el narrador se entera por ella de que el forastero gozó en cierta época de un reconocido prestigio como deportista, antes del fatal diagnóstico (del cual nunca nos enteramos a ciencia cierta). "Sin alegría, pero excitado apunta el narrador, pude explicarme la anchura de los hombros y el exceso de humillación con que ahora los doblaba, aquel amansado rencor que llevaba en los ojos y que había nacido no sólo de la pérdida de la salud, de un tipo de vida, de una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción, del derecho a un orgullo. Había vivido apoyado en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo".

La breve reunión con la mujer propicia, para sorpresa de todos, un florecimiento de la apagada vitalidad del enfermo, lo hace afable y conversador, dueño de una súbita felicidad, cuando los curiosos se acostumbraban ya a considerarlo un ser huraño y desolado. Les extraña también que la casa alquilada poco antes por el hombre quede sin uso durante el tiempo en que la mujer permanece con él, ya que se quedan en el hotel. Sin embargo, el narrador no acepta del todo la felicidad que la mujer de los anteojos de sol parece contagiarle al enfermo. Hay una "absurda, desagradable esperanza" que impide que este almacenista, tan atento a los detalles y a su minucioso desarrollo en la imaginación, logre conmoverse, "aceptar la felicidad que ellos construían diariamente", ante sus ojos, "con la insistencia de las manos entre los vasos, con el sonido de las voces que proponían y comentaban proyectos".

Todo cambia cuando ella se marcha, y nuevamente el hombre se encierra durante horas en la casa alquilada, se vuelve "abstraído y lacónico" y comienza "a reconstruir los muros de separación que había derribado catorce días antes, exterminando toda intimidad con su mirada gris, discretamente desconsolada". Se reanuda la llegada de las cartas y el forastero vuelve a emprender sus ocasionales visitas al almacén del narrador para tomarse una cerveza tras recibir alguna. Otra vez entabla con éste un sordo forcejeo hecho de silencios, miradas e insinuaciones intuitivas, en el cual cada uno desea imponerle al otro una actitud contraria: el hombre del almacén, luchando "por la dudosa victoria de convencerlo de que todo era cierto, enfermedad, separación, acabamiento"; en el enfermo, queriendo ignorar a ese hombre que lo asediaba siempre desde el mostrador, esforzándose por hacerlo desaparecer de la realidad, "por borrar el testimonio de fracaso y desgracia" que de su persona el otro se "emperraba en dar".

Cuando llega la temporada en que los turistas invaden el pueblo y el ajetreo diario hace que todos se olviden un poco del ex-atleta, el narrador, obsesivo, se dedica en las noches a pensar en él, pero a hacerlo de tal manera que siente al hombre irremediamente ligado al desastre por intermedio suyo, debido en gran parte al intuitivo diagnóstico pesimista que él el narrador, con sólo mirarlo, le asignara desde el principio. Es como si el enfermo, pese a cualquier señal de aparente mejora física o reconciliación consigo mismo a través de la ocasional presencia de alguna de sus mujeres, estuviera condenado a muerte por una secreta voluntad que no sólo es propia, sino que pertenece sobre todo al deseo casi patológico del almacenista de ver cumplida su profecía por el solo hecho de haber sido pensada alguna vez y reiterada en soledad. En este sentido, el narrador está convencido de que el hombre se esconde de él en esta época de turismo en el pueblo, evita encontrarse con el augurio fatal de su mirada siempre acechante: "le adjudicaba dice el narrador la absurda voluntad de aprovechar la invasión de turistas para esconderse de mí, me sentía responsable del cumplimiento de su destino, obligado a la crueldad necesaria para evitar que se modificara la profecía, seguro de que me bastaba recordarlo y recordar mi espontánea maldición, para que él continuara acercándose a la catástrofe".

Después, según nos lo presenta el narrador, llega la otra mujer, muy joven, con la que habrá de recluirse el ex-atleta en la casa alquilada, pero sin dejar de pagar su cuarto de hotel. También se encierra en esta nueva felicidad como en un oasis, aislándose de todos. Cuando a los pocos días ella se marcha, todo hace evidente el profundo enamoramiento de la pareja, ya que a la hora de la partida, les cuesta mucho separarse en el almacén, ante la mirada curiosa de los presentes.

El enfermo vuelve entonces a su aislamiento anterior, a sus idas rutinarias al almacén, pero como si nada hubiera ocurrido, ajeno a todo: "nada en sus movimientos, su voz lenta, su paciencia delataba un cambio, la huella de los hechos innegables, las visitas y los adioses", concede el narrador.

Pasan los meses, llegan y se van los turistas, y la primera mujer regresa al pueblo, ahora con un niño. "Entre las dos dice el narrador hubiera apostado, contra toda la razón, por la mujer y el niño, por los años, la costumbre, la impregnación".

Junto con *La vida breve* y *El astillero*, sus dos novelas emblemáticas, acaso las más leídas y sin duda las que más ha consagrado la crítica, *Los adioses* constituye la trilogía narrativa que dio mayor relevancia literaria a Juan Carlos Onetti. Cuando en 1970 M. Aguilar Editor publicó en México sus *Obras Completas*, se cerraba para este escritor uruguayo un ciclo de reconocimiento fundamentalmente latinoamericano y empezaba lo que habría de ser para él un sólido prestigio internacional cuya punta de lanza fue su permanencia en España y el interés que por su obra toda demostraron tanto ciertas editoriales españolas como el público lector de ese país.

Panamá, mayo de 2002

MISELÁNEA

---

**Gustavo Batista Cedeño**

Gustavo Batista Cedeño nació en Las Tablas, provincia de Los Santos, el 31 de mayo de 1962, y murió en la ciudad de Panamá el 3 de julio de 1991. Fue un hombre dedicado al estudio del arte en todas sus manifestaciones, aunque desde muy temprana edad enfocó todos sus esfuerzos a desentrañar los secretos de la poesía. Obtuvo el título de Licenciado en Humanidades, con especialización en Geografía e Historia (Universidad de Panamá). Formó parte de los Talleres de Poesía de Pedro Correa Vásquez. En 1981, obtuvo el Premio «Universidad», sección Poesía, con la obra *Deseos, nunca realidades* (DEXA, Universidad de Panamá, 1985). Formó parte de varias antologías, la más importante: *Poetas jóvenes de Panamá: 1969-1982* (Editorial Signos, Panamá, 1982), además de que fue publicado en diversos diarios y revistas nacionales, tales como «Palabra pública», y póstumamente «Maga», «Viceversa» y en la sección cultural «Mar de fondo» del diario *El Panamá América*.

En 1992, Enrique Jaramillo Levi crea el Premio de Poesía Joven «Gustavo Batista Cedeño» a través del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura, para honrar anualmente su memoria. Cuatro meses después de su muerte, gracias a los esfuerzos de Herasto Reyes, Pedro Correa Vásquez, Pablo Menacho, Alberto Osorio Osorio y Enrique Jaramillo Levi, fue publicada su obra póstuma titulada *Áncora* y otros poemas (INAC, Panamá, 1992).

En esta ocasión, se publican como libro cuarenta poemas sueltos que quedaron entre los documentos inéditos del poeta, bajo el título de *Si me fuera posible vivir*, poemario que refleja la transparencia del verso y el enamoramiento del hombre por la palabra.

**Si me fuera  
posible vivir  
Poemas inéditos y póstumos**

**Gustavo Batista Cedeño**

¡Si me fuera posible vivir  
esa vida no vivida  
que son todos los sueños  
que me faltan!

Estoy triste  
pero sé que sólo así  
se está muy cerca de la vida

que más allá está todo  
y la tarde  
como besos que enternecen  
las espinas del alma.

\* \* \*

A dónde van esos pasos que  
yo ignoro

por qué te agitas  
alma  
buscando un orificio que te  
dé la libertad

por qué no hay músicas que  
anuncien  
la llegada de las aves  
persiguiendo otro verano

si por vivir muere la espiga

sin fuerza en la cosecha  
por qué entonces mueren  
las tardes  
cuando nos nutren lo sutil  
de toda ausencia  
lo eterno lo persigo  
más sólo  
un salmo me repite la hojarasca.

\* \* \*

Voy buscando entre la noche  
el fuego primigenio de mi anhelo

la tristeza perdura y las sombras  
no agonizan

deja que ame en silencio  
el estrecho manantial de las preguntas

echa tus ojos al camino  
la vida es una respuesta que se trueca  
en laberinto

y así hemos de encendernos  
en la espera que es humana y que es divina.

\* \* \*

Ya ves  
por siempre me queda este despojo

este hueso tiritante bajo el fuego  
de mis carnes

cuántas cosas quedan junto a los caminos  
qué se han hecho los ocasos


cuántas barcazas han colmado el mismo  
océano

mirar es la pregunta

otras veces la respuesta

\* \* \* La noche cuando es noche  
succiona las ansias que se juntan  
en el alma

La sombra de los pájaros  
se muere con sus muertes.



La piel no es un Dios  
el fuego de los labios  
a veces la frecuencia

el polvo que nos cubre  
es ya hueso desgastado

el alba que anhelamos pronto llega

acaso un soñador podrá decirnos  
a dónde van los cuerpos tan ebrios  
de dolor.

\* \* \*

Me pediste que te dijera  
quién del llanto un día hizo un poema  
para dar fuerza a todas sus acciones

respondí  
que la hazaña es el retorno  
que la sombra besa el suelo  
y el espacio con un cuerpo se alimenta

que hay nidos que se quedan solos  
en las ramas junto al sol.

(Tomados de: Gustavo Batista Cedeño.  
Si me fuera posible vivir Prólogo de Melquiades Villarreal Castillo.  
Panamá: Fundación Cultural Signos, 2002.)

MISELÁNEA

---

**Jaque a la reina**

**Piedad Álvarez Maestre**

Estaba mirando uno de esos monótonos noticieros vespertinos cuando me sobresalté por lo que estaba viendo. Tengo una habilidad un poco extraña, a veces me percató de cosas que otros no ven, capto detalles excepcionales, y cuando los comento con otras personas, éstas afirman no tener idea de lo que estoy hablando. Desde ese momento me dediqué a rastrear su figura en los diferentes noticieros de la tarde, y como todos suelen repetir las mismas noticias e imágenes, me fue fácil apreciarla otra vez. Ahí estaba frente a mis ojos, no había duda, no me había equivocado. La idea me obsesionó durante varios días, en cuanto llegaba a mi casa me sentaba de inmediato frente al televisor, buscando noticias donde pudiera verla, mis sospechas se robustecían con cada aparición suya en la pantalla y cada vez me resultaba más increíble el hecho de que otras personas no captaran algo tan evidente.

Un día las imágenes fueron tan contundentes que decidí llamar al Palacio para exponer mi asombro. La joven que me atendió escuchó en silencio mis comentarios, luego cortó la comunicación sin inmutarse en darme una respuesta. Posteriormente, ante mi insistencia, amenazó con tomar medidas drásticas y me recomendó que no volviera a llamar.

Tomando en cuenta la gravedad de la situación, decidí acudir personalmente y no cejar en mi intento hasta encontrar la persona capacitada para manejar un problema de tal magnitud. Después de permanecer varios días impasible en la recepción del Palacio, soportando toda clase de miradas y cuchicheos, finalmente un viejo funcionario decidió atenderme.

Procurando no dejarme amedrentar por la opulencia de su oficina, comencé la entrevista pidiendo disculpas por mi insistencia y de inmediato me dediqué a describir, con lujo de detalles, lo que había descubierto. Me escuchó atentamente, sin interrumpirme, mientras mantenía su mirada fija sobre mí, estudiándome. Finalmente con voz calmada me confesó que no tenía conocimiento de lo que yo describía, que no había visto ni oído nada al respecto. Fue entonces cuando mis emociones se desbordaron, en un estado de gran agitación le describí mi amor y devoción por ella, le manifesté mis preocupaciones recientes y el presentimiento de que algo terrible la estaba afectando, ante la indiferencia de todos sus súbditos e inclusive sus cortesanos. Enfaticé con vehemencia todos mis temores, liberando la angustia que me había agobiado los últimos días.

Se limitó a observarme, sonriendo. Después de un rato me recomendó que dejara de lado tantas preocupaciones, que la vida era corta, trató de calmarme afirmando que la reina gozaba de perfecta salud. Me recordó que ella jamás había sido una persona de gran estatura, más bien sus incondicionales habían tratado de aparentar que lo era, pero de ahí a que últimamente se estuviera encogiendo frente a los ojos de todo el mundo, consideraba que esto era una exageración.

Insistí, le describí cada detalle observado por mí en la televisión, cómo sus pies habían dejado de tocar el suelo cuando estaba sentada en el salón de reuniones con los Consejeros del Palacio, a pesar de que últimamente usaba plataformas y cómo las mangas de sus costosos trajes caían sin gracia porque sus hombros se habían reducido.

Probablemente ha perdido peso dijo tratando de consolarme.

¡Peso y altura! ¡Y nadie parece advertirlo! mi tono ya denotaba desesperación.

Soltando una ligera carajada me informó que él podía hacer algo por mí.

Me acompañó hasta la puerta de su oficina y dándome unos golpecitos en la espalda dio por terminada la visita. Miró a su secretaria diciendo:

El señor vendrá el lunes que viene, ocupará el puesto de Fernández así, sin más, me encontré con un nombramiento en el Palacio.

El primer día de labores me reporté ante el mismo funcionario, éste me explicó que se desempeñaba como Encargado de Protocolo desde la coronación de la reina, que el trabajo no era muy pesado, porque ella tenía por costumbre organizar sus propias actividades e itinerarios. Me comunicó que yo le inspiraba confianza y había decidido nombrarme como Asistente de Protocolo, un tal Fernández había sido despedido recientemente por su falta de lealtad, pues dejó trascender algunas actividades que no debían pasar los muros del Palacio.

Cuando comencé a desempeñar regularmente mis tareas advertí de inmediato que, gracias a la pereza de mi jefe, iba a mantenerme en estrecho contacto con la reina.

Desde el primer día ella y yo nos comunicamos muy bien, fuimos descubriendo intereses comunes, por ejemplo, mirar televisión, poco a poco hicimos una rutina de esos momentos frente a la cajita cuadrada. Gradualmente nos fuimos acercando, aumentando nuestra familiaridad, hasta que por fin me atreví a comunicarle mis temores. Le describí mi preocupación por los cambios que la estaban afectando, pero no pareció comprender.

Mis Consejeros me hubieran advertido afirmó con expresión de desconcierto.

A pesar de eso, entre programa y programa logré darle algunos consejos útiles. Le sugerí, por ejemplo, el uso de una tarima portátil, un banco alto y liviano, dotado de una palanca que le permitiera ascender o descender según sus necesidades, por suerte le pareció algo novedoso y divertido, y aceptó la sugerencia. También le recomendé el uso de unas discretas hombreras, para disimular sus hombros cada vez más escuálidos, aunque, por supuesto, a ella le di otras excusas. Comenzó resistiéndose un poco pero, después de hacer unas pruebas, convino conmigo en que se veía mejor. La parte más difícil fue persuadirla de cambiar su peinado, le propuse un estilo más voluminoso, utilicé mil excusas para no decirle que en realidad el escaso perímetro de su cabeza era cada vez más evidente.

Con el tiempo la situación se tornó cada vez más difícil. A pesar de mi vigilancia constante y por más que me esforzaba cada día en encontrar alivio a su crítica condición, empeoraba tan rápidamente que no daba tiempo a contrarrestar los efectos.

La situación desmejoró en tal grado que un día ella misma se sinceró y me confesó sus temores, reconoció que ya no tenía la misma estatura de un año atrás, que las pruebas eran irrefutables y, después de poner de manifiesto su preocupación, solicitó mi apoyo. En voz muy baja, llegó a confiarme que temía perder la corona por no tener la talla adecuada. Sentí más que nunca que su vida estaba en mis manos.

La situación se fue agravando en forma precipitada, pero la ceguera de quienes nos rodeaban era tal que un día, en una emergencia, la transporté a través de los salones del palacio sentada sobre mi hombro derecho y a nadie pareció importarle. Desde entonces hicimos de esto un hábito y asistía a sus obligaciones encaramada sobre mí. La falta de atención y preocupación por parte de los demás hizo las cosas mucho más fáciles para nosotros.

Pensando en la seguridad y comodidad de mi reina, me esmeré en construir una diminuta réplica del sillón real y lo instalé sobre mi hombro derecho, convenientemente amarrado a mi brazo y cuello. Le adiciné un cinturón de seguridad cruzado sobre su pecho, poniendo a prueba una vez más mi ingenio y, por supuesto, manteniendo a la reina cada día más agradecida. Me acostumbé rápidamente a que la gente se dirigiera a ella mirando mi hombro derecho y, para mi asombro, sobrevivimos juntos en tan insólitas condiciones. Poco a poco todo se tornó más simple y cómodo para mí, ya no tenía que soportar la presión de vigilar los pequeños detalles y ella limitó sus preocupaciones a estar pendiente de su modista, y que ésta le entregara a tiempo el traje a medida que usaría cada día. Sin duda la rutina en el Palacio y sus alrededores facilitó la situación.

Todo parecía marchar muy bien, hasta que un día ocurrió algo que pudo acabar con mis días como Asistente de Protocolo. Ocupé, como ya era costumbre, el lugar que correspondía a la reina en la mesa de reuniones. Después de haberse iniciado la sesión, de vez en cuando alguien miraba sonriente sobre mi hombro derecho. Ella parecía haberse dormido, como había ocurrido en otras ocasiones, pues la inmovilidad de la silla era total. Súbitamente recordé, aterrorizado, que había olvidado a la reina sentada encima del respaldar del sofá, frente al televisor. Su tamaño se había reducido tanto que ya no pesaba casi, esto permitió que no advirtiera su ausencia hasta ese momento crucial. La transpiración corría profusamente desde mi frente hasta la punta de mis pies, mi garganta se secó y creí desfallecer. Repasé rápidamente los acontecimientos. Quizás algunos de los Consejeros presentes habían mirado hacia mi hombro en diferentes ocasiones, esperando una explicación de mi parte. Estaba paralizado de terror, sabía que esas miradas hacia mi hombro no significaban mucho, que se habían vuelto automáticas y rutinarias hacía cierto tiempo. El desarrollo de los acontecimientos me arrastró hacia el momento decisivo, cuando el Consejero de Asuntos Ornamentales, que tenía reconocidos problemas de visión, mirando fijamente la silla real y entrecerrando los ojos detrás de los gruesos cristales de sus lentes, dijo:

❖ Majestad, es necesario renovar los rosales antes de dos meses

- ❖ Observé a mi alrededor y verifiqué que las miradas estaban fijas en el pequeño sillón.
- ❖ "Todo por mi reina" pensé.

Después de un silencio que me pareció interminable, tomé coraje y respondí un poco inseguro:

- ❖ Confío en su criterio.

Y eso fue todo. A partir de entonces la reunión se desarrolló con normalidad, hasta me atreví a interrumpir de vez en cuando para expresar algunas opiniones.

Desde ese día dejo descansar a la reina, ha comenzado una telenovela colombiana que la tiene atrapada. Por mi parte he dejado de preocuparme, seguiré haciendo cosas por ella, quizás hasta tenga oportunidad de resolver algunos asuntos que no ha podido atender.

Eso sí, siempre llevo la diminuta réplica del sillón real, amarrada sobre mi hombro derecho, no vaya alguien a creer que he dejado de lado a mi reina o lo que es peor, que estoy usurpando su lugar.

**MISELÁNEA**

---

**Primera plana**

**Ariel Barría Alvarado**

Aquí está, su foto en primera plana, donde debió estar hace mucho, en colores, gigantesca. Cuántas veces hablamos de eso el Ñato Rodríguez, el Fulo Fonseca, y los que nos reuníamos a tomar café frente a la Universidad. Pocos Maestros como él (y conste que la mayúscula va a propósito), pocos con ese afán de mejorar el mundo, de hacer de sus discípulos una mejor gente, pocos más dignos de una estatua, por lo menos. ¿Cuántos años serán? Yo lo conozco desde el 62, cuando me dio Literatura Hispanoamericana, el mismo año en que se publicó Caminos que van a Roma, mi primer encuentro serio con las letras. Ya entonces se le veía organizando tertulias, invitando a poetas, promocionando concursos, despertando talentos. Y ni una hijaeputa mención en los diarios, ni una reseña de su vida que no fuera la que lográbamos colar nosotros mismos en una de las páginas invisibles de los matutinos. Lo vi hace dos años. Me pasó al lado, tanteando el camino, y no me atreví a hablarle por respeto y tristeza; se estaba quedando ciego. ¡Cómo hizo cosas ese hombre! ¡Cómo cambió vidas! (la mía entre ellas), y a nadie del gran mundo le importó. Pero ahora sí lo publican, ahora sí ponen su nombre, y hasta completo para joder más. Ahora sí les interesa, bañado en sangre, aplastado por las llantas de un autobús. ¡Cabrones!

(Tomado de: Ariel Barría Alvarado. Al pie de la letra. Panamá:  
Universidad Tecnológica de Panamá, 2003.)



MISELÁNEA

---

**Dos Cuentos Breves**

**Allen Patiño**

**En el vado del Yaboc**

Luego de enviar ricos presentes para apaciguar la ira de mi hermano, al atardecer tomé las mujeres, las siervas y los doce hijos y los hice cruzar el vado del Yaboc. Me quedé solo a este lado del río y caí en un sueño profundo.

Me despertó el manotazo en pleno rostro. Quise pedir ayuda, pero recordé mi soledad. Al defenderme intentaba reconocer al atacante, mas su cabello largo y ensortijado me hería los ojos. Con sus muñecas de león y el torso de higuera, por momentos me parecía luchar contra una descomunal ave de rapiña.

Bajo el manto de la noche sin luna, rodamos por la arena. Pronto las vestiduras, hechas jirones, dejaron de cubrirnos; pese al frío, los cuerpos se hacían resbaladizos de sudor, musgo y arcilla. Silente al principio, la lid tornóse un contrapunto de jadeos, boqueadas y estertores. Sentía en las mejillas su aliento quemante y dulzón. Alguna vez nuestras bocas se estrujaron en un frenesí de escupitajos y mordidas.

La formidable presión de sus brazos reventaba mis pulmones; las piernas se me derretían como tiras de sebo. Desfallecía, cuando una fortuita corrida de guijarros lo hizo caer: su nuca se estrelló contra el lecho de rocas. Clavé mis rodillas en su vientre y hundí mis dedos en su cuello. Entonces, con la desesperación de quien se ahoga y se aferra a una roca, su mano buscó mis ingles, aprisionando el vértice.

Dimos vueltas sobre el limo, un solo cuerpo de sudor, furia y almizcle, hasta el rayar del alba, hasta oír de su garganta contraída un suéltame que sonó como rasgar de pergaminos. No lo hice exultante, invicto hasta arrancar una bendición de sus labios, ya enrojecidos por el fulgor de la aurora. Maltrechas por el prolongado combate, de sus omoplatos pendían amarillentas alas de cigarra, incapaces de ocultar el globo rojizo y ascendente.

Libre de mi abrazo, escapó en una ráfaga de greda húmeda y lirios machacados. Al ascender abanicó mi rostro, que ardía en carne viva. Me dejó el cuerpo impregnado con el sándalo de sus axilas.

Después, ya con otro nombre, crucé cojeando el Yaboc.

En las sienas de Caín

Mi nombre es Adán. Fui moldeado a imagen y semejanza con arcilla húmeda al atardecer del sexto día durante el relevo de la luz y la sombra. Joven aún, declinaba la lumbrera mayor y la luna surgía para presidir las estrellas.

Las piernas de tobillos vigorosos, abultado calcañar y elásticos tendones fueron las primeras en fraguarse, merced al oportuno soplo de eucaliptos y abedules. Todavía extensión de greda, el torso estriado lleno de nudos aguardaba inmóvil en tanto se definían muslos, manos y vientre. Cuando el más ínfimo cabello fue enraizado en mi cabeza, el aliento divino dilató mis pulmones. Con los ojos cerrados sumergí el cuerpo barroso en el cercano manantial de aguas cristalinas.

Dormí bajo la luna. Desperté del primer sueño, profundo y oscuro, bajo la mirada escrutadora de Eva. Al incorporarme sentí la punzada en el costado izquierdo; hueso de mis huesos y carne de mi carne, ella restañó un hilillo carmesí de mi herida.

Era hermoso el edén, lleno de racimos. Las bayas rojas eran tan dulces que, al morderlas, estallamos en risas. Nos tomó meses probar todos los frutos: los lechosos nos dieron sed, los acre escaldaban la lengua. En el centro del jardín, nimbado por la bruma, aguardaba el árbol prohibido.

Para mitigar el ardor de la piel a mediodía, levantamos enramadas. La lluvia que hizo temblar nuestros cuerpos condujo al primer abrazo. Un arcángel, blandiendo una espada, nos reveló los secretos del fuego.

Después del incidente con las manzanas, cubrimos las partes pudendas con hojas de parra que retirábamos para engendrar. Al nacer el primogénito, me asombró el costado intacto de Eva y la marca en el vientre de la criatura que llamamos Caín. Después llegó Abel, luego las hijas.

Mientras ganaba el pan con el sudor de la frente y mi mujer paría con dolor, el primogénito ya crecido pasaba horas en la ribera del Tigris. Era el artista de la familia: con hábiles dedos moldeaba figuras de barro y arcilla. Pero el muy necio se empeñaba en remedar al divino alfarero; a toda costa quería infundir vida a su creación. El pobre pasaba las de Caín. Pese a su empeño, los antílopes, leones y jirafas permanecían yertos en la arena, rígidos bajo el sol, deshechos por la lluvia. Fastidiaba a medio mundo, demandando opiniones; cogía de la mano al benjamín y lo arrastraba hasta la forja: Abel, qué te parece. Pero el hermanito a quien las artes plásticas importaban un pepino encogía los hombros y se marchaba con su zampoña y sus ovejas. Tampoco la madre le prestaba demasiada atención, siempre ocupada con los guisos, el parloteo y la costura, inculcando a las hijas el traspaso de valores patriarcales.

Conversé con mi hijo, explicándole delicadamente cómo su madre y yo habíamos descubierto una técnica superior para esculpir. Quizá era tiempo de conocer mujer, propuse. Pero él, en sus trece. Para rematar, le dio por trabajar con piedra pómez, toba y arenisca, figuras humanas tamaño natural. Eterno insatisfecho, al final las destrozaba con una quijada de asno y se revolcaba como un energúmeno en la arena. Pálido, demacrado, los ojos como carbones encendidos: la obsesión lo consumía.

Temí por su cordura y solicité audiencia con el Supremo (supuse que el tiempo habría evaporado la ira que lo llevó a expulsarnos del paraíso). Aprovechando un descuido, traspasé el umbral resguardado por arcángeles con rostro de brasa y espadas de fuego. Pacientemente esperé (era un despacho moderno, muy comfortable), pero la cita se malogró: los gritos de Eva pobrecilla, siempre tan histérica me hicieron abandonar precipitadamente el recinto.

Abel yacía con la nuca rota. A su lado, una pira consumía grosura de ovejas. El humo, muy blanco, se elevaba vertical en forma de columna.

El primogénito se perdía por esos caminos con su marca recién inscrita a cuestras.

(Tomados de: Allen Patiño. En el vado de Yaboc.  
Panamá: Editorial Portobelo, 2001)

MISELÁNEA

---

**La paradoja de la paradoja en Luminoso tiempo gris,  
de Enrique Jaramillo Levi**

**Yolanda J. Hackshaw M.**

La paradoja es la esencia de la vida, sobre todo en nuestra época en la que el hombre, a pesar de estar sometido a mucha información, sus decisiones están permeadas por la opinión pública que implica responder a los mercados, al consumismo, a las prácticas de doble moral tan frecuentes en nuestra sociedad.

Luminoso tiempo gris es la visión del hombre cotidiano dentro de ese entorno paradójico que es el vivir. Los personajes de este cuentario asumen, aceptan o intentan modificar su destino contradictorio, paradójico. La visión antes señalada se nota desde el título y trasciende hasta el acto mismo de escribir, pues lo brillante, lo bueno, lo dulce, lo amable, lo evidente, es decir lo luminoso, se enfrenta en las historias relatadas a lo oscuro, lo fatal, lo patético, lo oculto. La particularidad en estas historias es que cada personaje ejerce su libertad para elegir.

Los personajes de Luminoso tiempo gris se mueven dentro de una escala cromática entre lo luminoso y lo gris, permutan una cosa por la otra, pero conscientes de que la elección, axiológicamente, representa para ellos lo mejor. Quizá, nosotros como lectores consideramos como absurda la opción, pero esto permite entrar en diálogo con la vida misma a través de estas páginas. Cuestionarnos nuestras inclinaciones, así como los procesos culturales: ¿en una situación así que escogería yo? Pues la mayoría de los cuentos lleva de manera explícita o implícita una decisión de parte del protagonista. Él escoge su luz o su sombra. De esta manera, todo el corpus literario es la paradoja de la paradoja. Con este proceder, Jaramillo Levi ha creado personajes autónomos, altamente humanos. Pero también, ese proceso al que le llamamos libre elección está teñido de condicionantes que los impulsan a la depresión, a la tristeza y a la desesperanza, pues la mayoría de las veces su preferencia oscila entre el agradecer a los demás o lo que impone el consumismo.

La obra se divide taxativamente en dos planos: los cuentos vinculados con el arte de narrar y aquellos que tratan temas de la cotidianidad. En ambos la paradoja o la contradicción hilvana su fondo. Por esta razón clasificamos los cuentos en dos tipos de paradojas:

- Paradojas que surgen del metalenguaje
- Paradojas de la cotidianidad

Así, en el cuento que da inicio al libro: Escritura automática, la paradoja surge producto de que es la palabra como personaje la que escribe su propia historia: la del arte de escribir. Las paradojas se multiplican a través del metalenguaje que se niega y a la vez se afirma por la evidencia textual de que estamos frente a un cuento que debe constar de una estructura, de un tema, de un personaje, sin embargo la mirada narrativa niega su existencia, mientras a la vez se evidencia:

«Escribo lo que escribo porque escribo. Lo hago y me deleito en ello como quien fluye con la corriente. Sin personajes, sin escenas, sin argumento incluso, y probablemente con una vaga estructura implícita que no es más que la propia forma de su contenido. Un contenido que ni yo conozco, que no he buscado, pero que aquí se manifiesta para quien pueda penetrarlo.»

El énfasis en el proceso de creación, tópico recurrente en toda la obra de Enrique Jaramillo Levi (Duplicaciones, Tocar fondo, Caracol y otros cuentos, entre algunos de los títulos donde esta temática es llevada a su cifra más alta) revela en este cuento lo complicado y a la vez fluido del acto creativo y volvemos a la paradoja: algo que es y a la vez no es. Estimo entonces que a través del tropo empleado como columna vertebral de este cuentario, reanudamos, con la misma credulidad, el intenso éxtasis del misterio de lo creado, ante los hilos ocultos y evidentes de esas entidades autónomas como las denominó Hjelmslev, que siendo autónomas se subordinan a una voz narrativa. Crear, entonces, es fundar sobre una conciencia el principio de contradicción, concebido desde la negación del punto de vista aristotélico, pues Aristóteles

afirmaba: «Es imposible, en efecto, que un mismo atributo se dé y no se dé simultáneamente en el mismo sujeto y en un mismo sentido. El principio de contradicción juzga falso lo que encierra contradicción, y verdadero, lo opuesto o contradictorio a lo falso». Basándonos en esto, entonces pudiéramos llegar a suponer que en este cuento analizado y en toda literatura que pone énfasis en el metalenguaje hay el propósito de resaltar el carácter ficcional de la obra de arte, todo lo que de mimético ostenta la literatura, pues al fundamentarse la metaficción en un principio contradictorio, reafirma con esto su sentido de imitación de la realidad. No obstante, la rebasa, porque es capaz de construir un mundo con sus propias reglas y abre ante nuestros ojos maravillados mundos de posibilidades. La obra de Jaramillo Levi, no sólo crea esos mundos maravillosos donde lo fantástico, lo cotidiano, las emociones, las pesadillas, los sueños, las ilusiones, lo paranormal (tópico que se inaugura en Luminoso tiempo gris) se manifiestan, sino que nos sacude con el tejido sensible que como un clon genera a la literatura, de allí la función del metalenguaje.

Otro cuento en el que coinciden paradoja y metaficción es Breve historia de un relato breve sin historia (obsérvese la coincidencia en la intencionalidad de los títulos: Luminoso tiempo gris, Breve historia de un relato breve sin historia, Escritura automática); encierran ese toque en el hombro al lector para señalarle la ruta del juego: la palabra es magia y orgía de universos paralelos, simultáneos, irreales, contradictorios, paradójicos.

En Breve historia de un relato breve sin historia asistimos al proceso creativo, pero línea por línea, es como si el lector estuviera frente del escritor viéndole añadir cada idea que se le ocurre de un texto que ya está escrito:

«No deseaba menospreciar su suerte; por el contrario, la quiso apuntalar. Añadió entonces una frase consignando lo que en ese momento era una mentira, así como también el señalamiento respectivo:

"Mi relato, totalmente improvisado y además el primero que escribo, mereció, a Dios gracias, el premio. El fallo fue unánime y sorprendentemente entusiasta", escribió el joven anticipando su lógica satisfacción.

Esta última línea se animó a insertarla después para cerrar el texto, teniendo en cuenta su posible publicación en el anuario del colegio, al cumplirse el pronóstico, tan premonitorio y autorreflexivo como la naturaleza de lo que llevaba escrito...»

Si la historia, según Fernando Gómez Redondo está constituida por las distintas líneas argumentales que dan existencia a la realidad narrativa y este relato breve de Jaramillo Levi no las tiene, ¿es entonces una realidad narrativa? Mi pregunta es el choque entre la intencionalidad del narrador (escribir un relato sin historia) y la realidad (estamos frente a un relato que desarrolla el argumento de la negación de la historia). Este hecho espeja uno de los planteamientos más difíciles de la literatura: determinar sus límites. A mi parecer, ese es el propósito de la metaficción: obligarnos a reflexionar sobre la obra literaria como producto. Sólo los grandes escritores (Borges, Cortázar, Pirandello) son capaces de trasladar a un texto narrativo estas preocupaciones teóricas sin dejar la impresión fría de un texto expositivo. Entre los cuentos que desarrollan la paradoja en el marco de la cotidianidad he escogido los siguientes títulos a manera de ejemplificación: el que le da título al cuentario y La anciana en su amplísimo portal. En el cuento Luminoso tiempo gris la paradoja parte del título y continúa hasta alcanzar el argumento. Karina y Romualdo, triste reflejo de muchos matrimonios actuales, simulación del hombre y la mujer de nuestros tiempos, fundamentaron su relación no en la comunicación si no en el sexo diario de cada día, y ante la primera dificultad para desahogarse sexualmente se cancela la pareja y sólo nos queda el simulacro de ésta. Toda persona con sentido común sabe que el sexo debe ser la consecuencia de un profundo sentimiento común, la contradicción en esta historia radica en que esta pareja aguarda obtener más en el plano comunicativo de lo que realmente han aportado y construido juntos.

No se puede precisar con exactitud la duración del matrimonio; por los diálogos, se calcula que son más de 10 años. Esto se deduce cuando Romualdo dice: «Todo lo que teníamos que decirnos lo conversamos hace diez años». 10 años de silencio, 10 años de rutina angustiosa: él, un viejo jinete en silla de ruedas, aferrado a la lectura como vía de escape a su prisión, a su inmovilidad; ella, una mujer fogosa, 15 años más joven que su esposo, se refugia en las teleseries.

El luminoso tiempo gris que envuelve el ambiente donde viven los personajes actúa como presagio de la tragedia. Como lectores dudamos si lo luminoso dentro de esta historia es la promesa de felicidad sexual que tenía esta pareja, lo gris su desenlace o quizá lo gris pueda ser la relación y lo luminoso su desenlace. He aquí que volvemos a vivir la experiencia del enigma, de lo ambiguo. La pareja construye un modelo de felicidad basado en lo físico, típica actitud del hombre actual, dominado por el consumismo que aliena y le hace creer que belleza física y sexo son sinónimos de felicidad.

En La anciana en su amplísimo portal concurren técnicamente dos elementos disímiles que le otorgan intensidad: lo mágico surgido de hechos simples, cotidianos. La anciana del cuento es frágil y a la vez pesada; leve y terrenal. Esto permite que en este relato podamos identificar la visión de la cual hemos hablado. La anciana representa dentro del proceso de crecimiento de los niños que la contemplan la estabilidad, lo inmutable. Idea fundamental y necesaria en el proceso de desarrollo de una vida. Los jóvenes establecen con ella una relación que durará desde la niñez hasta la adolescencia e incluso alcanza la etapa adulta, pues el narrador confiesa:

«Sólo ahora, tanto tiempo despues, comprendemos que la anciana, además de venerado objeto de contemplación, era un medio para alcanzar en nuestro propio ser una especie de honda tranquilidad.»

Esta situación de respeto y admiración por parte de un grupo de jóvenes, como lectora me despierta interrogantes: ¿Realmente esta actitud responde a jóvenes de nuestra época en el que el anciano es desposeído de todo respeto? ¿Revela la actitud del narrador el deseo profundo de un cambio en nuestro medio familiar y social en relación con los individuos de la tercera edad? O ¿Simplemente esos jóvenes son en conjunto el alter ego de la juventud del escritor?

Al final del cuento, la imagen idílica de la vieja en el portal (hecho de nuestra cotidianidad) deviene en un hecho mágico: la anciana, al igual que Mackandal, el personaje de El reino de este mundo, de Alejo Carpentier, logra transformarse, pero en 4 pequeñas plumas azules.

Los invito a leer Luminoso tiempo gris y a buscar y a encontrar entre sus páginas el sabor de una literatura de calidad que no se conforma con ser, sino con buscar su intrínseca esencia; una literatura que nos provoca desde la piel con la sugerencia erótica hasta las neuronas con los pensamientos más profundos sobre la naturaleza de la existencia del hombre y de la vida misma.

El lenguaje literario: teoría y práctica. Madrid: EDAF, 1994.

5 Poemas

Pável Grushkó  
(Ruso)

**El susurro dubitativo de los dedos**

**Y el corazón, ¿cómo puede expresarse?**  
F.I.Tiutchev

El susurro dubitativo de los dedos al desear  
de algún modo envolver las ideas opacas  
con los sonidos confusos lindeza sensual  
de la boca muda exigiendo el habla  
estos indicios de una razonable voluntad  
de expresar con los motes irrisorios  
las tramas del sino humano, tan fugaz,  
alrededor del cual vuela el eterno polvo:  
tal vez sólo esto nos da a entender el eterno  
intento de un albergue supremo que regala  
a las calladas entrañas bestiales el exceso  
de los sentidos en la escasez de las palabras.

21 de enero del 2001

**Día del lavado**

Sobre el óleo de William Merritt Chase

Día del lavado: las pinceladas reticentes,  
la celeridad calculada de las manchas  
deslucidas,  
el color de las sábanas es opaco adrede,  
parecen esos poco aparentes las pinzas,  
en el fondo el lío celular de una arboleda  
hace vislumbrar algún hospicio viejo,  
una lencería cansada abruma quieta  
las sogas aprovechándose del buen tiempo,  
la capota marrón de la lavandera y su mano  
algo velada por la pesada tela empapada:  
todo en este lienzo obedece al encanto  
de la libre alusión ilimitada.  
Todo es reticencia, todo es reserva,  
todo es invitación a tu mente:  
a precisar un paisaje a tu manera  
donde la funda confusa se humedece  
por la memoria viva de tu anhelo viejo,  
y el árbol borroso en el fondo  
es acaso aquel fresno, cuyos dedos  
rozaban húmedamente tu rostro...  
Precisa todo, sin embargo no espera  
añadir lo que no tiene sustituto; así es,  
así permanecerá para siempre la luz amena  
en el «Día del lavado» de William Merritt  
Chase.

Boston, 6 de junio del 2001

**La paloma en la ventana  
que husmea nuestra usanza**

La paloma en la ventana  
que husmea nuestra usanza,  
¿no trae la nueva de que  
están vencidos los plazos?  
Empero creo que todo resulte bien  
y la ciudad ufana  
-gracias al cielo- se despierte  
del quebradero amargo.  
Tus gouaches y tus acuarelas  
todavía dormitan, veo,  
¿por qué no te atreves a reanimar  
pinceles encanecidos?  
La paloma en la ventana que  
observa nuestros intentos,  
¿nos visita solamente para  
el provecho de un pajarito?  
¿Qué quiere mi cuco,  
sólo las migas de pan o algo más?  
¿Está así como así en el alféizar  
o es un mensajero?  
¿Por qué eriza  
sus plumas plumas hirsutas? ¿Quizá  
porque quien lo mandó está enfurecido  
muy en serio?  
¿Por qué no desafiamos,  
entonces, a nuestro trastorno?  
¿Por qué nos hemos rendido  
con esta nostalgia maldita.  
La nieve al fin, ¿coloreará de blanco  
nuestro sucio otoño?  
Quizá la única dicha esté  
en el perfil rubio de María.

Moscú, octubre de 2000 Boston, junio de  
2001

**Comienzo desde el propio comienzo**

Comienzo desde el propio comienzo,  
rellenando con mi existencia el verbo.  
Lo que se olvidó, decreció y ¡ya!  
Lo que queda, se hizo inmensidad.  
Al hacerme verbo, ni morirme temo.  
Recordar es hilo y es rueca el tiempo.  
El hilo lleva al laberinto del pasado,  
todo allí es novísimo y muy sano,  
la memoria de la vida sobrepasa la vida.  
Un día gris aprieta las sienes: ¿atisbas,  
ves, palpas, oyes con qué decoro  
resurge el yacimiento maravilloso  
de paisajes y sucesos vividos?  
El tiempo es rueca, la memoria es hilo.  
¿Sólo el hombre recuerda lo ido?  
Quizá esperan encontrarse conmigo  
los días y los lugares donde antaño  
estuve, y esto se hizo sagrado  
para un arroyo, un pozo, un pajar  
Aquí estoy, y ustedes ¿qué tal?  
Sin ustedes mi mundo se desmorona,  
la vida pierde sentido sin memoria,  
no me olviden, sucesos de mi vida,  
convídenme en la bruma matutina  
(En la tumba ¿de quién es este ovillo?  
Es la memoria de una vida, mi hijo.  
¿Puedo cogerlo para mí, abuela?  
¿Vivirse puede una vida ajena?  
¡Abuela, mira, se quemó el ovillo!  
Mi hijo, no era nada, tranquilo...)

1 de julio de 1989

## Anotaciones 2

\*

Tan solitario estoy a veces  
que todo el mundo  
está hablando conmigo.  
Es también solitario.

Zacatecas, 27 de agosto del 2000

\*

Murió en el sueño.  
Pero cada sueño tiene su fin.  
Todavía espero su despertar.

Zacatecas, 27 de agosto del 2000

\*

Para imaginar la tierra de aztecas  
antes de Cortés  
basta oler un elote cocido  
y una hojita de pirul  
estrujándola entre los dedos.

Zacatecas, 28 de agosto del 2000

(Del libro: Abrazar a la ardilla, 2001.)  
Versiones españolas del autor

## TRES NUEVOS CUENTISTAS PANAMEÑOS

---

### Alas plegadas

Jorge Thomas

Como de costumbre, Alejandro Saldaña despertó con los graznidos de sus amados pavos reales y sonrió al imaginar el plumaje tornasolado abriéndose a los primeros rayos del día. Una vez que la duermeyela dio paso a la vigilia, su sonrisa se hizo aún más amplia al recordar lo mucho que Lucrecia llegó a odiar sus hermosas aves. Aunque las desavenencias habían surgido entre ellos mucho antes que el doctor Saldaña dejara la medicina para dedicarse a coleccionar emplumados, su ex-mujer atribuyó su adiós definitivo a los estridentes chillidos de los pavos reales.

Soporté abandonar la ciudad para acompañarte en tu chifladura de montar un museo de aves raras porque pensé que aquí en el campo llevaríamos una vida reposada había dicho con amargura. Pero lo cierto es que no soporto más los gritos con los que tus amados pavos reales me despiertan todos los días. Si fuera el canto del gallo... pero no: hasta los gallos han tenido que callarse, agobiados por los insoportables alaridos. Lo siento, Alejandro, pero ya me harté de tus pavos reales, de tus cisnes, de tus faisanes, de tus gallinas peludas, en fin, de vivir en medio de tanta porquería. En realidad, creo que estoy harta de ti.

Hacía seis meses que Lucrecia no amanecía quejándose a su lado, seis meses durante los cuales el doctor Saldaña, libre al fin de hacer lo que le viniera en gana, creía haber encontrado la verdadera felicidad. A partir de la ausencia de quien fuera su compañera por treinta años, Alejandro había mejorado su colección de aves únicas, a tal punto que se decía que era la mejor de la región. Cisnes de incomparable elegancia, faisanes multicolores traídos de todas las latitudes del planeta, pájaros de indescriptible plumaje y una colección de loros y cacatúas que no tenía nada que envidiar a la del Parrot Jungle de Miami, asombraban a los visitantes que cada día en número más creciente acudían a deleitarse en su aviario. "Los míos no son tan numerosos, pero sí más variados", decía sonriente ante las alabanzas de algún conoedor. Al principio la entrada era gratis, pero como cada vez requería más fondos para adquirir nuevos especímenes, de un tiempo a esta parte había decidido cobrar un dólar, aunque los niños menores de doce años seguían ingresando sin pagar. Lo que así percibía, unido a la renta del capital que había logrado acumular durante los largos años de una lucrativa práctica de la cirugía plástica, permitía a Alejandro Saldaña llevar una vida confortable al tiempo que mejoraba su colección de aves.

Aquella mañana Alejandro salió de la cama con renovado entusiasmo por ser ése el día señalado para recibir un grupo de tucanes que, luego de muchas dificultades, había logrado adquirir de un coleccionista de Costa Rica. Mientras recorría su dominio, observando con ojo clínico cada uno de los plumíferos, avistó a su capataz conversando con un recién llegado a quien no recordaba haber visto antes. "Alguna mala noticia", pensó al advertir el ceño fruncido de su ayudante y decidió averiguar enseguida de qué se trataba.

Buenos días, Chago.

Muy buenos, patrón. Este es mi cuñado, Felipe, que trabaja en la policía y ha venido a darnos una muy mala noticia. Dígale usted mismo al doctor de qué se trata.

Vine a decirle a Chago que esta mañana se supo que Roberto Swanson salió de la cárcel.

Una corriente fría estremeció de pies a cabeza al doctor Saldaña.

Pero si ni siquiera ha estado preso un año. ¿Cuándo lo soltaron?

Hace cuatro o cinco días. Según parece, como es época de Navidad, el Presidente decidió poner en libertad condicional a los reclusos que no son peligrosos.

¡¿Que no son peligrosos?! exclamó Saldaña. Ese desgraciado no demora en llegar por acá a hacer de las suyas otra vez. Tendremos que poner guardas enseguida. Encárgate, Chago, que yo voy al pueblo a pedirle ayuda al capitán.

En el pequeño cuartel de policía de la comunidad de Cerro Prieto, al capitán Eriberto Torres le bastó observar el rostro consternado del doctor Saldaña para adivinar que algo grave había sucedido.

Mi apreciado doctor, ¿qué lo trae por aquí tan temprano?

Algo muy serio, capitán. Me acabo de enterar de que Roberto Swanson salió de la prisión. Como usted llegó por estos lares hace menos de un año, no conoce a este sujeto. Se trata de un demente que debería estar recluido en un manicomio y que por dejadez de las autoridades anda suelto. Tiene la manía de dejar en libertad a todos los animales que ve amarrados, enjaulados o cercados. Perros, caballos, vacas, pájaros, lo que sea, Swanson los suelta, aunque para ello tenga que recurrir a la violencia. La última vez que estuvo por aquí, logró abrir una de las jaulas, se escaparon la mayoría de mis pájaros cantores y cuando mi capataz quiso detenerlo, el malandrín le descargó un manducazo en la cabeza que lo mandó al hospital. Conseguí que le dieran dos años de cárcel pero como es tiempo de hacer política ahora resulta que el Presidente ha dispuesto dejar libres antes de cumplir su pena a un grupo de antisociales, entre los cuales se encuentra ese Roberto Swanson. No demora en llegar por acá otra vez a tratar de acabar con mi aviario.

El hombre ya tuvo su escarmiento. ¿Cree usted realmente que volverá a meterse con sus pájaros?

Se lo aseguro, capitán. Mientras se lo llevaban esposado juró a grito pelado que no descansaría hasta soltar el último pájaro.

De vuelta en la hacienda, Saldaña comenzó a tomar medidas para protegerse de su enemigo. Ordenó a Chago contratar tres guardas capaces de manejar armas para colocarlos con sus respectivas escopetas en los sitios más vulnerables.

Diles que no vacilen en disparar a cualquier desconocido que trate de entrar en la finca. Además, desde hoy y hasta que capturen a ese infeliz se prohíben los visitantes. Aquí no entra nadie que no tenga algún negocio conmigo.

Así se hará respondió Chago, que encontraba algo exagerada la preocupación de su patrón.

Y otra cosa. Pídele a tu cuñado que nos tenga informados de cualquier noticia que se reciba acerca de Roberto Swanson.

Dos días pasaron sin más novedad que el recorrido que el doctor Saldaña hacía cada cuatro horas para cerciorarse de que todo estaba bien. La mañana del tercer día, sin embargo, volvió a aparecer por la finca el cuñado de Chago.

¿Alguna novedad? preguntó el doctor con ansiedad.

Pues sí, a eso vengo respondió Felipe, sin inmutarse mucho.

Dígame, dígame insistió Saldaña, impaciente.

Felipe se rascó la cabeza y finalmente dijo:

Ayer le informaron al capitán que por los lados de Cuesta de Piedra alguien dejó libre todos los animales: caballos, vacas, terneros, pollos, gallinas, cerdos, perros bravos. Todo lo que estaba amarrado en corral o detrás de una cerca, amaneció suelto por las calles del pueblo. El teniente encargado del cuartel dice que allí también se metieron y le soltaron un monito tití que tenía de mascota.

¿Y cómo es que nadie hizo nada? preguntó Saldaña, iracundo.

Parece que el hombre se disfraza. Sospechan de un desconocido que pasó por el pueblo anoche pidiendo limosna. Nadie pensó nada malo porque dicen que se veía muy viejito.

Si estaba en Cuesta de Piedra hace dos noches ya debe andar por aquí pensó en voz alta el doctor y, dirigiéndose a Chago, añadió: Contrata dos guardas más, ofrece una recompensa de quinientos dólares al que lo capture, vivo o muerto, y que no se confíen de nadie, por más viejo que parezca.

Doctor, la cosa no es para tanto trató de razonar Chago, pero ya Saldaña se alejaba en busca de su escopeta.

Durante dos días y dos noches veló el doctor. Al tercer día, fatigado y ojeroso, hizo venir a Chago a su pequeña oficina.

He estado pensando dijo, enredadas las palabras por el sueño. Ese condenado nos está vigilando y como ve a los guardas no se atreve a entrar. No podemos seguir con esta incertidumbre, así es que vamos a ponerle una trampa. Reúne a los custodios

y haz como si los despacharas; págales y diles que simulen que se van, pero que se queden por aquí cerca, escondidos, y que esta noche regresen a sus puestos, sin dejarse ver. Seguro que así lo cazamos.

A media mañana, el sueño venció finalmente a Alejandro Saldaña y lo dejó rendido en el portal desde donde vigilaba la entrada principal del aviario. Lo despertó una pesadilla en la que veía a su enemigo, cubierto de plumas y con una larga barba blanca, volando feliz junto a sus amadas aves. Hasta los pavos reales volaban, graznaban y reían. Sobresaltado, despegó las pestañas en el preciso momento en el que un anciano abría la puerta de la jaula de sus amados faisanes, y sin pensarlo dos veces, se alzó de la silla, tomó la escopeta, apuntó y largó el disparo. Un grito de dolor salió de los labios del viejo antes de caer desplomado.

¡Te agarré al fin, desgraciado! exclamó Saldaña, eufórico.

En ese instante Chago, que salía de la misma jaula, se arrodilló junto al intruso y comenzó a gritar.

¿Qué ha hecho, doctor, qué ha hecho? Acaba de matar a mi padre. Él vino solamente a que le enseñara los faisanes.

Lo que sucedió después, Alejandro Saldaña lo recordaba como en sueños. El propio capitán Torres lo detuvo y lo condujo a la única cárcel del cuartel.

Tendrá que permanecer un tiempo aquí, doctor, a ver si el papá de Chago se salva. Los médicos que lo operaron dicen que por suerte se trata de un campesino muy fuerte. Si se muere, tengo órdenes de mandarlo a la capital para que le sigan juicio allá.

En la prisión, Alejandro Saldaña finalmente dispuso del tiempo y la tranquilidad necesarios para meditar en torno a la insensatez de su comportamiento. Encontró superfluo su afán de coleccionar aves raras y hasta llegó a comprender las ansias de libertad del loco Swanson. Lo que más lamentaba, por supuesto, era el dolor causado a Chago y a su padre. En vano había procurado el perdón: "ningún pájaro vale tanto", fue lo único que escuchó de labios de su capataz.

La cuarta noche de su encierro, justo antes del amanecer y cuando la parca no había decidido aún si cargaba o no con el padre de Chago, un policía, a quien Saldaña no conocía, se aproximó a su celda, abrió la puerta y, con un gesto que ordenaba silencio, lo invitó a abandonarla.

"Se murió el viejo y me llevan para la capital", pensó el doctor, resignado. Pero cuando el policía, con mucho sigilo, lo sacó por la puerta trasera del cuartel y lo hizo subir a un viejo auto, comenzó a sospechar que algo raro estaba ocurriendo. Ya en la carretera se atrevió a preguntar:

¿Quién es usted?

El extraño clavó en él sus ojos de un azul casi negro y, soltando una carcajada frenética, preguntó a su vez:

¿No lo adivina, doctor?

¡El loco Swanson!, se dijo Saldaña, pero por alguna razón inexplicable el individuo despertaba en él más curiosidad que temor.

¿Dónde me lleva? inquirió finalmente.

De vuelta a su finca, doctor, para que siga cuidando de sus pobres aves.

Pero... ¿acaso no las soltó usted?

Claro que lo hice, pero muchas no quisieron irse. De las pocas que se fueron, casi todas han regresado y esperan pacientemente a que alguien vuelva a enjaularlas, a cuidarlas y a darles de comer. Sus pajarracos, doctor, han olvidado ser libres. Como dijo el poeta, "no saben que el cielo es para ellos".

Swanson meditó un momento, sonrió con amargura y prosiguió:

Igual le pasa a mucha gente, doctor. Se olvidan de que son libres y viven prisioneros de sus temores. No hay peor miedo que el miedo a la libertad.

Un elocuente silencio se instaló entre los dos hombres que finalmente fue quebrado por Saldaña.

Le agradezco que viniera por mí, pero cometí un delito y debo regresar a la cárcel. Déjeme por aquí.

No se preocupe, doctor, que el papá de Chago salió del hospital esta mañana. Yo mismo fui a recogerlo y le aseguro que está como nuevo. La orden de ponerlo a usted en libertad no debe demorar porque el viejo rehusó presentar cargos "para no complicarse la vida", según me dijo. Chago también acepta que fue un accidente.

Cuando, con las primeras luces del amanecer, el auto conducido por Swanson entró en la finca, los ojos de Alejandro Saldaña contemplaron un panorama increíble: con las alas plegadas, faisanes, pavos reales, loros, cisnes, patos, en fin, todos sus emplumados, hacían fila frente a las jaulas. Al caminar entre ellos, el doctor creyó percibir en aquellos ojos cristalinos y estáticos idéntica expresión de tristeza, esperanza y temor.

Alejandro Saldaña sigue viviendo en Cerro Prieto. Poco tiempo después de que clausurara para siempre el aviario, Lucrecia volvió a su lado y con mucho entusiasmo lo ayuda en su nueva colección de orquídeas raras. De Roberto Swanson no se ha vuelto a saber nada. Recientemente, sin embargo, mientras los esposos Saldaña veían la televisión, los noticieros internacionales dieron cuenta de que cientos de animales del circo Barnum, de gira por México, paralizaron virtualmente el Distrito Federal. Según los informes noticiosos, nadie se explica cómo fue que se abrieron, simultáneamente, las puertas de todas las jaulas. "Lo cierto es decía el locutor en cámara que, para deleite de los pequeños y desasosiego de las autoridades, las principales avenidas de la capital azteca se vieron invadidas por elefantes, cebras, osos bailarines, perros saltarines, tigres, chimpancés y dos gorilas que aún no aparecen. Se teme que haya mano criminal en el asunto y aún se busca a los responsables del extraño suceso".

Saldaña soltó una carcajada y exclamó:

¡ Roberto Swanson ha globalizado su manía de libertad!

TRES NUEVOS CUENTISTAS PANAMEÑOS

---

**Réquiem para Ballenato**

**Carlos E. Fong A.**

Durante toda su adolescencia Cara de Bebi trabajó lustrando los zapatos de cientos de chorreranos. Hoy es barbero y tiene su propio negocio cerca del parque 3 de noviembre. De vez en cuando, si alguien se lo recuerda, narra aquella broma que le hizo a Ballenato con una mezcla de satisfacción y nostalgia. Para entonces, tenía su silla de limpiabotas a la entrada del antiguo Más por Menos, frente a La Estrella, donde dicen que una vez se guareció Victoriano Lorenzo de los conservadores.

Ballenato, el loco del pueblo que se imaginaba siempre conduciendo un auto, llegó esa tarde y parqueó su carro imaginario frente al comisariato. Ballenato era todo un personaje. Hubo días en que provocó hasta tranques descomunales y el guardia de tránsito, para que Ballenato no fuera atropellado, tenía que seguirle la corriente y ayudarlo a empujar su carro, que se había descompuesto en plena calle, para estacionarlo a un lado de la vía.

Aquella mañana, como casi siempre, Ballenato llegó con todos sus ademanes de conductor: girando el timón, metiendo cambios cautelosos, echando reversa, hasta que logró parquear su carro al lado de la silla de Cara de Bebi; fue cuando se le ocurrió la broma.

Cuando regresó Ballenato y se preparaba para abrir la puerta de su carro, Cara de Bebi le dijo que cuál carro iba a manejar si se lo habían robado en su ausencia. La ira de Ballenato fue tan grande que casi destruye las sillas de los limpiabotas porque dejaron que se llevaran el carro. Al día siguiente, Ballenato regresó manejando y volvió a parquearse. Cara de Bebi le preguntó que si había recuperado el carro. Ballenato dijo que no, pero que ahora a éste no le iba a dejar la llave puesta.

(Tomado de: Carlos E. Fong A. Desde el otro lado.  
Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2003.)

TRES NUEVOS CUENTISTAS PANAMEÑOS

---

**Infertilidad**

**Rafael Alexis Álvarez**

Llevaban tres años de casados y sin poder concebir un hijo. Decidieron visitar al único médico en toda la montaña: al hierbero, quien inhabilitado para curar la infertilidad, se aferró a todas sus experiencias y recomendó a la pareja que tomaran baños de sol y agua marina.

Escaso de recursos y loco de amor por su mujercita, joven y galana, el humilde serrano decidió enviarla sola al balneario costeño más cercano.

El remedio fue eficaz. Nueve meses después de los baños de sol y agua marina, se consolidó la familia con la llegada del primer vástago. En agradecimiento, el serrano regaló al curandero la gallina más gorda que tenía.

Al año siguiente se repitió la medicina y, nuevamente, nueve meses más tarde otra criatura se sumó a la familia. El serrano feliz regaló otra gallina gorda al hierbero.

En los subsiguientes dos años se repitieron los viajes a la playa, los partos y las gallinas gordas.

Cuando el serrano esperaba que su mujer le diera el quinto hijo, el remedio no dio resultado. Los baños de sol y agua marina que recibió su mujer ese verano no le ayudaron en su infertilidad.

Poco antes había muerto el hierbero.

(Tomado de: Rafael Alexis Álvarez. El trueque.  
Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2002.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Rosario Montero**

Nació en Madrid y estudió Periodismo y Psicología. Colaboró con grupos de teatro independiente, como Canon o Tábaco, a la vez que empezaba a publicar en diversos medios informativos (Fotogramas, Pueblo, Posible). Desde finales de 1976 trabaja en exclusiva para el diario El País, en el que fue redactora jefa del suplemento dominical durante 1980-1981. En 1981 ganó el Premio Nacional de Periodismo para reportajes y artículos literarios. Ha publicado las novelas: Crónica del desamor, La función Delta, Te trataré como a una reina, Amado Amo, Temblor (1990), Bella y oscura, La hija del caníbal (Premio Primavera de Novela 1997) y El corazón del tártaro (2002). Posteriormente publicó los libros de relatos Amantes y enemigos (1998) y Pasiones (1999). Asimismo tiene en su haber un libro de ensayos biográficos, Historias de mujeres, cuentos para niños y recopilaciones de entrevistas y artículos.

**Rosa Montero**

**El corazón del tártaro  
[ fragmento ]**

Lo peor es que las desgracias no suelen anunciarse. No hay perros que ululen al amanecer señalando la fecha de nuestra muerte, y uno nunca sabe, cuando comienza el día, si le espera una jornada rutinaria o una catástrofe. La desgracia es una cuarta dimensión que se adhiere a nuestras vidas como una sombra; casi todos los humanos nos las apañamos para vivir olvidando que somos quebradizos y mortales, pero algunos individuos no saben protegerse del temor al abismo. Zarza pertenecía a este último grupo. Siempre supo que el infortunio se aproxima con callados e insidiosos pies de trapo.

Aquel día, Zarza se despertó antes de que sonara la alarma del reloj y enseguida advirtió que se sentía angustiada. Era un malestar que conocía bien, que padecía a menudo, sobre todo por las mañanas, en la duermevela, al salir del limbo de los sueños. Porque se necesita cierto grado de confianza en el mundo y en uno mismo para suponer que la realidad cotidiana sigue ahí, al otro lado de tus párpados apretados, esperando con mansedumbre a que te despabilen. Aquel día, Zarza no se fiaba especialmente de la existencia y permaneció con los ojos cerrados, temerosa de mirar y de ver. Estaba boca arriba en la cama, todavía atontada y sin haber acabado de ensamblar su personalidad diurna, y el mundo parecía ondularse a su alrededor, gelatinoso e inestable. Ella era una náufraga tumbada en una balsa sobre un mar tal vez plagado de tiburones. Tomó la tozuda decisión de no abrir los ojos hasta que la realidad no recobrara su firmeza. En ocasiones regresar a la vida era un viaje difícil.

Desde la oscuridad exterior llegó un largo gemido y Zarza apretó un poco más los párpados. Sí, en efecto, era una queja casi animal, un ronco lamento. Ahora se escuchaba otra vez. Agitados murmullos, llorosos soliloquios, luego una cascada de suspiros. Súbitamente, crujidos de madera, como un velero zarandeado por el viento. Voces de hombre. Gritos. Golpes resonantes de carne sobre carne y más crujidos rítmicos. A pocos metros de los ojos cerrados de Zarza, de la cama de Zarza, del dormitorio de Zarza, una pareja debía de estar haciendo el amor. Incluso cabía la posibilidad de que estuvieran engendrando un hijo. A estas horas, pensó con incredulidad y desagrado. Al otro lado de la pared explotaba la vida, mientras Zarza emergía pesadamente de un mar de gelatina. El ruido de los cuerpos proseguía, toda esa exageración, ese blando jaleo. Reducido a este barullo vecinal, descompuesto en roces y gemidos, el acto sexual resultaba ridículo y absurdo. Una especie de espasmo muscular, un empeño gimnástico. El chillido estridente de la alarma del reloj coincidió con el alarido final de la pareja. Malhumorada, Zarza abrió lentamente un ojo y luego el otro.

Lo primero que vio fue el despertador. Negro, cuadrado, de plástico, anodino. Bufaba todavía, domesticado y olvidable, marcando las 8:02. Reconfortada por esa visión inofensiva, Zarza dejó resbalar la mirada por el cuarto. En la penumbra de la mañana invernal reconoció el feo marco de aluminio marrón de la ventana, los visillos lacios y grisáceos, el armario empotrado, una silla indefinida, la mesita de cabecera con su lámpara, unas estanterías simplísimas. Todo tan impersonal como un cuarto de hotel. O como el dormitorio de un pequeño apartamento amueblado, lo que en verdad era. Zarza reconstruyó mentalmente la otra habitación: el sofá verde oscuro, la mesa redonda de mala madera, tres sillas hermanas de

la del dormitorio, un aparador demasiado grande para el tamaño de la pieza. No había ni un cuadro, ni un cartel, ni siquiera un calendario en toda la casa. Y tampoco objetos decorativos, floreros, ceniceros. No había más huellas personales que el ordenador portátil, sobre la mesa de la sala, y unos cuantos libros por todas partes. Bien podría haberse acabado de mudar, pero lo cierto es que ya llevaba dos años en el apartamento. A Zarza le gustaba que su mundo fuera así, impreciso, elemental, carente de memoria, porque hay recuerdos que hieren como la bala de un suicida.

Frunció el ceño, hizo acopio de resignación y encendió la lámpara. Detestaba tener que prender la luz eléctrica durante las oscuras mañanas invernales: bajo el resplandor de esas bombillas extemporáneas las cosas adquirían un aspecto lúgubre. De nuevo contempló, ahora bien iluminados, los visillos polvorientos, la ventana de aluminio, el armario de contrachapado barato. Sí, no cabía duda de que su casa era su casa. No cabía duda de que Zarza había regresado del mundo de la noche. Paulatinamente, en círculos concéntricos, fue asimilando los detalles precisos de su realidad. Era día laborable, ella trabajaba, tenía que levantarse. Era invierno, tal vez Navidad, no, era el 7 de enero, justo después de Reyes. El final de las fiestas navideñas. Era martes, era miércoles, ¡no!, era sin duda martes, faltaban tres días para el fin de semana. Eran las ocho y pico de la mañana, ella entraba a las nueve, la empresa estaba en las afueras de la ciudad, tenía que levantarse. Ella trabajaba como editora y correctora en una gran casa editorial, tenía treinta y seis años y se llamaba Sofía Zarzamala. Se llamaba Zarza. Eso era todo. Ni un paso más allá. Ni un pensamiento innecesario. Tenía que levantarse.

Apagó el despertador, que todavía alborotaba sobre la mesilla, y se sentó en la cama. El aire del dormitorio se acomodó flojamente alrededor de su cuerpo, como una chaqueta que no termina de ajustar. A esas mismas horas, en ese mismo instante, miles de personas solitarias se levantaban, metidas en el caparazón de sus casas vacías. Zarza sintió el peso del resto del mundo sobre sus espaldas. Si sufriera un repentino ataque cardíaco y se muriera, tardarían por lo menos un par de días en descubrirla. Pero Zarza no disponía ahora de tiempo para morir. Tenía que levantarse.

Chanqueteó por el dormitorio hacia el cuarto de baño, que carecía de ventanas. Encendió la fila de bombillas que enmarcaba el espejo y se miró. Siempre la misma palidez y la sombra azulosa rubricando los ojos. Aunque tal vez fuera efecto de la luz artificial, tal vez bajo una violenta luz solar no tuviera ese aspecto lánguido y morboso. La gente decía que era hermosa, o al menos alguna gente aún lo decía, y ella se lo había creído mucho tiempo atrás, en otra vida. Ahora simplemente se encontraba rara, con esa mata desordenada de pelo rojizo veteado de canas, semejante a un fuego que se extingue; con la piel lechosa y las ojeras, y con una mirada oscura en la que no se podía reconocer. Un vampiro diurno. Hacía mucho tiempo que no conseguía reconciliarse con su aspecto. No se sentía del todo real. Por eso jamás se hacía fotos, y procuraba no mirarse en los espejos, en los escaparates, en las puertas de vidrio. Sólo se asomaba a su reflejo por las mañanas, todas las mañanas, en su cuarto de baño. Se enfrentaba al azogue, con los párpados pesados y la boca sabiendo todavía al salitre de la noche, para intentar acostumbrarse a su rostro de ahora. Pero no, no avanzaba. Seguía siendo una extraña. A fin de cuentas, tampoco los vampiros pueden contemplar su propia imagen.

A las 8:14, Zarza entró en la ducha. Había algo en la repetición de los pequeños actos cotidianos que le resultaba muy consolador. A veces se entretenía en imaginar cuántas veces más en su vida abriría de la misma manera el grifo del agua caliente de la ducha; cuántas se quitaría el reloj y luego se lo pondría de nuevo. Cuántas veces apretaría el tubo del dentrífico sobre el cepillo, y se embadurnaría de desodorante las axilas, y calentaría la leche del café. Todas estas naderías, puestas unas detrás de otras, terminaban construyendo algo parecido a una vida. Eran como el esqueleto exógeno de la existencia, rutinas para seguir adelante, para ir tirando, para respirar sin necesidad de pensar. Y así los días se irían deslizando con suavidad por los flancos del tiempo, felizmente vacíos de sentido. A Zarza no le hubiera importado que el resto de su biografía se redujera a un puñado de automatismos, a una lista de gestos rutinarios anotada en algún librote polvoriento por un aburrido burócrata: «A su muerte, Sofía Zarzamala se ha cepillado los dientes 41.712 veces, abrochado el sujetador en 14.239 ocasiones, cortado las uñas de los pies 2.053 mañanas...». Pero a las 8:15 de aquel día, mientras comenzaba a enjabonarse, sucedió un hecho inesperado que desbarató la inercia de las cosas: sonó el timbre del teléfono. El teléfono sonaba rara vez en casa de Zarza y desde luego jamás a semejantes horas. De modo que cerró el grifo de la ducha, salió del baño pegando un resbalón sin consecuencias, agarró una toalla al vuelo y fue dejando un apresurado reguero de agua por el parqué hasta alcanzar el aparato de la mesilla.

¿Sí?

Te he encontrado.

Zarza colgó el auricular con un movimiento brusco y ni siquiera se entretuvo en secarse. Recogió del suelo la ropa interior que se había quitado la noche antes y se la puso; luego agarró las mismas botas, el pantalón de pana, el jersey grande gris, el chaquetón de piel vuelta. Abrió el cajón de la mesilla, sacó todo el dinero que tenía y lo metió en el bolso. El teléfono estaba sonando nuevamente, pero no contestó. Sabía que, de hacerlo, volvería a escuchar la misma voz de hombre, tal vez la misma frase. Te he encontrado. La llamada había puesto en funcionamiento un cronómetro invisible, el inexorable tictaqueo de una cuenta atrás. Fue tan ligera Zarza en sus movimientos que apenas tres minutos después de haber recibido el mensaje ya estaba lista. A las 8:19 salía por la puerta de su apartamento sin saber si podría regresar alguna vez, mientras

a sus espaldas repiqueteaba, retador, el timbre del teléfono, invasor triunfante de la casa vacía.

(Tomado de: Rosa Montero. El corazón del tártaro.  
Madrid: Espasa Calpe, 2002.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Anacristina Rossi**

**Eros**

Llevábamos ya siete años de vida en común y me parecía que nuestros símbolos sexuales se estaban agotando. La pareja necesitaba urgentemente que se le inyectara vida nueva.

No son precisamente fantasías nuevas lo que te estoy pidiendo le rogué, alisando con mis dedos sus vellos del tórax ahora mezclados con pelitos blancos, sino algo más tangible. Pero en su defecto, me conformo con fantasías.

¿Estás aburrida de mí? fue la respuesta de Roberto que, como muchos hombres latinos, desplegaba una increíble falta de imaginación cuando algún tema parecía amenazarle, reduciéndolo todo a una polarización simplista en la cual, en este caso, lo que terminaba estando en juego era su hombría. Situación errónea y desagradable.

Por supuesto que no, Roberto, al contrario, te necesito cada vez más. Pero entendeme. Siento que el proceso del amor debe continuar con sus descubrimientos. ¿Te acordás de todos los descubrimientos que hicimos cuando empezamos a querernos?

No puede ser que ahora nos alimentemos de recordar esas excitaciones, Roberto, y además por separado, no sé si cuando me hacés el amor en silencio pensás en otras cosas. Contame en qué pensás.

No me presionés. Yo te doy lo que puedo.

Cuando nos conocimos, Roberto y yo nos habíamos encontrado los mismos gustos en materia sensual. Las mismas obsesiones, las mismas fantasías y las mismas pasiones. Pero ahora sentía que la curiosidad de Roberto estaba estancada.

Ya ni siquiera utilizábamos el juego de primos en la infancia que tanto habíamos disfrutado recrear.

Al año de vivir juntos, asombrados de que la intensidad sexual no disminuyera, habíamos hecho un pacto: nunca engañarnos. Encontrarnos uno al otro había sido lo mejor de nuestras existencias, y, por respeto a eso, cuando ya no nos deseáramos debíamos decírnoslo y terminar. Para no manchar ese gran amor.

Ahora, seis años después del pacto, me sentía muy triste. El eros se había estancado. Me asediaban ideas nuevas y deseaba contárselas y que prosperaran y se hicieran realidad en la medida de lo posible. Roberto continuaba siendo el eje de mis deseos y mis fantasías. Pero se mostraba reacio a esas confidencias.

Roberto, has cambiado.

¿No oíste lo que te dije? Has cambiado en la cama.

En absoluto. La que ha cambiado sos vos.

Dios mío, pensé asustadísima, Roberto debe estar cultivando sus fantasías aparte, excluyéndome a mí. ¿Y si está intentando pasar al acto con otras, es decir, ponerme los cuernos? Cuando esos pensamientos me asaltaban, me sentía fatal. Lo amaba locamente. Sin lugar a dudas era el hombre de mi vida. No soportaba la idea de no cumplir el pacto y que nuestra pareja desembocara en la hipocresía huevona de los matrimonios burgueses donde casi todos los hombres y muchas mujeres vivían de uniones compensatorias, vulgarmente llamadas «aventuras» o amantes. La temida división entre la respetabilidad y el placer.

Nuestra vida estaba llena de actividades, otras preocupaciones: negocios en común, una casa en la playa, dos hijos

creciendo, la casa citadina y la carrera de ambos. En el centro de nuestra vida, como base de la ternura, siempre había estado lo carnal.

Ya no.

Roberto, esto ha sido algo demasiado intenso y hermoso para permitir que cambie. No dejemos que se muera.

Nada se está muriendo. Son cosas tuyas.

Siempre dijimos que cuando hubiese problemas, hablaríamos.

No hay problemas. Vos te complicás demasiado.

Ya no es como antes.

Para mí sí lo es.

Objetivamente no lo es. Ahora hacemos el amor con menos frecuencia.

¿Querés decir que ya no soy capaz de satisfacerte?

¡NO! No quiero decir eso. Después de tantos años de vivir juntos, de que nuestra habitación se ha llenado y se ha vaciado de cunas, biberones, vocecitas que nos llaman desde la madrugada, es lógico que la sexualidad cambie. Sobre eso quiero hablar.

La sexualidad es algo que se da o no se da. Hablar sobre ello sólo empeora las cosas.

Estás aceptando que algo va mal.

No. La insatisfecha sos vos.

No es exactamente insatisfacción, es que siento que el proceso se ha detenido. Que estamos dando vueltas sobre algo viejo.

Vos y tus fantasías.

Pero qué crees. Cuando una pareja de esposos realiza el acto sexual y parecen estar disfrutándose uno al otro en silencio, lo más probable es que la mujer esté imaginando que se la coge un regimiento entero de sandinistas. Es mejor tener fantasías comunes que recurrir al artilugio de los fantasmas privados. En fin, cuando hay amor.

Lo hay. Te quiero tanto o más que antes.

Pero ya no compartimos cosas nuevas.

Ahora tengo sueño. Dejame dormir.

¿Qué le pasaba? Manifiestamente no lo conocía. Creía conocerlo, eso era todo. Año tras año había pensado que vivía con un hombre así y así. Di por sentado que seríamos felices porque éramos inteligentes y nos deseábamos.

Roberto, ¿ya no me deseás?

Claro que te deseo, no seas egocéntrica. ¿No ves que estoy atravesando un período difícil?

Atravesaba la crisis de los cuarenta, personal y profesional.

No es para que se paralicen la sensualidad y la ternura por tanto tiempo, Roberto.

Todo se afecta.

Acabás de aceptar que hay problemas.

No en esa esfera. Es algo más profundo.

Hablémoslo.

Eso lo hablo con mi psicoanalista.

Pero a mí me daña, Roberto.

Porque sos demasiado egocéntrica.

Tal vez. Llevo un año esperando que resurja el fuego antiguo.

A lo mejor vas a tener que esperar más.

No sé si pueda.

Entonces buscate un amante dijo Roberto con una furia y un desprecio inmensos en la mirada. Era la primera vez que le veía esos ojos.

Por supuesto que no quise darle importancia. Negué lo espeluznante que había en sus ojos y me dormí.

Coger casi en silencio, cada quien pasándose en su mente la película secreta de sus fantasías personales, me parecía el símbolo del fracaso del matrimonio burgués. Era condenarse al aislamiento y a la soledad en dúo. Ahora, por orden de Roberto, a eso iba.

Nuestra vida era agitada. Para minimizar el problema me sumergí cuerpo y alma en la esfera profesional. También me sumergí en los niños. Preciosos y muy inteligentes, no había que hacer mucho esfuerzo para dejarse absorber. Gasté harta energía apoyando a Roberto, tratando de ayudarlo a salir de su crisis.

Roberto mejoró, cambió de trabajo, empezó a jugar con la idea de escribir un libro sobre la vida en los muelles.

Pero nuestra vida sexual, en lugar de mejorar, empeoró. Ya no hacíamos el amor casi nunca: una vez cada dos semanas, a lo sumo. Y siempre por iniciativa mía. Roberto no respondía a mis estímulos y hacía el amor mecánicamente. Pero lo negaba.

Nuevamente le rogué que lo habláramos.

Tenés complejo de profesora. ¿Por qué habría que analizarlo cuando a vos te da la gana?

Yo veo que somos una pareja bastante feliz.

Era cierto. Compartíamos muchísimas cosas, disfrutábamos tanto la playa, nuestro espacio marino, los chicos, la vida, que casi se podía soslayar el problema. Casi. Pero no.

Me sentía humillada. Cuando hacíamos el amor, me pasaba en playback nuestras primeras citas, aquel Roberto demente y transgresor. Su fuerza.

La noche que nos conocimos ambos estábamos en un primer matrimonio, insatisfechos y aburridos. Nuestras escapatorias con amantes eran sobresalientes, lo que significaba para los pobres cónyuges una constante humillación. Decidida a no seguir más por ese camino, yo me había separado y había planteado el divorcio. Roberto no. La noche en que nos conocimos, en una cena, él estaba con su esposa, obviamente aburrido. No le importó que estuviera ella a su lado: no dejó de mirarme desde que me saludó. Descaradamente, abiertamente. Lascivamente, amorosamente.

Tenía los ojos más bellos del mundo. No sé si por eso o porque me caía bien, le seguí el juego.

Como a mitad de la fiesta quise estar sola. Salí al balcón y a la noche.

Un aliento tibio en mi cuello y una voz baja y grave me preguntaron: ¿tenés frío? Sin dejarme tiempo para asentir deslizó un dedo suave por mis hombros desnudos murmurando: tu piel está eriza.

De adentro podían vernos. Probablemente su esposa lo estaba viendo. ¿No le importaba?

Introdujo su mano entre la nuca y mi pelo y murmuró: aquí sí está calentito. Levantó el pelo me besó despacio la nuca.

No sé si perdí la voluntad o el conocimiento. No sé qué perdí. Roberto empezó a desvestirme. Cualquier persona podría venir al balcón. Los invitados y su esposa nos estaban mirando. No importa me aseguró Roberto el perverso, tenés un cuerpo tan lindo que no hay derecho a que los otros no lo vean, mirá, mirá qué pezones, mirá qué belleza.

Acepté que me desvistiera, acepté que me acariciara despacito, que me abriera las piernas y me besara las partes más ocultas, que estaban como ríos. Lo empapé. Nos empapamos.

Al recordar esa noche todo volvía, la emoción, el vértigo, la certeza de que iba a perder el sentido, el grito amordazado de mis orgasmos en el balcón, su mano en mi boca.

Después de esa noche las transgresiones habían sido muchas. Ambos finiquitamos nuestros divorcios, nos juntamos y la intensidad continuó. Duró muchos años.

Pero ahora, cuando intentaba resucitar lo intenso, Roberto o no respondía o más bien se enojaba.

Decidí pasar del campo teórico al campo práctico.

Una tarde en que los niños y la empleada no estaban, sugerí el perro. Nuestro perro era grande y eternamente cachondo. Le dije que me gustaría tener la experiencia. Me pondría a cuatro patas para sentir ese pequeño pene animal penetrarme.

No lo aceptó, ni siquiera como fantasía. Fue peor: estuvo varios días furioso. Y una semana entera sin hablarme.

Unos meses después, volví a la carga.

Roberto, ¿no querés hacer el amor con Fuencisla delante de mí? Yo sé que ella te gusta.

No. Eso nos destruiría. A la primera pelea saldrían tus celos. Quién te aguanta después.

Te prometo que no. No si vos no hacés nada a mis espaldas.

Esas son posturas teóricas, de los dientes para afuera. Nos destruiría.

Más nos está destruyendo esta inopia.

Me dirigió otra vez su mirada de terrible desprecio.

Solucionalo sola. Buscate un amante.

Salió dando un portazo.

Esa noche dormí entre la sala y el baño para poder llorar sin que me oyeran los niños.

Estábamos Fuencisla y yo tendidas en la playa. Le conté todo.

Me parece que deseo separarme, Fuencisla. Lo voy a dejar.

No podrás. Ustedes se aman. Yo conozco a Roberto desde hace quince años y nunca ha querido a nadie como te quiere a vos. Por vos babea.

No concuerda ese sentimiento con su cerrazón y su rechazo.

Fuencisla se alzó de hombros.

Los hombres son muy complicados, dijo.

Estábamos en la casa de la playa. Había varios amigos de Roberto. Todos en vestido de baño, hermosos y fuertes al aire y al viento. En la noche, por eso, yo estaba excitada. Pero no me quiso hacer el amor, pretextó cansancio. Entonces le dije:

¿Qué pasaría si de veras tuviera un amante?

Roberto alcanzó la pistola que guardaba en la mesa de noche desde que en el país arreciaron los robos. Empezó a acariciarla y con su mirada de desprecio, de odio, me dijo:

Si los encuentro juntos los mato a los dos.

Entonces, tendré que ocultarlo.

Perra.

Roberto, no me estás dejando ninguna salida.

Perra egoísta. Eso sos.

Bajé silenciosamente para que los niños no se despertaran. Lloré hasta el amanecer. Al desayuno Roberto estaba cariñoso, como si nada hubiera sucedido.

Ahora es esta noche caribeña. Los amigos de Roberto han decidido festejar no sé qué contrato ecologista y llegaron con cervezas y música. Acostamos a los niños, extenuados por horas de buceo, y me dispuse a arreglarme concienzudamente. Me maquillé los ojos con cuidado. ¿Se veía la insatisfacción sexual en mi cara?

Escondí la pistola enterrándola debajo de un coco.

Estás divina, dijo Carlos, el mejor amigo de Roberto, cuando bajé.

Sí, es cierto, agregó Francisco al calor de los tragos, las licras talladas te van muy bien.

Estuve un rato con las esposas y luego Carlos me llamó para preguntarme no sé qué de mi trabajo. Vení, preciosa, me dijo molestón, tendiéndome la mano.

Me senté con él enfrente de Roberto, en la hamaca. Cualquier cosa que ocurriera debía ser enfrente de mi marido, porque no podía ni quería engañarlo.

Carlos ignoraba lo que me ocurría pero mi presencia siempre lo excitaba. Rita, su esposa, no había venido.

Se quedó cuidando los chiquitos y me dio permiso para hacerte la corte, bromeó Carlos.

Pero el beso que me dio en la boca acto seguido no iba tan en broma. Me gustó su lengua.

Roberto me echó su mirada de odio y dijo que se iba. Pero yo había escondido las llaves del carro. Como no las encontraba, se dirigió al mar.

Era una noche totalmente clara.

Lo seguí con Carlos, que no se daba cuenta de que había conflicto y le comentó a Roberto algo sobre la fosforescencia y las olas. Roberto no se dio por aludido, y Carlos no se dio cuenta de la malacrianza. Me dijo: vamos a un rincón a besarnos tranquilos. Estás riquísima. No, besémonos aquí mismo, le dije, parándome enfrente de Roberto.

Carlos me levantó la blusa y me chupó los pechos. Roberto hizo una mueca de dolor y se devolvió a la casa. Esta vez no lo seguí, Carlos me había envuelto. Caímos en la arena.

Estábamos empezando a hacer el amor cuando oí unos pasos. Sin levantarme volté la cara y miré. Era él. Me quedé helada. Traía un cuchillo.

¿Qué vas a hacer, Roberto? le pregunté con un hilo de voz, separándome de Carlos pero aún en la arena.

Yo te lo dije. No salgás con que no te lo advertí. PUTA más PUTA.

Roberto, dame eso.

Seguramente por los tragos, Carlos no se había dado cuenta de lo que mi esposo traía en la mano. Roberto lo pateó.

Por favor, los niños, grité aterrorizada. Me había puesto el cuchillo en la nuca.

Quedarán huérfanos, no me importa.

Carlos vio relucir el puñal y se levantó de un brinco.

Dame eso, viejo. qué bromas.

No son bromas, huevón. La voy a matar.

Carlos trató de quitarle el cuchillo. No pudo. Su amigo, mi esposo, se había convertido en una fiera.

Las manos de Roberto, férreas y suaves, que habían simbolizado para mí por tantos años la doble esencia de la virilidad, me agarraron el pelo.

Voy a matarte, insistió llorando.

Con arma blanca no, le rogué con una voz que apenas me salía, imaginando el espectáculo para los niños, cuando se despertaran.

Vos me escondiste la pistola, so estúpida.

Está debajo de un coco al pie de la palmera pequeña. Vamos.

Si es una treta te corto en pedazos.

Me llevó del pelo hasta esa palmera precisa. Dios, que ninguno de los niños se despertara. Quitó el coco, escarbó, sacó la pistola y la limpió contra la camiseta mientras me clavaba con los dedos de su mano izquierda, inmovilizándome.

Oímos pasos. Volví la cabeza. Desde el fondo del jardín venía Carlos con todos nuestros amigos. No me percaté de lo que Roberto hacía porque me quedé viendo el pañuelo en la mano de Carlos, así que Roberto lo había herido con el puñal. Por eso no me di cuenta de lo que tramaba mi esposo. Sólo oí el disparo, sólo sentí aflojarse la tensión de sus dedos que ya no me clavarón y luego el golpe de su cuerpo inerte contra la arena mientras Carlos y todos los demás acudían presurosos.

(Tomado de: Mariacristina Rossi. Situaciones conyugales.  
San José, Costa Rica: Red Editorial Iberoamericana, 1993.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Germán Espinosa**

**Los cortejos del diablo  
[ fragmento ]**

¡No hay en el campo sino pedruscos! ruge la jícara cándida y, desde el mirador del Santo Oficio, el anciano Juan de Mañozga oía aletear las parejas de brujas cuyos balidos de chivato confirmaban, a la mente senil del Inquisidor, sus calenturientas presunciones: aquellos extraños seres bailaban de noche alrededor de un cabrón, le besaban el culo almizcoso, recibían su helado semen y luego lo diseminaban, volando con candelillas diabólicas en las manos, sobre el haz de la Tierra. ¡Es lo que me he ganado por venirme a las Indias, esta Iglesia de alzados y de follones! ¡Es lo que mi codicia me ha deparado, zopenco de mí, que un día me vi en sueños confesor de sus cristianísimas majestades! ¡Oveja y abeja y piedra que trebeja y péndola tras oreja y partes en la iglesia deseaba a su hijo la vieja! ¡Zopenco, palurdo, mentecato de mí que me he labrado mi propio infierno!

¡Madre, qué calor! ¡Mueren los bueyes de tanta peste!, y es epidemia de brujos, multiplicación, proliferación gigantesca y monstruosa de brujos batiendo sobre los tejados alas membranosas, alas de murciélago, de vampiro, alas horribles, alas negras y felpudas, sobre el convento de San Diego, el de Santa Teresa, el de Santa Clara, el de la Merced, sobre los legados de doña Catalina de Cabrera, sobre el Colegio de la Compañía, sobre las Casas Reales y la de la Moneda, sobre los fuertes de los Icacos y el de la Punta del Judío, sobre los novísimos bastiones enjalbegados de sangre de esclavos, sobre Santa Cruz, ay, sobre la misma santa cruz!

¡Brujos saltaparedes, saltabancos y saltabardales; brujas besadoras del salvohonor de Buziraco; brujos y brujas venidos de Tolú, tierra del bálsamo, y metidos como salamandras en los mismos braseros de benjuí que debían purificarnos de su pestilencia! ¡Todo desde aquel día infausto en que yo, Juan de Mañozga, Inquisidor del Santo Oficio, quemé públicamente, por insinuación del difunto fray Alonso de la Cruz Paredes, al avieso jeque Luis Andrea, creador del culto del cabrón negro, el merdoso Buziraco, mal rayo me parta, y ahora el Papa Urbano, el mismísimo Santo Padre, condena por estúpidas bulas el comercio de esclavos...! En la mente enferma del Inquisidor se plasmaba, como pintada por Miguel Ángel, la imagen de Maffeo Barberini conducido, por entre una hilera de arcabuceros y trompeteros, a la hoguera.

Mas, ¿no fui yo mismo, Dios del cielo, quien regó la pólvora, quien libró a los brujos de su prisión de siete sellos, por mi ambición asesina, por mis aspiraciones purpurientas, por querer imprimirle a la villa rango toledano? ¡Dios Buziraco, dios patuleco, ahogado muera en el estero! ¡Es como si, a cada azote mío, hubieras estallado y rótote en mil pedazos, en mil diablillos zumbadores como zancudos, voladores como corujas! ¡Bruja coruja de alma de aguja! ¿No fue mi culpa? ¿No fue la culpa de este Juan de Mañozga, gordo y carraco, escocido por la próstata, que ahora, desnudo de la cintura para arriba y estigmatizado de la cintura para abajo, desde el mirador de la casona que sirve de palacio inquisitorial (porque los atrasos en los pagos de las Casas Reales no han permitido alzar el terrífico monumento que soñé, que ya no sueño) mira en la noche hacia el poniente, hacia el mar, único punto inviolado hasta el momento por los seres que aletean allá arriba? Confiteor! Mea culpa! Accusatio! Confessio! Mea máxima culpa! Indulgentia! Indulgentiaaaa!

¡Eres más brujo que los mismos brujos! Y brujo procobrujo Mañozga, ¿qué hice de mis encomiendas? Todos estos brujos que aletean en mi cabeza, que surcan aladamente el cielo nocturno, ¿no son los mismos que hice quemar, con la pompa que exornaba entonces estos autos de fe, en la Plaza Mayor, cuando todavía soñaba con el capelo y la birreta, cuando aun creía poder cebarme alguna vez en los festines del Sacro Colegio? Y, ahora, no hay en el campo sino pedruscos y en mi espíritu no hay sino cascajos... Y mis padecimientos glandulares; mi prostatismo; mi respiración de asmático; mis grandes tribulaciones corporales, ¿no son la comidilla del pueblo, el regodeo de la villa, donde se me ve a la postre como yo sueño a Urbano VIII, en el potro del tormento?

Tantos, tantos nombres de brujos brujuleados en mi cerebro, apañuscados, felpudos como murciélagos de convento, y yo, Mañozga, trepado en este mirador, escrutando la noche oceánica, ay, la noche oceánica que se tragó al Adelantado, en

desquite de sus orgías y malandanzas, y sabedor, sí, sabedor de que, al mover la vista, encontraré la pululante bandada baladora, baladrante, con las malditas candelillas recorriendo los cuerpos macerados por ungüentos de tripa de sapo. Es la vejez, Mañozga, es la vejez el infierno, es la vejez la Caína, y yo me la labré de antemano con venirme a estas tierras de Belcebú, donde el sol no se sacia, te chupa la sangre y te la saca hecha agua de borrajas. Es la vejez el infierno.

Y luego haber consumido una vida con estas fútiles esperanzas, entre el perfume opresivo de las grandes matronas alcorzadas, la zalema de los señorones temerosos de ser malinterpretados por mi sarcasmo, y la hedentina de las mazmorras cuando no el deprimente espectáculo de la carne socarrada. ¡Zopenco, palurdo de mí, que he escogido una profesión de demonio: la de condenar, y al fin y al cabo he terminado condenándome yo mismo!

Ahora tendré que resignarme a verlos surcar el firmamento, noche tras noche, sabiéndome inmune a sus sortilegios, pero con el són de la jácara adherido, sin querer despegarse de mis orejas: ¡No hay en el campo sólo pedruscos, mueren los bueyes de tanta poste! ¡Venga la lluvia tras el estío, verdeen los montes y crezca el río! Me parece contemplarlos alzando el vuelo desde los árboles de bálsamo, de aroma mucho más opresivo que el de las alcorzadas matronas cartageneras, recorridos por los malditos gusanos de luz, balando como chivatos, empinados sobre el cielo nocturno para adivinar los futuros contingentes y casos ocultos, entabando los sexos de las mujeres, haciéndoles copia de hechizos, tullendo y mancando mancebos, ahogando criaturas, talando y destruyendo los frutos de la tierra e impidiendo la saca del oro... Cortejos de brujos y brujas, corujos y corujas, a lo somormujo y a lo somormuja, diseminando el helado semen del diablo. Y yo impedido, yo carraco, escocido por la próstata, desde esta azotea caliente de día y caliente de noche, soltando a la imaginación élitros de saltamonte, empapado en sudor que es hielo de la Caína, viendo parpadear a lo lejos los velones de sebo que van marginando las callejuelas toledanas, como velas de entierro, como cirios de difunto, en la ciudad hechizada y solitaria que se va tornando marasmática al golpeteo del agua podrida.

Su Señoría, se congela el condumio dijo el medio racionero, aguaitando más que asomado por la garita de la azotea.

Pero se topó con el rostro desencajado de Mañozga, de un frío sudor, y creyó ver brujos y espantos.

Desnudo de la cintura para arriba, el Inquisidor dejaba al descubierto una senilidad grotesca y adiposa. Bolsas flácidas colgaban de su vientre y la espalda despellejada hacía pensar en las bubas de los réprobos. El rostro, transfigurado por la fiebre, era el de un Mañozga endiablado que el recadero tomó por algún diablo enmañozgado.

¿Me quieres hacer creer que algo puede congelarse aquí?

Y se quedó mirándolo, con el gesto envarado y los labios temblones, en una tiesa actitud que hizo pensar al prebendado: "¿Lo habrán tullido los brujos?". Mañozga, por cuya mente atravesaban escalofrantes presentimientos, daba la impresión de un gigantesco Prometeo impotente. El medio racionero no quería repetir lo va dicho.

Es el señor Fernández de Amaya, que os manda llamar

¿Y quién le delegó al viejo cabro ese poder? Aquí nadie sino yo, coño, puede hacer llamar a alguien. ¿No lo sabías? ¡Que me cuelguen si no voy a matarte!

Se esfumó el prebendado, a quien el solo tono autoritario del Inquisidor le había humedecido la braga, y Mañozga alzó otra vez la vista al firmamento y creyó divisar, entre nubes de forma malsanas, la trulla de las brujas ululantes, bululantes, pululantes, cernidas sobre la haz de la Tierra para esparcir la semilla de Buziraco. ¡Si no fuera por la perlesía, maldito calor tropical, velaría detrás de vosotras, brujas granujas, hasta enchiqueraros! ¡Yo, Juan de Mañozga, aquí, impedido, y vosotras desplegadas por el firmamento! Ah, rabia, rabia. ¿Cuándo, Dios mío, se me ocurrió dejar a España a bordo de aquel galeón repleto de pólvora, mosquetes, gallinas, herejes, pescado seco y horribles garnachas, persuadido de merecer ante sus cristianísimas majestades si me sacrificaba por la fe? ¡Zopenco, cabrito de mí! Ni siquiera conseguí jamás del rey Felipe el fuerte donativo que esperábamos... ¿Y cómo, cómo detener esta proliferación mayúscula de hechiceros, este sobrevolar de lechuzas, este balar cada vez mayor de chivatos, esta locura cernida sobre la muy noble villa a despecho de mí fiereza, en las barbas del Santo Oficio, de Fernández de Amaya, de estos gotosos colegas míos...? ¡Y pensar que, al comienzo, todo fue tan fácil! Enchiquerar negras y zambas, de aquellas que vaticinaban el futuro con suertes de habas y maíz; torcerles el pescuezo como a gallinas cluecas, todo era coser y cantar. Y luego los matrimonios de encomenderos... Mañozga, tú sabías darte maña. Pero es la vejez el infierno, ¡y es de verse cómo zumban ahora, las muy ladinas, aprovechadas de mis impedimentos, carcajeadas como mazorcas sin farfolla, brujas granujos, salidas de los palos de bálsamo, brujas vegetales, animales y minerales, enseñoreadas de la comarca, cuya capital es ahora Tolú, enseñoreadas, haciendo mofa del Santo Oficio, de mí, de mis canonjías, sueltas ay de madrina, espolonas, cornudas, cachidiablas, las brujas, las brujas, las brujas!

¿Por qué me viene a venir, soñando con falsos boatos y virreinales embaucos, del lugar donde me correspondía estar y medrar, las Cortes, coño, las Cortes, allí donde se forjan en un parpadeo eminencias y las togas se cruzan con el filo de las

espadas? ¿Por qué me vine a venir a una tierra tierra de Belcebú que nos hiela de calor, que nos sofoca de frío; a una tierra tierra de Lucifer esterilizada por el semen de Buziraco, pero exuberante y pasmosa en su misma esterilidad, tierra en fin que devora o vomita, según vengamos a sembrar o a recoger? ¡Ahora soy un esputo de soldados, una resaca, una bazofia de río almacenada en sus bocas de dragón! ¡Ahora soy un desecho de estas tierras malditas del Señor, tierras que, en vez de conquistarlas, me han conquistado o, mejor, succionado, chupado, fosilizado, hasta arraigarme como cizaña diabólica en lo más profundo de sus entrañas! Mañoza escuchaba la carcajada helada de las brujas que voloteaban arriba, famélicas y vengativas, y un estremecimiento le recorría la espina dorsal.

Mañoza, viejo cabro, ¿quieres explicarme lo que te acaece?

La voz sonó decrepita y estridente en sus oídos, irritándolos, castigándolos como con estolones rastreros. Por un instante, el Inquisidor imaginó una broma maléfica de alguna súbdita de la cohorte voloteante. Pero reconoció el tono atufado y enconoso de su Alcaide, Fernández de Amaya, y estuvo a punto de estallar en cólera.

Vete de aquí, imbécil. Eres un feo estropajo de alguacil. ¿No ves lo que pasa allá, en el cielo? Míralas cómo se revuelven; me han macerado el lomo con la leche de su demonio. Estoy acabado. Mira cómo sudo. Y ellas son puro sofión allá en lo alto. ¿Entiendes? Esfúmate, viejo bergante.

Y, sin embargo, los capuchones del Santo Oficio, como en un anticipo de futuras carnestolendas, emergieron tras el Alcaide, sonreídos y expectantes.

Mañoza, viejo cabro, venimos por ti. Debes descansar o acabarás apostatando de tu fe. ¿No ves que es tu fantasía, viejo imbécil?

No es mi fantasía, Fernández de Amaya. A lo sumo será mi conciencia, pero hace tres noches que vienen puntuales a carcajearse, recorridas por esos cocuyos, tan pronto los velones se encienden y aun cuando se han apagado.

Pamplinas. Te mandé decir con el Orlando que el condumio se hiela.

Nada puede helarse en este infierno.

Blasfemas, viejo cabro.

Dos capuchones se le aproximaron y empezaron a arrastrarlo, con mezcla de desprecio y delicadeza, hacia la escalera de caracol.

Te lo prohíbo, Alcaide. Quiero estarme aquí noches y noches, viéndolas desplegarse sobre la ciudad. ¿No las oyes que balan, aúllan, crotoran y hasta rebuznan, viejo bergante? Se quema una y es como si el muerto abonara el terreno: proliferan de un endemoniado modo, y creo que van a colmar de bote en bote la creación. ¿Por qué, Fernández de Amaya, por qué permite Dios que haya brujas?

Ya sabes que es tu fantasía. Nunca el diablo se repitió en brujos de verdad.

Serán de mentirijillas, pero ¡ay, cómo abundan!

En tu cabeza.

En mi cabeza, viejo bergante, y en la de tu polla. ¿Olvidas cuántas brujas han desfilado por la punta de tu polla?

Finalmente fue arrastrado. Protestó, se revolvió, pero sólo le respondieron las carcajadas siniestras del Alcaide, un ji-ji-ji muy agudo que rivalizaba con los eructos de las brujas. Escaleras abajo, Mañoza se comprendía grasiento y febril. De sólo recordar los graznidos escuchados allá en el cielo, tuvo una erección senecta y pasajera. Estaba liquidado y nadie mejor que él lo sabía. Aquel ambiente de mazmorra, donde se creyera estar siempre rodeado de excrementos humanos, le oprimía el pecho y se le pegaba sin remedio a las fosas nasales. Era la mierda de Buziraco que lo perseguía.

Un lóbrego pasadizo conducía a las habitaciones del Inquisidor: dos celdas húmedas y cochambrosas que servían la una de despacho, la otra de dormitorio. Fue llevado en vilo hasta el camastro y depositado como un fardo, sin mayores miramientos. Fernández de Amaya cambió entonces el diapasón de su risa, en un intento conciliador.

Le conservaba cierta admiración a Mañoza. ¡Ah, si todo hubiera resultado como ellos lo quisieron!

Ya lo ves, viejo cabro, tu comida está fría como nariz de perro. Tienes que descansar porque, a la postre, todavía daremos brega un tiempo. ¿A quién le importan los brujos? ¿Son todos esos cochinos feligreses con alma de herejes los que nos tienen desacreditados ante el poder civil! ¿Te pondrás en condiciones de recibir?

¿A quién?

Una denunciante.

¿Sobre un hereje?

Algún judigüelo, ya lo sabes. Pero, diablo, come primero que hablar. Come, que se te pone ese condumio como esperma de diablo. Algún judigüelo, te digo; es un barbero y no creo que pueda sacársele mucho.

¿A qué hora?

Mañozga se sabía postrado. Fernández de Amaya se le diluía en una nube de vapor verdoso. Por el tragaluz de la celda le llegó todavía a los oídos el aleteo de una bruja, que rozó el muro exterior del palacio.

Al amanecer. Es una beata de Gimaní que espera hacerlo todo dentro del mayor secreto.

Y ¿cuánto habrá que darle?

Unos diez castellanos.

¿Diez castellanos por delatar a un barbero? Me cago en su madre, Alcaide.

Qué diablo. Confiscaremos la barbería. Vale unos cinco mil pesos de oro limpio.

Está bien, pero ¿qué hacen aquí todavía estos follones? Marcháos, hideputas. Os estáis divirtiendo conmigo y a fe que todavía puedo recordaros quién soy.

Los encapuchados se desbandaron, ante el fantasma del poder mañozguiano, pero volvieron a congregarse, como si hubiesen recapacitado y comprendieran que el Inquisidor no era más que un cascarón, en espera de la orden final del Alcaide. Aquellos goleros conocían el olor de la desgracia. Fernández de Amaya hizo el gesto de escupirlos a la cara. No te inquietes, viejo cabro. Déjalos hacer. Se sueñan en tu lugar y quieren copiarte la bilis.

Que los deshuelen. ¿Qué horas son?

Pasada la medianoche. Mejor duermes, que la soplona va a ser muy puntual.

Estoy liquidado. El rostro de Fernández de Amaya no es ahora más que una delgada columna de humo intentando adherirse al techo. Mejor así. Idos. Y a pesar de estos gruesos muros, ¿no oigo todavía, afuera, el bullicio de la cohorte infernal? ¡Dios Buziraco, dios chiribico, quemado mueras en el hornillo! Todo empezó con aquel fraile bujarrón, con su vara florecida. Me cago en los agustinos. Ay, ¿cuándo se me ocurrió enfrentarme al todopoderoso Buziraco? Fue mi desgracia. Dios es impotente ante esta proliferación de demonios. Pero, qué digo, estoy blasfemando. Me pudriré en el cuartel de los porquerones. Si antes no me pudre este calor, diablo, no me pudre en vida. Allá me lo digan de misas. Cuerno.

(Tomado de: German Espinosa. Los cortejos del diablo.  
Montevideo: Editorial Alfa, 1970.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**CRISTIAN VALENCIA**

Nació en Santa Marta, Colombia, en 1963. En 1992 ganó la Primera Mención del Concurso de Libro de Cuentos convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT) con Güisqui en las rocas. En 1997 obtuvo una Beca de Creación del Ministerio de Cultura en la modalidad novela con Pancho Panchév, el último comisario de la ciudad. Desde 1998 se ha desempeñado como periodista freelance para diferentes medios impresos. En el año 2000 obtuvo la Primera Mención en el Concurso de Crónica convocado en América Latina por la revista Gatopardo. En 2001 Planeta publicó su novela El rastro de Irene.

**Cristian Valencia**

**Bitácora del Dragón  
[ fragmento ]**

Las historias de amor mueven el mundo, de eso no me cabe la menor duda. Pues bien, así empieza esta historia: por un amor que se deshizo. Quisiera decir que fue de buenas a primeras pero no fue así. Se estaba desvaneciendo a mis espaldas desde meses atrás. Y cuando llegué a Bogotá, luego de un extenuante viaje a Costa Rica, encontré el libro pasional descuadrado. Ella, me lo dijo de frente, se había enamorado de un español.

Hostia dije. ¿De un español?

Sí dijo ella.

Bueno, debo admitir que no lo dijo tan a destajo. Primero comenzó diciéndome lo buen tipo que era yo. Que junto a mí había pasado unos años maravillosos, que yo era el ser más tierno del mundo y que blablablá, y que, mejor dicho, yo era el ser más especial que había pisado la tierra en siglos, ¡pero! Y es con un pero donde empieza lo peor siempre.

Pero me ha sucedido: estoy enamorada.

Me quedé en silencio y pensé varias cosas hostiles, pero sólo le dije una antes de salir de lo que había sido mi hogar durante seis años. Lo dije en tono bajo, con la mirada en el piso, como suelen hacerlo los galanes de telenovela.

Luego de quinientos y tantos años todavía siguen llegando los conquistadores, les clavan un puñal traicionero a los caciques de la tribu y se llevan a las indias para la metrópoli.

Me estás insultando dijo ella.

Lo siento dije en tono derrotado, con el corazón en la mano. Mejor me voy.

La despedida fue melodramática. De hecho, ella me dijo, como para recomponer el ambiente, que yo era Melo y ella Drama.

Ja, ja dije, y me fui de allí.

Así que, de repente, me encontré en la calle con una maleta sin saber para dónde agarrar. Debo decir que todos los lugares comunes me cuadraban como anillo al dedo. Estaba con el corazón hecho añicos y las baladas más baratas de la radio se referían directamente a mí. Me descubrí de pronto siguiendo a voz en cuello una canción de Camilo Sesto y no sentí la menor vergüenza, a pesar de que iba en un bus lleno de gente desconocida. No me importaba nada. El mundo bien podría enterarse de que un hombre enamorado tiene algo de ridículo.

Me refugié en casa de mi amigo Camilo. En silencio. Varios días de silencio mientras pensaba qué hacer. Recientemente me había ganado una beca para escribir una novela y tenía en el bolsillo, contando con ahorros, cinco mil dólares. Menos mal, porque lo único que yo quería en ese momento era poner kilómetros de distancia con esa parejita en formación que seguramente caminaba por las calles de Bogotá como si fueran nubes de algodón, esbozando una risita estúpida.

Y de pronto llegó la epifanía: "¡Me voy para Praga!", pensé.

¿A Praga? dijo Camilo, como si le hubiera dicho me largo al infierno.

Sí, a Praga. Siempre me ha gustado Praga. Quiero conocer la plaza Wenceslao, quiero ver las calles que vio Bohumil Hrabal y quiero contagiarme de esa manera de mirar la vida.

No sé cómo no se me ocurrió. Cuando nada funciona uno se va a Praga, qué güeva... Y como ¿qué vas a hacer en Praga?

Tengo suficiente dinero para unos meses, mientras me voy metiendo a conocer universitarios para ofrecerles clases de español. Qué sé yo: algo se me ocurrirá. Pero me voy para Praga.

Hum...

Fui a despedirme de Mauricio, mi hermano mayor. No es que tuviera los pasajes en la mano pero la decisión estaba tomada. Se quedó mirándome como si yo fuera un balón hermético, difícil de descifrar.

Vamos por un ron a la tienda dijo.

Y con el ron en la cabeza le conté la difícil situación que atravesaba mi corazón. Como siempre, los hermanos mayores jamás toman en serio a los menores. Sonrió primero y luego se desternilló de la risa sobre mi dolor.

Chao, viejo, mejor hablamos otro día dije en seco. No estaba dispuesto a reírme con nadie a mi propia cuenta.

Hermanome dijo, casi con ternura . ¿Qué carajos va a hacer en Praga? Esa ciudad es fría, la gente habla checo, cosa que la hace más fría, y está llena de lagos con cisnes y retretas con músicos de cámara. No, viejo. Piense en otra cosa. Usted no aguanta un invierno de esos. Usted es del trópico, nació en el Caribe.

En invierno bajo a España, por ejemplo. Para entonces ya estaré acomodado, con trabajo; estaré escribiendo, balbuceando checo y seré amigo de jóvenes escritores praguenses.

¿A España? Y qué tal que...

Entendí de inmediato: ¿qué tal que te la encuentres allá? Así que me apresuré a cambiar el destino de invierno.

A Túnez, a Marruecos, a Guinea Ecuatorial, Filipinas, cualquier sitio es bueno para pasar un verano.

Está loco, hermano dijo y se empujó un ron. Ya vengo.

Se perdió por algún lado, se demoró unos cuantos minutos mientras yo acariciaba la idea de una primavera en Praga, y luego bajó con un atlas y un cartapacio enrollado. Puso todo sobre la mesa y abrió el atlas.

Mire, viejo. Mire dónde queda Praga.

Veo dije.

¡Latitud cincuenta grados norte! gritó. Cincuenta, hermano, ¿sabe lo que es eso?

Pues sí, yo estudié geografía.

Usted estuvo en un invierno en Madrid, ¿se acuerda del frío?

Preferiría no hablar de España en estos momentos dije, notablemente compungido.

¿Sabe en qué latitud está Bogotá?

Sé que estamos a 2.600 metros de altura y que me quiero ir.

Estamos a cuatro grados norte, solamente.

De Praga sé muchas cosas, tengo muchos amigos que han estado allá.

Nos miramos con seriedad. La conversación no iba para ningún lado. Mauricio entendió y con habilidad comenzó de nuevo.

Una vez estuve en un invierno en Hamburgo se quedó mirando el recuerdo y prosiguió. La compañía me envió para que trajera un barco, una especie de Tramp Steamer, cargado con mercancía para muchos puertos de América.

Mauricio era marino y había trabajado durante muchos años para una compañía alemana haciendo la ruta Europa-América del Sur, sobre todo a los puertos del océano Pacífico. En ese momento estaba pensando en hacer negocios de tierra, cansado del mar.

Yo me acuerdo del Hanni... fui a visitarlo a Buenaventura dije, entusiasmado con el giro.

Recuerdo que cuando fui a encontrarme con Mauricio en ese puerto sobre el Pacífico colombiano, el barco no llegaba todavía a la bahía. Y estuve paseando por todas partes, alucinado con cada cosa que veía: con un hotel colonial que miraba hacia el mar, de baldosas ajedrezadas y diligentes mozos negros vestidos de impecable blanco. Un hotel en medio de un paisaje pegachento que parecía dejar pátina hasta en los carros. Maravillado con aquellos manglares exuberantes, los barcos madereros y marinos de todo el mundo caminando de gancho con putas altivas y colorinchas. Aquella vez me senté en un pequeño pantalán a conversar con un lancharo mientras el Hanni hacía la maniobra de fondeo. Me dijo que hablaba griego, portugués, catalán, alemán, inglés, francés, turco y algo de chino y que, aunque yo no le creyera, todavía no aprendía a leer ni escribir.

Mi hermano prosiguió:

Pues, como tenía varios días mientras cargaban el barco, decidí perderme por la ciudad. Y lo hice tan bien que casi no llego. Me fui de farra y me gasté la plata que llevaba conmigo. A los dos días estaba aterido del frío. Pero no era un frío cualquiera, era un frío preternatural como esos que nombra Lovecraft en sus novelas, de esos que hacen tiritar los huesos y castañear los dientes. Y yo por ahí, sin cinco. Me tocó decirle a una mujer que me ayudara a llegar al muelle y que le pagaría su servicio cuando estuviéramos en el barco. Caminamos en medio de esos canales que exhalaban hielo. No veía la hora de salir de allí, de poner rumbo hacia el Caribe. No se imagina, hermano, la felicidad que uno siente cuando pone rumbo al sur y sobrepasa las Azores, empujado por los alisios.

Qué berraquera, viejo dije, pensando en la vida de los marinos y las estelas que van dejando en su alma todos los lugares que visitan. Siempre envidié un poco la vida que mi hermano había escogido.

Le quiero proponer una alternativa dije.

Desenrolló el cartapacio y entonces supe que eran cartas de marinería. Las extendió sobre la mesa y comenzó a explicarme cada uno de los numeritos que tienen. Luego sacó unas escuadras, un transportador de ángulos, un compás de dos puntas bellísimo y una regla paralela. Y de pronto trazó un rumbo con un lápiz.

Por ejemplo, hermano, supongamos un viaje desde Cartagena, que está a diez grados y cinco minutos de latitud norte sobre el paralelo 75, hasta el archipiélago de San Blas en Panamá.

Comenzó a hacer cálculos sin tener en cuenta que hablaba con alguien que sólo había visto barcos desde la tierra. Hasta que soltó un número.

Habría que poner rumbo 255 en la rosa.

¡Oh! exclamé en tono burlón. Mauricio perdió la compostura en segundos con mi mal chiste.

¿No entendió un carajo?

No, porque no me explicó nada, sólo se puso a balbucear números y cuentas. Parecía un tendero haciendo el balance diario. Así que, ¿cómo iba a entender?

O.K. Pensé que me seguía.

Me explicó detalladamente cómo se trazaba un rumbo y cómo saber las coordenadas exactas de cada lugar. Y nos pasamos la tarde jugando a viajar por el mundo, esquivando vientos y malas olas, evitando los bajos y pescando atunes en aguas del mar Caribe.

Ese mundo podría hechizar a cualquiera dije, como para mí.

Entonces Mauricio soltó la perla que se había guardado para ese momento justo. Una perla hermosa que salió en forma de reto y se quedó solitaria sobre la mesa negra.

Si usted le mete ese billete al Dragón y lo repara, se puede quedar con él un año. Esa es mi propuesta.

¿Al Dragón?

Así es. Ahí tiene la alternativa.

El Dragón era un velero de 63 pies con casco de acero naval construido en 1966, que Mauricio había comprado en Miami; lo había acondicionado con lo mínimo para llegar a Cartagena y allí se había quedado, amarrado a un club náutico como una ballena varada. Abandonado por falta de dinero.

La propuesta me compuso el corazón y comenzó a bombear sangre con potencia por todas partes. Por fin podría hacer un oficio real, lejos de la soledad de los computadores y los libros, lejos de pretensiones intelectuales y, sobre todo, cumpliría con el objetivo de ponerle distancia a mi adorada enemiga. Tenía algo de heroico salir a navegar para matar un desamor.

Estábamos en silencio, medio borrachos, mirando las cartas sobre la mesa, cuando llegó Camilo.

¿En qué andan?

En que Mauricio me acaba de dañar o componer el corazón, todavía no sé.

Camilo miró a Mauricio, miró las cartas y los instrumentos de navegación sobre la mesa y exclamó:

¡Ah, qué berraquera! ¿Estas son las cartas de marinería? Cómo son de bellas, daría cualquier cosa por navegar un par de años.

Pues Mauricio me acaba de prestar el Dragón por un año, viejo, a cambio de que lo arregle.

¿El Dragón? exclamó Camilo en el mismo tono que yo lo había hecho.

Camilo sabía tanto de barcos como yo pero también sabía de qué se trataba. Yo le había mostrado alguna vez un volante de propaganda del Dragón cuando estaba en buenas condiciones y hacía recorridos turísticos por las Antillas Menores. Antes de que llegara el huracán Hugo en 1993 y lo dejara como una tina de acero que iría a parar al desguazadero de Miami donde Mauricio lo encontró.

¿Cuándo nos vamos? ¿Todavía está en Cartagena? ¿Se puede vivir en el barco? ¿Navegaremos el Caribe? dijo Camilo mientras me miraba a mí, miraba las cartas y a Mauricio, como si fuera de cuerda. Estaba eufórico.

Eso es hablar castellano, Camilo dijo Mauricio mientras levantaba un vaso con ron para ofrecérselo.

¿Y es que usted lo está pensando todavía? me dijo Camilo. No sea güevón, hermano. ¿Prefiere irse a mirar blancas desabridas que morenas en el Caribe? Esas mujeres son como un kumis. ¿Prefiere meterse en un hueco mohoso que vivir en un velero? No, hermanito, bobito no.

¡Listo! grité y miré a Mauricio con seriedad. Es un trato.

¿Estamos? Estamos asintió Mauricio con una sonrisa.

Nos dimos la mano para sellar el trato y nos emborrachamos esa noche escuchando historias del mar.

(Tomado de: Cristian Valencia. Bitácora del Dragón.  
Santafé de Bogotá: Planeta, 2003.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**SUSANA REYES**

Nació en San Salvador el 3 de noviembre de 1971. Se graduó de Licenciatura en Letras de la UCA en 1999 y es profesora de Lenguaje y Literatura.

Ha ganado varios premios a nivel nacional y universitario.

En 1990, el Instituto Salvadoreño de Turismo presentó la obra *La abuelita que habla y habla* (una pieza teatral de su creación). En el año 1998 fue coanfitriona del programa radial *La Bohemia* de YSUCA. Ha colaborado con la Asociación de Investigación Cultural TALTIC-PAC. También ha colaborado como jurado en certámenes nacionales de poesía y cuento; y como jurado en certámenes estudiantiles de poesía, cuento, teatro, declamación y oratoria. Ha participado en encuentros de poesía en Centroamérica y México.

Ha participado en montajes teatrales con el grupo *La Calle*, entre ellos: *Te voy a regalar un arco iris* (infantil), *Una piscucha volando hasta el fin* (infantil) y *Un día en la vida* (del salvadoreño Manlio Argueta). Con esta última obra, participó en el Festival Internacional de las Artes en Costa Rica.

Parte de su obra ha sido publicada en periódicos y aparece en antologías como *Palabras de la siempre mujer*, *Paisajes poéticos* y *Mujeres en la literatura salvadoreña*, *Juegos Florales*, edición 1996.

Cuenta con la publicación individual *Los verbos perdidos de la luna* y entre otras publicaciones colectivas se encuentran: *Mujeres*, *infinitas habitantes del amor* y *Dos voces para un tiempo*.

Desde 1999 pertenece al primer grupo literario integrado por mujeres: *Poesía y Más*. Con él ha publicado: *Rezonos de mujer* y *El libro de los conjuros*, como parte de dos espectáculos poéticos: *Rezonos de mujer* y *Poesía Bruja*, respectivamente. Así mismo, con el grupo ha publicado las conferencias recitales: *Mercedes Durand. Vida y obra* y *La voz del cantor. Vida y obra* de Pedro Geoffroy Rivas.

Entre otras actividades, ha prologado el libro de poemas *Sorbitos de café en paisajes yertos* de la poeta dominicana Teonilda Madera, radicada en Nueva York, USA.

Ha sido galardonada con el Premio Joven Talento del año 2001 en el área de Literatura, otorgado por Galería 91 y CONCULTURA.

Actualmente trabaja con el Grupo Cultural Alkimia, en el que dirige la revista *Solopoesía* y coordina el espacio "Miércoles de Poesía" que se realiza en la Peña Cultural del Restaurante Los Tacos de Paco.

**Muestra poética  
de Susana Reyes**

**Yo te descubro**

hombre  
en cada verso  
y he aprendido  
a descifrar  
tus pasos.

Ellos son las esfinges  
yo, Edipo.

**Vos fuiste**

la única cómplice,  
luna de lobos,  
de caballos errantes,  
de ríos salvajes,  
luna tímida  
dormida  
entre los dedos  
de la noche.

**Por qué no jugamos de nuevo**

a los gatos enamorados,  
aquellos que cruzan tu calle  
en las noches de luna  
y se pierden en los inviernos  
de los tejados solitarios.

Por qué no jugamos  
a recorrernos los accidentes  
con los ojos abiertos  
y con la luna llena  
alborotándonos la soledad

Puedo escaparme  
a nuestra dimensión secreta  
del jardín enmarañado  
por la ausencia  
para esperarte,  
para desearte,  
para rascarte la espalda

**Hoy aprendí**

que quitarte  
las telas de la piel  
es más hermoso  
que contar estrellas  
que se esconden  
en las copas de los árboles  
que la luz de tu cuerpo  
alumbra cada rincón  
de mis cuevas  
que tu vos  
recorre lentamente  
cada parte de la casa  
y que desnudarte,  
es más que deshojar  
la margarita eterna  
de la incertidumbre.

### **Tiempos y silencios**

Me enseñaste a quitarle  
los pétalos al viento.  
A creer en la ternura  
de la incertidumbre.  
A disfrutar el instante furtivo.  
A adivinar el misterio de tus manos.  
A descifrar los logaritmos de  
tus versos.  
A robarle a los relojes  
las agujas.  
A tejer el plenilunio  
entre mis piernas.  
A hundir mis silencios en tu pecho  
A sentir que el azar  
es nuestro tiempo.

### **Mis frases ya no empiezan**

con tu nombre  
mis lágrimas  
ya no bañan tus ausencias.  
Mi cuerpo ha cambiado  
de estación  
y ya no alumbra tus caderas  
ya no llueve en tus calles,  
ha mudado sus caricias  
y se dispone a cruzar la puerta.

### **Llévate este abrazo,**

con él podrás  
cobijarte del frío,  
estrechar los lagos,  
de él te prenderás  
para no caer.  
Él sabrá acariciarte como yo.

### **Navego las calles**

buscando tus crepúsculos  
que me salen al encuentro  
en cada parque.  
Tu ausencia  
me invita al café mañanero  
a recordar que te perdí  
en el lugar más inhóspito  
de mis tardes.  
La sed de tus versos  
se derrama por las calles  
y yo deslizo en el asfalto  
la terrible necesidad  
de habitarlo.

### **Olvidame**

rompeme en mil pedazos  
Negame ante la noche.  
Borrarme de tu agenda.  
Dejame perdida en aquel libro  
Quemame junto con los días que nos  
quemaron a los dos.

### **La nueva ciudad**

Después de mí, alguien vendrá  
y te regalará los grillos  
que se prenden de las noches.  
Alguien vendrá  
y te cubrirá con su sonrisa,  
curará tus ramas heridas,  
cuidará los crepúsculos  
Poblará los valles de tus sábanas...  
Alguien vendrá.  
Después de mí  
lluvia silenciosa  
alguien se volverá  
lago en tu valle.

## Tengo dos meses de poemas

esperándote en la mesa,  
un chorro de sueños pendientes en mi almohada  
la soledad más grande  
que pudo sentir la casa sin vos.

Tengo también  
las últimas noticias,  
el reloj con la hora afilada,  
la cama que se encorva  
para evocarme tu silueta,  
la geografía de mi cuerpo,  
tu muelle favorito  
para encallar tu barco.

## Postales urbanas

### I

Al cielo le nace un sol  
convocado por mi alegría.  
Te aspiro en el olor  
que febrero deja al marcharse.  
Tu luz, la luz de la tarde  
felizmente me rodea y sonrío  
al ver que te recuerdo  
como una adolescente,  
al ver que aquel parque  
tiene los cortesés  
y yo soy apenas una sombra  
que regresa feliz y ansiosa...  
De vos me quedó un recuerdo,  
una voz que se escucha  
en los teléfonos  
una promesa que se reafirma  
en el verano  
y este parque en fotos  
que hoy te mando.

### II

Te acordás de aquella esquina  
aquel parque amarillo  
que invitaba al sueño,  
no te puedo mandar de ellos  
más que el recuerdo  
en los ojos cerrados...  
ahora no hay más que historias,  
ya los cestos y las cajas  
cubren las aceras  
y miles de vagabundos dormitan  
en aquellas calles por  
las que corrimos  
sin pudor y sin espanto.  
¿Te acordás?  
antes también ahí hubo sangre  
pieles y ropas.  
Zapatos y gritos  
quedaron haciendo eco en las paredes, ahora  
hay grandes cláxones gritando sus verdades,  
no se parece más que  
por la memoria  
no es el mismo,  
aunque aquel caballo  
siga a galope eterno en el  
mismo pedestal,  
ahora hay alambres como  
hebras de piscuchas

[de viejos octubres,

como hilos de algodón  
de dulce en las ferias,  
hay manos, cuchillos

## Ellos

### I

Yo era niño  
con juguetes y un jardín  
y el miedo era  
una dimensión extraña  
que vivía fuera de mi puerta.

Hoy como el pan  
como hace 20 años,  
ese pan que olvidé y negué  
ante la ráfaga importuna.  
Cada masticada se vuelve  
un destello de memoria  
y vuelve a estremecerme.  
Soy de nuevo un niño  
y como el mismo pan  
y vivo de nuevo la misma historia

### II

Uno debería liberarse de la maña  
de contarle a todos el color que tiene el mundo.  
Ser empleados normales  
y cumplidos.  
Estudiar con la esperanza  
de administrar lo que  
nunca será nuestro.

### III

Sólo él conocía bien  
lo débil de sus manos  
y sólo ella sabía  
donde otear  
hasta embriagarse.  
Ellos firmaban con su olor  
el secreto de saberse el otro.  
Solos inventaron  
el milagro de la risa  
y en el ennegrecido cielo  
escriben las fechas y los nombres.

### IV

Esa que está ahí  
no es ella  
esa de cara opaca  
y cejas de luna  
la niegan porque es sombra  
en un país sin sol  
porque sólo sabe  
repetir las mismas letras  
porque mira a los ojos  
y exhibe su cuerpo

y olores perpetuos,  
hay llantos y ruido  
hay prisa, hay ecos.

## Ellas I

Ella sacudió las últimas ramas  
de su árbol genealógico  
y comió  
uno a uno  
todos los frutos prohibidos.

### II

¿A dónde vamos, padre?  
dónde está tu mano  
dónde el abrazo  
y tu alegría.

Mi vestido es harapos  
y mi corazón  
una bóveda infinita  
de donde salen llorando  
los recuerdos  
una mujer cálida  
me llama hija  
y viene llorando  
con una sonrisa  
me besa, me carga en brazos,  
tu brazo en un puente roto  
tu hombro, un horizonte inacabado.

### III

Aún la recuerdo recostada  
en los muros  
recuerdo sus zapatos  
de tacón grueso  
jugando a provocarle  
ondas a los charcos  
para que los espejos del agua  
ya no dijeran  
que perdió los cabellos,  
que tiene cuatro dientes menos,  
que se tarda el doble  
en llegar hasta casa,  
que el recuerdo es un recuerdo  
y que al cruzar la puerta  
nadie te espera.

### IV

En un solo cesto  
caben las penas,  
se ponen ahí, pegaditas  
a la esperanza  
en bolsitas para llevar  
con agujeritos para que respiren  
las sonrisas, el llanto de los niños,  
los cuadernos y las tazas llenas  
de humo y pasos.

porque cree que el cielo de invierno  
es un globo hinchado de agua  
en el que los niños de las manos  
han prometido hincar sus uñas.

## V

Me comencé a asquear del mundo  
y me hice áspera, silvestre  
flor de raíz profunda  
mineral de luces opacas  
solo encerré tu nombre  
en mi centro  
eroces ala y uña indeformables  
con las que consagré  
la sima del misterio  
y no volé más.

## VI

Intentó organizar su agenda  
y no pudo.  
Y fue madre.  
Y el trabajo le pedía ser soltera,  
sin compromiso de horario,  
trabajar bajo presión...  
sin tiempo para tareas.

Fue ama de casa  
y a veces los viejos sueños la tomaban de la  
mano  
para ver las estrellas a medio día  
para recordar atardeceres  
por la mañana  
para perseguir quimeras  
por las avenidas  
para amar con el corazón sonriente  
y retar al reloj a detenerse.

## VII

Una debería llegar a casa  
y que los chicos nos saluden  
con sus quejas.  
Sentarse frente a la televisión  
y esperar ansiosas el beso  
del amante  
y no saber decir no  
aunque conozcamos  
bien las negativas.

## VIII

Sinfonía eterna  
de sirenas,  
ilusiones marcadas  
en una tarjeta,  
y el silencio  
de los cantos,  
y la monotonía  
de los cuellos,  
y el polvo  
de los recuerdos,  
y los libros abandonados,  
y los niños

en el vientre,  
y los domingos  
de aguja y telas,  
y el pan  
en las esquinas,  
y la leche  
y las horas  
y los sonidos  
y los sueños

### La Loca

#### I

Ella sólo quiso  
otorgarle a la vida  
el estremecimiento de sus entrañas  
liberar de los hombros  
los cabellos marchitos  
internarse en el cotidiano ardor  
de las hojas en el agua

#### II

Se liberó de las culpas  
desnuda y feliz  
regaló su risa  
al naranja de la tarde  
no le interesó más  
que tenderse sobre las aceras  
y respirar la libertad  
con sus pupilas.

#### III

Esa que está ahí  
no es ella  
esa de cara opaca  
y cejas de luna  
la niegan porque es sombra  
en un país sin sol  
porque sólo sabe  
repetir las mismas letras  
porque mira a los ojos  
y exhibe su cuerpo  
porque cree que el cielo de invierno  
es un globo hinchado de agua  
en el que los niños de las manos  
han prometido hincar sus uñas.

### Réquiem

Esta tarde el sol está limpio...  
Sabía que no iba a recordar aquellos versos,  
Ni siquiera sé cómo he de terminar  
esta carta que hace tiempo debí haberte  
escrito.

El sol es una rodaja de zanahoria  
y yo sigo buscando en las gavetas  
el papel con olor a tierra mojada  
que preparé aquel invierno.  
Siempre en el mismo lugar  
pienso en los mismos versos...

Es inútil,  
no es el sol,  
soy yo  
y este silencio deslumbrante,  
más bien, cegador.

Me atrevo a empujar la hoja  
hasta la orilla de la mesa  
para que caiga,  
para que se haga  
mil pedazos el silencio.

### **Quiero morir cuando**

ya no me necesites.  
Cuando puedas regresar  
solo a casa,  
cuando sepas sorber  
el humo de un fogón  
y el olor de queso y pasto.  
Cuando sepas oír el rumor del mar  
y el aleteo de los pájaros.  
Cuando quieras convocar  
sin tiempo  
la transparencia de mis entrañas.

### **Me voy**

como se van las nubes  
hacia el horizonte.  
Me marcho  
con el eco prestado de tus pasos,  
con su sombra como piel perpetua.  
Me voy y conmigo  
se irá la memoria  
como se va el sol detrás  
de tus hombros.  
Me voy  
y no te dejo más que el olor  
de mi alegría en las paredes.

### **Yo te llamé**

para terminar  
con los terremotos  
que quiebran mis piernas  
Te llamé para entregarte  
mi último verso  
  
Pero no pude reclamar el olvido;  
mucho menos decirte  
que el himno de tus dedos  
ya no suena en mi espalda  
y que no debo volver a andar  
por tu patio  
o beber el agua  
que guardas en tu cuello  
menos te dije  
que te enterré con el último  
vuelo de pericos  
porque no tengo el valor  
de colocarte ninguna lápida.

### **Por favor, no llores cuando me vaya,**

mejor cerrá los ojos  
y recordame tomando tu mano  
mirame en las golondrinas  
que descansan en los cables  
en las hormigas marchándose  
por los muros  
en las palmas de los niños  
alargándote sus manos en la calle.  
  
Leeme en las planas de los diarios,  
en los noticieros sangrientos.  
  
No me llores,  
  
prometeme que me verás la primera estrella.  
  
Yo te prometo quedarme  
  
y correr detrás de vos  
en las correntadas del invierno.  
Ser el viento y dejarte caer hojas, semillas,  
volantes en las plazas.  
Prometo ser tu sombra a medio día,  
pegadita, junto a vos, sin alejarme.

## **"Región de soledad"**

Alguien se marcha  
y la casa ahueca su corazón  
que cambia de color ante la partida

Quedó vacío el arcón de los momentos felices.  
La presencia es sólo una esfera  
rodando triste en los pasillos.

Nadie llora la partida,  
el silencio en estos casos  
es siempre el más temido de los invitados

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**XAVIER VELASCO**

Nació en la Ciudad de México en 1958. Narrador, cronista y ensayista. Desde primaria hasta bachillerato hizo estudios en diferentes colegios privados de la ciudad de México. Realizó estudios de literatura y de ciencias políticas en la Universidad Iberoamericana.

A los 19 entró como colaborador en el suplemento La Onda, de Novedades, donde escribía crónicas de grupos de rock. En el suplemento literario Sábado del periódico de circulación nacional Unomásuno colaboró de 1984 al 2000, y en El Nacional de 1991 a 1996. Desde 1999 publica una columna semanal, «Epistolario», en el periódico Milenio.

Es autor del ensayo biográfico Una banda nombrada Caifanes (Dragón, 1990), una semblanza de esta célebre banda de rock mexicana. Es autor también de una novela corta, Cecilia (1993). En el año 2000 publicó un libro de crónicas: Luna llena en las rocas. Escribe y dramatiza sus historias en la emisora de radio Imagen 90.5. Prácticamente todo lo que ha escrito en su vida ha sido por encargo, con excepción de su novela Diablo guardián, que escribió a lo largo de 15 años.

Obtiene cronista del bajo mundo  
Premio Alfaguara

El "vicio" de escribir  
de Xavier Velasco

Por Juan Solís

La vida de Xavier Velasco cambió ayer a las seis de la mañana, hora en que telefónicamente le avisaron que había ganado el sexto Premio Alfaguara de Novela con su obra Diablo guardián.

Seis horas después Velasco, con una enorme sonrisa en el rostro y los zapatos boleados, declaró que la más emocionada fue su casera, ya que con los 175 mil dólares que obtuvo, le pagará lo adeudado y le adelantará nueve meses de alquiler. Lo demás lo usará para pagarse otra novela que, a estas alturas, todavía se encuentra en una etapa embrionaria.

Cuando era niño, Xavier imaginaba historias en la regadera, luego las escribía en las últimas hojas de su cuaderno. Hijo de una familia funcional, siempre tuvo inclinación por ambientes inconvenientes.

"A mí me ha dado por viajar, se me ha acabado el dinero y he tenido que dormir en la calle. Me han levantado policías a patadas y me han pasado muchas cosas. De repente digo ¿qué necesidad tengo de vivir esto?, pero siempre he pensado que es necesario y me ha gustado.

"Desde niño siempre me interesó qué había detrás de esas cortinas pringosas de San Juan de Letrán, del Mocambo. Pasaba con mi mamá y me daban ganas de decir: Esquina, bajan. Era un mundo que me atraía profundamente. Aprendí a tomar pulque a los 15 años."

Quizá de ahí le venga la fama de noctámbulo que le ha llevado a recorrer los antros más underground de la ciudad y plasmar las andanzas en su libro Luna llena en las rocas (Cal y Arena, 2000). Sin pertenecer a ningún grupo literario en México ha publicado también la novela Cecilia (Doble A, 1993), y el ensayo biográfico Una banda llamada Caifanes (Dragón, 1990). Sin embargo considera que estas obras eran esbozos, el fogueo necesario para la verdadera creación, la cual inició en 1987.

"La declaré cancelada no sé cuántas veces, cambié los nombres de los personajes. Llegaba a la cuartilla 60 ó 70 y ahí se

acababa. Se convirtió en una obsesión, necesitaba tiempo completo, pero uno tiene que partirse."

La obra cuenta la historia de Violeta, chilanga que a los 15 años decide irse a Estados Unidos con sus miedos, ilusiones y dinero robado. Velasco dedicó mucho tiempo al personaje: "Tuve que estar, y usaré un neologismo cibernético, jacking mujeres, metiéndome a su sistema operativo. Trabajo apasionante. La posibilidad de poner a hablar a un personaje femenino en primera persona, implica la necesidad y el interés profundo de darle un ritmo."

Iggy Pop, Siouxsie and the Banshees, dan toques musicales a la narración: "Escribí esta novela con sobredosis de punk y de muchas otras cosas, sonoras por supuesto."

El escritor asegura que estamos asistiendo a un rescate. Se encontraba en una grave crisis económica. Vivía de ser free lance, pero ahora espera "dejar la prostitución del periodismo. Mucho tiempo hice publicidad y eso es la prostitución auténtica. Es estar metido en el burdel. Ahora con el periodismo siento que estoy en una esquina y al menos uno hace relaciones públicas. Pero necesito entregarme a un solo lecho dos años de mi vida, por favor. Necesito encariñarme con un personaje.

"En la realidad y en la novela terminé por enamorarme de una mujer inconveniente", concluye Velasco. "Y ¿A quién no le gusta enamorarse de una mujer inconveniente aunque le destruya la vida? Hasta ahora he comprendido que la literatura es mi mujer inconveniente. La niego todo el tiempo, pero ahí sigue."

(Tomado de: «El Universal»,  
México, D.F., 25 de febrero de 2003.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Xavier Velasco**

**Diablo guardián  
[ fragmento ]**

No lo puedo creer. La última vez que hice es to tenía un sacerdote enfrente. Y tenía una maleta llenísima de dólares, lista para salvarme del Infierno. ¿Sabes, Diablo Guardián? Te sobra cola para sacerdote, y aun así tendría que mentirte para que me absolvieras. Tú, que eres un tramposo, ¿nunca sentiste como que se te agotaban las reservas de patrañas? Ya sé que me detestas por decirte mentiras, y más por esconderte las verdades. Por eso ahora me toca contarte la verdad. Enterita, ¿me entiendes? Escríbela, revuélvela, llénala de calumnias, hazle lo que tú quieras. No es más que la verdad, y verdades ya ves que siempre sobran. Señorita Violetta, ¿podría usted contarnos qué tanto hay de verdad en su cochina vida de mentiras? ¿Qué hay de cierto en la witch disfrazada de bitch, come on sugar darling let me scratch your itch? Puta madre, qué horror, no quiero confesarme.

Ave María Purísima: me acuso de ser yo por todas partes. O sea de querer siempre ser otra. Y hasta peor: conseguirlo, ¿ajá? Me acuso de bitchear, witchear y rascuachear, de ser barata como vino en tetrapak, y al mismo tiempo cara, como cualquier coatlicue traicionera. Me acuso de haber robado, no una ni dos veces sino a toda hora y en todo lugar, como chingado pacman cocainómano. Me acuso de acusar al confesor por mis pecados, y de haberlo nombrado Demonio de Mi Guarda sin siquiera explicarle la clase de alimaña que estaba contrayendo. Porque a mujeres como yo no las conoces; las contraes. Como los matrimonios y las enfermedades y las deudas. Ay, mi Diablo Guardián: Dios te lo pague.

1. ¿Quién de ellos no era yo?

El Señor esté con vosotros... El sepelio es el fin de la primera persona. Una ocasión pomposa donde unos cuantos ellos despiden a otro yo de su nosotros, a la vez que lo envían a otro ellos, más hondo e insondable. Ellos: los que no están, ni van a estar. Los que, si un día estuvieran, nos harían correr despavoridos. ¿O no es así, despavoridos, como dicen que corren los que huyen de los muertos? Lo más fácil, e incluso lo más lógico, sería que enterrásemos a nuestros difuntos en el jardín de la que fue su casa. Pero entonces ya nadie se sentiría en su casa, ni en su mundo, sino sólo en el de ellos: los temibles difuntos, a quienes conducimos al panteón para poner entre ellos y nosotros no sólo tierra, sino de preferencia un mundo de por medio. Por más que añoremos a nuestros muertos, no queremos estar ni un instante en su mundo. Ni respirar su aire, ni mirar su paisaje.

Desde la cripta de la familia Macotella, camuflado por el olvido de los vivos, Pig divide el paisaje de tumbas sobre tumbas sobre tumbas en dos: a izquierda y a derecha de la mole blanca: una grandilocuente cripta en condominio a cuyo borde abre las alas una gran paloma, entre chispas doradas que acusan la presencia de la Tercera Persona de la Trinidad. Son cinco pisos, con nueve bóvedas en cada uno: cuarentaicinco departamentos, amparados por el título impreso entre el cuarto y el quinto piso:

**Hijos Predilectos del Espíritu Santo**

Ocho criptas vacías: en ninguna cabría entero un muerto, pero sí las cenizas de varios. Cuarentaicinco menos ocho igual a treinta y siete. ¿Cuántas urnas por cripta? Cuatro, tal vez. Cuatro por treinta y siete igual a ciento cuarenta y ocho. Eso, claro, si las que están ocupadas tienen ya sus cuatro. Potencialmente, la cripta en condominio podría albergar hasta ciento ochenta inquilinos. Pig calcula: un metro de profundidad por diez de ancho. Diez metros cuadrados. Es decir, a dieciocho difuntos por metro cuadrado. La familia Macotella, en cambio, posee un espacio que Pig estima en cuando menos tres por cuatro:

doce metros cuadrados, todos ellos en honor a los cuatro inquilinos que para siempre y a sus anchas reposan en el sótano, cada uno con tres metros cuadrados de terreno a su disposición, en dos cómodas plantas. Por ahí de las cinco de la tarde de un lunes soleado que se mira sombrío a través de los vidrios opacos de la cripta Macotella, Pig concluye que una mujer como Violetta jamás toleraría ni muerta, ni en cenizas terminar sus días en ese palomar soportando además el tácito desdén de los señores Macotella, condenados a contemplar a perpetuidad el paisaje de la miseria encaramada sobre sí misma. ¿Quién iba a convencer a Violetta de la predilección de la Tercera Persona del Verbo quien-espero-no-es una paloma por lo que a todas luces era un palomar? ¿Tiene acaso mal gusto el Espíritu Santo?

Pig sofoca una risa nerviosa, inoportuna, estúpida. Podría andar por ahí un enterrador, un aguador, un deudo: nadie quiere escuchar risas idiotas saliendo de las criptas. Con frecuencia se ríe de chistes malos, insulsos, como si todo el acto de reírse fuese una suerte de certificación: Ah, ya entiendo. ¿Qué es lo que Pig entiende, en este caso? Concretamente, que no todos los fans de la Tercera Persona del Verbo tienen acceso a su camerino. Y entonces se le ocurre que Violetta no dudaría en tachar hijos y escribir en su lugar siervos, ni en un rato después volver para tachar siervos y escribir criados. Pero, ¿qué no un cristiano de verdad humilde tendría que considerarse criado, antes que siervo?

Cuando los vio venir, Pig llevaba tres horas esperando. Entró poco antes de las dos de la tarde, aprovechando el vuelo bajo de un avión para darle el jalón a la llave de cruz, y así probar el choque eléctrico del miedo tras el estruendo sordo del pestillo al quebrarse. Se habían roto las bisagras, además. En todo caso desde afuera no se notaba. La puerta se abría sola, pero Pig la cerró a fuerza de atorarla con la misma oficiosa herramienta.

Pasada medianoche, había llamado a la casa de la familia. La madre se quejó, pero apenas le mencionó la palabra 'procuraduría', su tono se hizo abruptamente dócil, y hasta obsequioso. Le dio todos los datos: el panteón, la sección, la cripta, la hora del sepelio: cinco de la tarde. Suficiente para estar ahí a tiempo, pero no todavía para no ser visto: cosa difícil un lunes por la tarde, cuando las tumbas están casi tan solas como de noche, y las raras visitas son más que notorias. Por eso Pig llegó tres horas antes, y no bien hubo reventado la chapa se tendió sobre los primeros escalones que llevan hacia el sótano, tras los cristales convenientemente oscuros de Chez Macotella: una trinchera tétrica que lo obliga a mirar todo el tiempo hacia arriba y hacia afuera. Desde entonces ha dedicado los minutos a contar las cruces en ambos lados del paisaje, a calcular la cantidad de criptas necesarias para enterrar a todos los habitantes de la ciudad, a imaginar los más probables comentarios de Violetta, y entonces cada vez ha vuelto a los números, como niño perdido a las faldas de su abuela. Cuando uno se ha quedado solo entre los muertos, decidido a fisgar un entierro al que no fue invitado, las matemáticas acuden como legítimas enviadas del Espíritu Santo.

Un entierro sin tierra, ni ataúd, ni gusanos; un encierro, más bien. No quería perderse los detalles, ni podía correr el riesgo de que lo vieran. El único peligro inevitable era que un deudo de los Macotella muertos hacía treinta, cuarenta años tuviera la fatal ocurrencia de ir a visitarlos en la tarde del lunes. ¿Se es todavía deudo luego de cuatro décadas del trágico suceso? Con tan escasos momios en su contra, Pig terminó por apreciar el privilegio de los Macotella sobre los Hijos Predilectos del Espíritu Santo. Especialmente luego de verlos venir: dos, cuatro, ocho en total. La familia Rosas. más dos enterradores o encerradores, el sacerdote y su ayudante. Un cortejo discreto y breve: dos calificativos que igual describen a un sepelio que al ánimo de pronto amedrentado de quienes prefirieron asistir sin otras compañías al evento. No podía escucharlos. Se interponían el cristal y los nueve o diez metros que alejaban al multifamiliar del mausoleo. A cambio, los miraba con una nitidez obscena, y en momentos dudaba si no lo habían visto. El padre iba cargando la urna, la madre un oso de peluche rosa. Atrás, los dos hermanos caminaban con las manos metidas en las bolsas de las chamarras: Miami Dolphins, Dallas Cowboys.

Pig volvía a sentir las ganas de reírse, porque quizás con una carcajada histérica y adolorida lograría vencer los agobios que oprimen a la primera persona del singular cuando lleva tres horas oculta entre los muertos, y acto seguido es invitada a presenciar una escena que sería insoportable si no fuera, antes que eso, patética. Ya Violetta se había cansado de acusarlos: rehenes permanentes de la opinión ajena. Especialmente en ese trance, con sus caras de no soy yo el que está aquí, con el dolor vestido a tiempo de pudor, a su vez disfrazado, aunque jamás a tiempo, de una dignidad meramente decorativa. Una dignidad rosa mexicano, con los ojos perpetuamente abiertos y el peluche radiante de los muñecos que jamás llegaron a las manos de un niño. Porque el oso era nuevo, eso seguro. ¿Quién sería, sin embargo, lo suficientemente cínico para indagar en el peluche del muñeco, cuando ya su presencia invita a quitarse el sombrero, persignarse pensar, expropiar pesadumbre?

(Pero Pig está allí sin estar. Mira los movimientos y los gestos de los deudos como quien ve a través de un vidrio empañado: percibiendo figuras y colores inconexos, como sueños espesos y enrarecidos, pero de rato en rato vuelve a enfocar el oso de peluche. Hasta que ve a la madre dar un paso hacia el hueco en la cripta y acomodar allí el osito, recargado en la urna. Luego la ve sacar una caja negra y blanca ¿un cassette? y pasarla lenta, pomposamente al otro lado de la urna.)

Toda la ceremonia duró quince minutos. Si Pig hubiese estado filmando aquella escena, probablemente se habría concentrado en el osito, luego una toma lenta sobre las expresiones de piedra de los deudos, y al final otra vez el osito, justo

antes de que lo cubriera para siempre la losa:

**Rosa del Alba Rosas Valdivia  
(1973- 1998)**

'Para siempre': Pig no estaba dispuesto a permitirlo. Porque Pig ya no piensa más en el osito, ni en la urna, ni en los deudos, como en la sola circunstancia que de un instante a otro le ha jodido el sosiego: ¿Qué hay en ese cassette? ¿Las Mañanitas, Las Golondrinas, La Martina, la voz arrepentida de Rosa del Alba Rosas Valdivia? Desde que vio la caja y advirtió que sí, es un cassette, le ha ido creciendo dentro un temblor que tardó casi nada en llegar a las manos, las rodillas, la quijada. Un miedo intrépido, por fatalista. El miedo de quien sabe que pase lo que pase va a hacer lo que va a hacer: ese osito podrá quedarse para siempre sin un niño que lo abraza por las noches, pero Pig no tolera ni la idea de salir del panteón sin esa cinta.

...y con tu espíritu, alcanza a leer Pig en los labios de los deudos, los mira santiguarse, fisgar hacia los lados y hacia atrás: comprobar con alivio la madre, luego el padre, la ausencia de testigos indeseables (con excepción del yo que, oculto entre ellos, profana en la penumbra su nosotros).

¿Yo? duda Pig, no bien ha recordado su calidad de fantasma, su papel de testigo, sus ganas incumplidas de llorar a gritos, y entiende que esta historia no admite más primera persona que Violetta.

Su Violetta.

(Tomado de: Xavier Velasco. Diablo Guardián.  
México, D.F.: Alfaguara, 2003.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**JACINTA ESCUDOS**

Nació en San Salvador, El Salvador, el 1 de septiembre de 1961.

Ha trabajado como traductora y periodista, y publicado en periódicos y revistas de Alemania, México, Estados Unidos, Nicaragua y El Salvador.

En el año 2000 fue escritora residente en Alemania, con los auspicios de la Heinrich Böll Stiftung, y también lo fue en la ciudad-puerto de Saint Nazaire (Francia), en la Maison des écrivains et des traducteurs.

Ha sido ganadora de los X Juegos Florales de Ahuachapán (El Salvador), en la rama de cuento, con el libro Crónica para sentimentales.

Obra: Novela: Apuntes de una historia de amor que no fue (1987); A-B-Sudario (2003); Cuento: Contracorriente (1993); Cuentos sucios (1997); El desencanto (2001) y Felicidad doméstica y otras cosas aterradoras (narraciones, 2002). En el año 2003, ganó el Premio de Novela «Mario Monteforte Toledo» (Guatemala) por su novela Memorias del año de Cayetana (publicada como A-B-Sudario).

Tiene varios libros inéditos en los géneros de cuento, novela y poesía.

**Jacinta Escudos**

**A-B-Sudario  
[ fragmento ]**

The world is a bad place, a bad place.  
A terrible place to live, oh, but I don't wanna die.

("Reflections of my life",  
The Marmalade)

**Del Capítulo I**

**PANORÁMICA:** Te pareces a una película que nunca vi

Música de danzón. Sombras entrelazadas, bailando. Humo acuchillado por una luz que lo atraviesa y que cruza el aire delatando un color gris azulado. Murmullos, risas, frases sueltas. Sonidos de vasos que chocan, rostros que se miran pálidos en la luz mortecina, la noche, la hora, máscaras de payasos, sonrisas extrañas resucitando desde el fondo de una copa. Olores, perfumes revueltos con cigarro y sudor.

La nota burlona de una trompeta saluda la entrada de 3 hombres al Salón «El Egipcio».

Ya adentro, se detienen un momento cerca de la puerta. Notan el cambio de ambiente: del fresco aire de la noche al aire encerrado del salón. Después de algunos segundos, comienzan a caminar buscando un lugar donde sentarse.

Pablo Apóstol tropieza con una silla que arrastra, pesada, por el suelo. Nadie nota el ruido. La trompeta vuelve a sonar

notas burlonas. Pablo mira al músico que la ejecuta: es un tipo de pelo largo, con sombrero negro, sin camisa. Toca con los ojos abiertos y sigue a Pablo con la mirada.

Encuentran una mesa. Homero alaba la posibilidad de vigilar la barra y ver la pista de baile al mismo tiempo.

Tardan unos minutos en ponerse de acuerdo sobre la bebida, la cual depende de la cantidad de dinero que sumen entre los 3. Será noche de whisky.

Una mesera se aproxima y limpia con un trapo rojo los charcos de agua que dejaron vasos anteriores.

Los hombres ordenan

. ... Y vasos bien limpios. La última vez que estuve aquí pretendieron darme un vaso que tenía la orilla manchada con lápiz de labio de quién-sabe-qué-anónima-fulana dice El Fariseo, con especial vehemencia, mirando fijamente a la mesera, quien ignora el comentario y se retira en silencio.

Ninguno habla y los 3 fingen escuchar con atención la música, examinar el lugar, acomodarse al ambiente, al volumen, a los olores.

Pablo Apóstol toma el menú y lo estudia con meticulosidad:

#### SALÓN «EL EGIPCIO»

Bar y baile todos los días desde las 7 p.m.

Gran variedad de licores nacionales y extranjeros.

Happy Hour de 7 a 8 p.m.,

dos tragos por el precio de uno.

Boca incluida:

¡la suya para comerse nuestros platillos!

Especialidad en club-sandwiches.

Miércoles noche de damas, que entran gratis.

Domingo, día de descanso del Señor

y de la dueña del bar.

Atendido gentilmente por su propietaria

doña Florentina Barahúnda Espinoza Meléndez

viuda de Mendoza.

Pablo observa fijamente el ojo egipcio pintado en colores verdes y azules sobre la portada del menú. Pero su atención es distraída por los aplausos y los gritos del público. El conjunto terminó de tocar.

El Trompetista baja del escenario, instrumento en mano, y camina entre los que bailaron, quienes ahora buscan sus asientos. Saluda a algunas personas, ríe, hace señales con la misma mano en que sostiene la trompeta y saluda a otros que se encuentran más alejados. Llega hasta la mesa donde están los 3 sujetos.

¡Mi público fiel! dice entusiasmado, al acomodarse en la silla sobrante.

Los hombres lo saludan, se sirven los tragos. Alzan los vasos, brindan las 4 voces, al unísono:

¡Por La Cayetana!

Y chocan los vasos en el aire, sobre el centro de la mesa.

.....

en el día no miraba a nadie y por las noches salía a la calle, como los murciélagos, en busca de

¿algún antojo particular?

tequila.

ya lo sé. el tequila me mata. me da terribles dolores de cabeza y parece que tengo el pecho lleno de matas de agave y que a cada movimiento que hago, las puntas de sus hojas que tienen unas espinas de ESTE TAMAÑO me rasgan por dentro, me destripan todas las células que aún permanecen vivas, me dan alucinaciones de color ámbar y no puedo pensar ni ver ni dormir, porque lo único que tengo enfrente es la visión de la etiqueta amarilla del Tequila Cuervo, tan bonita la viñeta de la botella, tan delicado el sabor del licor y tan mortífera la mañana siguiente.

tequila me sirve el mesero en una copita chiquita transparente.

(por supuesto que no pido Margaritas. Margaritas son para las mujeres. y yo soy muy Cayetana y no tengo por qué tomar licor con limonada. el licor se toma recto, straight, o mejor no se toma).

tengo la copita enfrente de mí y reflexiono seriamente 4 segundos antes de tomarla, porque sé que es veneno lo que hay allí. pero los demás habitantes del bar no pueden pensar que esta Cayetana tiene miedo de una inofensiva copita puesta delante de ella, yo fingo ser muy cool, muy acá yo, sofisticada mujer que ha bebido tanto que lo que hay dentro de aquella copita es apenas un inofensivo colutorio bucal. lo que tengo que evitar que se me note en la cara es que me tomaré aquella copita porque no encontré cocaína ni marihuana y porque si no me la tomo continuaré siendo ésa que no quiero ser de noche, ni de día, ni a ninguna hora.

quiero negarme a mí misma, tomar la goma de un lápiz y borrarla y no saber que existo / pero eso es muy fácil, honey, ¿no has oído hablar de la muerte? / ¡por supuesto que sí, idiota!, ¿o qué te crees?, que me tomo un par de copitas y me atasco de cocaína y marihuana por lo bien que se siente?

¿vas a dejar por fin que te cuente cómo lo conocí?

volvamos a la escena del crimen, la noche de los hechos / no, no puedo recordar la fecha / entonces, estoy sentada delante de esta copita transparente llena de tequila, pensando en todo lo que voy a sentir al día siguiente / estoy en el Salón «El Egiptio» / por supuesto que estoy sola, ya sabes que siempre salgo sola / siempre quise conocer ese lugar. es un bar pero los fines de semana tienen música en vivo y se baila. la dueña del lugar está absolutamente loca. es una de esas viudas millonarias que no sabía qué hacer con todo el dinero que le dejó su esposo al morir, entonces decidió montar este Salón. todos los muebles son extraños, antiguos y toda la decoración es imitación de muebles y adornos egipcios. a la entrada, hay un letrero colgante con un gran ojo faraónico pintado en dorados y lapislázulis, pero todo muy sobrio, de buen gusto, no te creas que es una guarida del kitsch. el tequila.

pues si me sigues interrumpiendo tanto no podré ni contártelo porque de sólo acordarme de la copita transparente llena de tequila que sigue allí puesta sobre la barra, y yo mirándola, y el cantinero haciéndose el que no le importa, secando vasos con una toalla blanca, me da borrachera de nuevo / entonces, estoy velando la copita de tequila cuando miro una mano (que no es la mía), agarrar la copa desde mi flanco izquierdo. sigo con la mirada la copa que termina inclinándose frente a la boca de un perfecto desconocido, que luego de terminarse el trago hace un aaaaaahhhhh del puro gusto, y se seca los labios con la manga larga de su blanca camisa.

por supuesto que estoy enfadada, y el tipo pone la copa vacía justamente enfrente de mí, y me dice:

no le haga tanta devoción y toméselo de una vez, porque si no, viene y se sienta un sediento como yo junto a usted y le roba el trago. además, al tequila no se le reza tanto.

tuve deseos de escupirle pero no lo hice porque pensé que quizás lo conocía de alguna parte, pero por más que me fijaba en él no podía ubicar su rostro y me parecía que todo era un espejismo ocasionado por la luz tenue y oscura que siempre hay

en aquel Salón infame.

no le dije nada, ni siquiera quise ver su rostro de nuevo. no sabía de dónde se había aparecido, no me di cuenta cuando se sentó junto a mí, silencioso como un ratón.

hice gala de todas mis potencialidades psíquicas para llamar mentalmente al cantinero y que me sirviera otra copa, porque no me sentía ni con el ánimo de hablar en voz alta, ni de levantarme, ni de escupir, ni de escuchar la música. nuevamente quise tomar el lápiz y borrarle con la goma, mejor aún, quería borrarlo a él, decirle que se fuera. y por supuesto que tendría que pagar el trago, total, que él se lo había tomado.

¿no va a pedir otro? me preguntó el muy descarado.

y yo seguía pensando que su rostro me era familiar e identifiqué sus ojos. eran igualitos a los de James Cagney, unos ojos así, de mirada muy abierta y chispeante, unos ojos que concuerdan en esa cara de pícaro que solamente tienen Cagney y este extraño que está sentado junto a mí.

el pensamiento me causa risa y tengo, simplemente tengo que decírselo:

usted se parece a James Cagney en «Public Enemy».

¿James Cagney?

y se rió y se rió y se rió.

vaya, cuánto rato se rió. yo me reí con él. y de pronto, ambos callamos. sin saber qué decir. fui yo la que pidió otro par de tequilas.

¿se los va a tomar usted solita?

no. el otro es para usted.

el tipo sonrió.

(Tomado de: Jacinta Escudos. A-B-Sudario.  
México, D.F.: Alfaguara, 2003.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Óscar Núñez Olivas**

**Los gallos de San Esteban  
[ fragmento ]**

Gerardo Montejo despertó con un mal presentimiento, una sensación de vacío que era estomacal pero que debía proceder del alma, dondequiera que ésta se escondiera. Salió de casa temprano, sin despedirse de su mujer ni tomar el desayuno, persuadido de que ese día, miércoles santo y de canícula, sería el último para el pobre Orfeo, el mejor de sus gallos de pelea. Era un animal espléndido, orgulloso y valiente como pocos, y en otras circunstancias hubiera preferido no exponerlo al sacrificio, pero hay lujos que un hombre no puede permitirse y uno de ellos es jugarse la fama de su hombría. Así lo había creído y repetido siempre y, vea usted, no era momento para desdecirse. Con el gallo bajo el brazo, anduvo a paso apurado las ocho cuadras desde su casa hasta la gallera, el ala del sombrero sobre la cara para no ver a nadie, para no tener que saludar ni entretenerse en pláticas y explicaciones para las que no estaba de humor. De aquéllos que toparon con él en el trayecto, muchos se apresuraron a correr apuestas a favor del otro, de Narciso Reyes, porque aquella actitud escurridiza de Gerardo decía claramente que iba derrotado de antemano. Quien conozca de la materia, sabe que al combate los gallos aportan ala, espuela y pico, pero que la rabia o la ambición necesarias para ganar la adquieren de su amo por contagio, y aquella mañana no parecía Gerardo el ganador empedernido que solía ser, sino un simple hombre que va arrastrado por las circunstancias. No se trata de que dudara de las habilidades del gallo, resultado final de una larga y estudiada serie de cruces, ni de que el bicho no le hubiera dado motivos suficientes para tener confianza: diecinueve victorias por knockout en menos de cuatro meses. Era que las pesadillas le habían sembrado el corazón de augurios.

Desde que supo que la pelea sería ineludible, había tenido el mismo sueño en tres ocasiones: se veía caminando sobre un valle desértico y frío, en dirección a unos cerros de roca descarnada que se recortaban en el horizonte contra un cielo negro de tormenta. De repente, saliendo de entre aquellas elevaciones grises, aparecía la figura de Orfeo volando con acrobacias de gerifalte. El gallo planeaba largamente sobre el valle, descendía hacia él, giraba sobre su cabeza y cuando estaba a punto de posarse a su lado, las alas grandes y el pico corvo cual ave de rapiña, se revolvía en convulsiones, cacareaba de una conmovedora manera y acababa explotando en cascadas de sangre y plumas multicolores. En cada ocasión, el sueño se repetía idéntico a la anterior y Gerardo despertaba con el pecho a tumbos y una cosa en la garganta que era como ganas de llorar y de salir huyendo. Por eso, por culpa de los sueños, estaba convencido de que Narciso Reyes acabaría humillándolo también en la gallera, como había intentado hacerlo en todos los terrenos. ¿Y qué podía hacer para evitarlo? Eludir la pelea habría significado una vergüenza mayor, puesto que él mismo lanzó el desafío y nadie en San Esteban iba a aceptar como honorable el argumento de que había actuado a la ligera, atraído por el cebo de una provocación... porque no otra cosa fue lo que la retorcida maña de Narciso Reyes puso en su camino. Otro menos taimado hubiera soltado un reto directo y Gerardo pudo haber respondido "no me interesa", "no está a mi nivel" o algo por el estilo. Pero Narciso tuvo el tiento de llegar a El Mirador a la hora apropiada, esperar a que estuviera callada la rockola y hablar en tono lo bastante alto para que todo el mundo lo escuchara.

Gerardo Montejo dijo no es más que un boca grande. Se las tira de buen criador, pero hasta el más tierno de mis gallos le quebraría el cogote a su famoso Orfeo.

Una hora más tarde, aquellas palabras habían llegado a oídos de Gerardo y recorrían las calles del pueblo como aguas de aluvión. Una vez derramada la noticia de la ofensa ¿qué opciones le quedaban? Ciertamente ninguna, porque bien se puede ignorar un insulto proferido en público, pero de ese modo no se gana respeto y, sin éste, difícilmente sobrevive un hombre. Es un bien tan esencial como la tierra o la pistola, pero a diferencia de estos dos, que se compran con dinero, el respeto sólo se obtiene con valentía demostrada, con integridad y sentido del honor. Por esas razones, fue lógico que Gerardo Montejo respondiera con su natural laconismo y sin pensarlo dos veces:

El miércoles a las diez de la mañana, que lleve al más pintado de sus gallos.

Al entrar a la gallera, ese día y a esa hora puntual, el barullo de casi un centenar de gargantas se apagó de golpe. Levantó ligeramente el ala del sombrero que llevaba sobre el rostro, nunca se supo si a modo de saludo para la concurrencia toda o para cruzar con su rival aquella primera mirada dura y fugaz de la que sólo los más atentos y observadores pudieron percatarse. Sin más preámbulos se dirigió al centro del redondel, a la pequeña arena de los emplumados, y de camino estrelló contra la alfombra de aserrín una saliva grande y viscosa, acompañada por un gesto difícil de describir, pero fácil de comprender. No es lo mismo un escupitajo casual, un desecho simple, que la lluvia lava sin consecuencia alguna, y otro expulsado en presencia del enemigo y con el ánimo consciente de agraviarlo, caminando cadenciosamente y sonriendo sólo con la mitad de la boca, de ese modo burlón que es un desafío en código olanchano.

Desde hacía una semana, en el pueblo sólo se hablaba del asunto, pues todo el mundo sabía que, más que de una pelea de gallos rutinaria, se trataba de una revancha vieja, un ajuste de cuentas largamente postergado. La expectativa era grande porque nunca conoció San Esteban animadversión tan enconada, rencor tan purulento como aquel entre Narciso

Reyes y Gerardo Montejo, un odio que sólo puede germinar, como era su caso entre quienes se han querido a la buena o han tenido muchas cosas en común. Todo el mundo sabía la historia detalles más, detalles menos de aquella buena amistad y de cómo y por qué desembocó en un aborrecimiento mortífero. Nadie en el pueblo desconocía este trasfondo sórdido, ni ignoraba que el origen de la rivalidad había sido una mujer y que esa mujer, Angelina Erazo, era la desdichada esposa de Gerardo Montejo. Andarían ambos por los diecinueve cuando la manzana de la discordia llegó al pueblo procedente de Catacamas y se instaló en medio de los dos como un obstáculo insalvable. A partir de entonces, lo que había sido una amistad a prueba de naufragios derivó en una competencia descarnada por sus favores de amor y, poco después, cuando se hizo evidente que Gerardo había ganado la batalla, en una hostilidad abierta y arrasante. Era una historia harto conocida en San Esteban y a ello se debía la concurrencia inusual y la atmósfera de curiosidad malsana que se respiraba aquel miércoles santo en la gallera. Casi un centenar de hombres... y si no había más no fue por falta de interés, sino porque muchos temían desoír las advertencias del padre Vicente, que llevaba dos años tratando de erradicar del pueblo las peleas de gallos. Una práctica "de inspiración satánica", decía el párroco para asustar un poco, aunque bastante claro tenía porque en su oficio lo constataba a diario que tratándose de concebir ruindades, la mente humana dispone de recursos propios e inagotables.

Los ritos iniciales fueron expeditos porque había en la gallera un ánimo de mucha prisa, de una cierta ansiedad de resultados. Puestos en la romana, los dos animales pesaron aproximadamente lo mismo; rápidamente les fueron colocadas las espuelas y tras un enérgico masaje de muslos y pechugas, previamente desplumados, fueron sometidos en el suelo a un breve zarandeo para comprobar su sentido de orientación y equilibrio. Para completar la ceremonia, antes de lanzarlos a la arena, el juez y su ayudante presentaron al público las aves: el canelo Orfeo, ganador de diecinueve batallas, y el albo Blancanieves, vencedor de catorce justas: un encuentro de campeones.

Avanzando a saltos, erizada la cola, abiertas las alas y el pescuezo erguido, los gallos corrieron desde puntos extremos del pequeño redondel y se encontraron más o menos en el centro, con una sacudida brutal que produjo una explosión de plumas y un griterío de novilleros ávidos. Luego de este choque inaugural, los combatientes dieron muestras de mutuo respeto y empezaron a moverse en círculos, lanzándose esporádicos y estudiados picotazos, las alas y la cola desplegadas, levantando mucho las patas al caminar para no herirse a sí mismos con los sables de las espuelas. Por momentos semejaban estilizados bailarines de academia, ejecutando una danza de guerra precolombina. El aire de la gallera, mientras tanto, se iba llenando con los gritos de las apuestas. "Doy cien a Morfeo", vociferó un hombre enseñando los billetes desde la gradería. "Ciento cincuenta a la Bella Durmiente", respondió otro más abajo, siguiendo la costumbre de confundir deliberadamente, por simple guasa, el nombre de los animales. No acababa el apostador de hacer su oferta cuando el gallo de Narciso Reyes ejecutó un salto espectacular, trabó el pescuezo de Orfeo cerca del sitio donde alguna vez tuvo la cresta, y en un movimiento imperceptible para el ojo humano le clavó la espuela en el costado, bajo el muslo izquierdo. Al campeón se le dobló ligeramente la pata, trastrabilló un segundo y antes de que Blancanieves intentara el golpe de gracia, retrocedió con el cuerpo ladeado, en un movimiento instintivo de sobrevivencia. El heridor pareció estimulado con el olor de la sangre que empezó a manar por la carne abierta y arreció el ataque: su pico buscaba enloquecidamente el pescuezo del enemigo, pero éste se le escurría bajo el ala, lo que dio pie a muchos comentarios elogiosos sobre la astucia del gallo de Gerardo Montejo.

Si éste fuera boxeador, sería Muhamed Alí dijo un jornalero, qué bien esquivó los golpes.

Pero si no ataca, es gallo muerto acotó su compañero.

Doy doscientos a Blancanieves se atrevió otro apostador, estimulado por la evidente superioridad que empezaba a mostrar el gallo de Narciso.

En un rincón del redondel, el espectáculo empezaba a cambiar de tono... literalmente. Las plumas de Blancanieves eran suavemente rosadas y los hermosos matices entre el gris y el castaño de Orfeo se asimilaban al bermellón. Unas seis veces intentó este último responder al asedio de su rival, pero el bicho era escurridizo y las espuelas se agitaron en el aire sin llegar a su objetivo. La batalla empezaba a prolongarse y el volumen de los gritos, que alentaban en su mayoría al gallo de

Narciso, subía por momentos. No sólo los apostadores de oficio alentaban al gallo blanco, sino también los amigos de Narciso que eran muchos y bochincheros, y que habían acudido en masa. Al calor de aquellas excitativas, Blancanieves logró inmovilizar una vez más el pescuezo de Orfeo y en un ágil vuelo alcanzó a rasgarle la piel bajo las alas. El animal cayó con una intensa hemorragia y ya se le daba por muerto, pero el juez principal, habituado a la maña de algunos emplumados, no se dejó impresionar por los clamores de quienes pedían detener la pelea y puso a correr el cronómetro que colgaba atado a una cuerda desde el techo, a un lado del rondón.

Hay que dar los dos minutos de ley dijo, si no se levanta, entonces sí... está fuera. Pero Orfeo no daba signos de poder levantarse. Varias veces le picoteó Blancanieves las alas y la cola, como queriendo cerciorarse de que su victoria era total e inapelable y el otro animal apenas si movía la cabecita, de un aspecto intensamente sanguíneo. Sin embargo, estaba el juez a punto de dar por concluida la pelea, cuando Orfeo surgió de sus cenizas y voló en forma espectacular sobre el enemigo. El pico se clavó con fuerza atroz en el cogote del otro y sus espuelas de carey penetraron blanda y profundamente los ojitos, redondos y asustados, que, ya no habría de necesitar nunca más el gallo de Narciso Reyes. La cabeza de Blancanieves se derrumbó como un colgajo inútil antes de que el resto del cuerpecito cayera rígido al suelo, convertido en una masa de plumas bermejas y viscosas.

Gerardo Montejo tomó a Orfeo entre sus brazos y le acarició la pechuga, buscando evitar que la rabia asesina, que aún le hacía retorcerse, le provocara su propia muerte. El hombre, por su parte, se sentía invadido de una felicidad enconosa, pero tuvo el cuidado de hacer que no se le notara, de mantener la compostura y actuar como si sólo hubiese despachado un asunto de rutina. Eso creía redondeaba su imagen de vencedor y acrecentaba la humillación de su enemigo. No habló con nadie y apenas sí aceptó con un rápido apretón de manos las varias felicitaciones que recibió, mientras se dirigía a la salida. Lamentaba haber creído con tanta ingenuidad en el poder premonitorio de los sueños y se prometía a sí mismo no volver a dejarse influir por supersticiones tontas, cuando una voz fuerte, insuflada de amargura, se elevó por encima del bullicio.

Muy bueno el gallito le espetó Narciso, ahora echáselo a tu mujer para que le haga el favor.

Gerardo se detuvo en seco, inseguro de haber escuchado lo que le pareció escuchar. A veces las palabras, lo mismo que las representaciones en los sueños, se nos empastelan en la cabeza y nos arrojan por el despeñadero de los significados equívocos. Podía tratarse también de un error de los sentidos: tal vez había dicho "lleváselo a tu mujer para que lo haga en guiso", o "hacé el favor de decirle a tu mujer que el gallito es muy bueno" o cualquier otra frase inofensiva. Todo esto lo pensó en fracciones de segundo, pero hubo algo que lo convenció de que nada bueno ni inocente podía haber emitido el alma emponzoñada de Narciso y fue aquel silencio fúnebre que dejaron sus palabras y ese movimiento instintivo de quitarse del medio con que, al unísono, reaccionaron los espectadores.

Gerardo Montejo creía que era un secreto celosamente guardado por él y su mujer, pero la situación del matrimonio era de dominio público. La misma Angelina Erazo había cometido la infidencia, aunque sin mala fe, buscando en su mejor amiga un poco de la compasión que todos necesitamos para vivir.

Deberías buscar un buen doctor le había aconsejado la amiga, andan muchos comentarios de que sos una mujer incompleta, que ya deberías haberle dado nietos a don Lucio.

Lo cual no era novedad para Angelina, porque a diario recibía presiones de la familia de su marido y de la suya propia. Pero que fuera Lucrecia, su entrañable amiga, quien llegara a reprochárselo por ignorancia, le pareció la más acabada de las injusticias.

Ya me han visto doctores le salieron las palabras del fondo de su aflicción, y estoy perfectamente. El problema es él.

¿Gerardo es estéril? la miró Lucrecia con ojos de huevo frito.

Ojalá estalló en lágrimas Angelina Erazo, es impotente.

Fueron palabras de desahogo. Después de todo ya había guardado silencio por cerca de cuatro años. ¿Qué perjuicio podía derivarse de que una tercera persona, la más cercana a sus afectos, le ayudara a cargar su pesadumbre? Ella pensó que todo acabaría en aquella conversación balsámica, lo mismo que Lucrecia imaginó que su hermana Angelita sería la última en saberlo...

Muy bueno el gallito, ahora echáselo a tu mujer para que le haga el favor gritó Narciso

Reyes y, casi simultáneamente, se fue arrepintiendo de lo que había dicho. El desenfado verbal fue causa de muchas de sus desdichas; la imprudencia era en él como un torrente interior que se le desbordaba sin aviso, pero nunca lo había colocado, como ahora, en una encrucijada tan temible. Si hubiera sido de alguna utilidad, si hubiera podido evitar lo que sabía que

estaba a punto de suceder, se habría disculpado. Pero hay caminos que no tienen retorno y, uno de ellos, es la virilidad ultrajada de un hombre que se precia de tal, aunque sea un estropajo.

Gerardo se detuvo en seco, giró lentamente sobre los talones, al tiempo que su mano derecha soltaba el ala del gallo y se enrumbaba hacia la funda del revólver. Casi no veía ni escuchaba; los sentidos se le habían embotado de golpe y todo su cuerpo se hundía lentamente en un tremedal de rencor y de vergüenza. Sin embargo, cuando estuvo frente a Narciso, el arma apuntando al sitio de su corazón, un sentimiento imprevisto lo hizo titubear: fue un destello del pasado, una escena efímera de aquella vieja amistad, que le hizo pensar que, no obstante las encarnizadas competencias y las ofensas recíprocas, Gerardo seguía siendo su hermano y que, al matarlo a él, moriría una parte de sí mismo. Fueron dos segundos de duda, el tiempo suficiente para que Narciso acabara de sacar su arma e hiciera un único disparo.

Presa de convulsiones, Gerardo Montejo cayó de espaldas mientras un chorro de sangre brotaba de su garganta como de un grifo abierto. Lo último que sus ojos vieron fue un aleteo enloquecido y una lluvia de plumas ensangrentadas, cayendo inconteniblemente sobre su pecho agonizante.

(Tomado de: Óscar Núñez Olivas. Los gallos de San Esteban.  
Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 2000.)

**MUESTRARIO DE TEXTOS Y SOBRE ESCRITORES  
INVITADOS A LA 7 FERIA INTERNACIONAL  
DEL LIBRO EN CENTROAMÉRICA (1 AL 6 JULIO DE 2003)**

---

**Piedad Bonnett**

Nació en 1951. Es licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes donde es profesora desde 1981. Con maestría en Teoría del Arte, Arquitectura y Diseño en la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado cuatro libros de poemas: De círculo y ceniza, (1989, reedición 1995), Nadie en casa (1994) El hilo de los días (1995), Ese animal triste (1996) y Todos los amantes son guerreros (Norma, 1997). En marzo de 1998 Arango Editores publicó una antología poética de su autoría con el título No es más que la vida y, en junio del mismo año editorial Pequeña Venecia de Caracas publicó una selección poética. Con el primero de sus libros recibió Mención de Honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz. Con El hilo de los días ganó el Premio Nacional de Poesía otorgado por Colcultura en 1994. Piedad Bonnett es autora, además, de dos obras de teatro, Gato por liebre y Que muerde el aire afuera, montadas por el Teatro Libre bajo la dirección de Ricardo Camacho. Este grupo utilizó también su versión en verso de Noche de epifanía de Shakespeare para uno de sus montajes. Una traducción suya de la misma obra hace parte de la colección Shakespeare por escritores de Editorial Norma (1999-2000). Su traducción de El cuervo, de Edgar Allan Poe, fue publicada en 1994. Fue merecedora, en 1992, de la Beca Francisco de Paula Santander por un trabajo de dramaturgia y en 1998 de una de las Becas de Investigación del Ministerio de Cultura con el proyecto "Cinco entrevistas a poetas colombianos". Sus cuentos y ensayos han sido publicados en distintas revistas y periódicos del país y del extranjero, y han recibido premios nacionales e internacionales.

**Piedad Bonnett**

**Después de todo**

Fuera del cuerpo sólo hay desesperación. Después de asistir al derrumbamiento de su mundo de afectos y certezas, Ana se juega una última carta de la mano de una desconocida. La protagonista se pregunta si ha sido feliz alguna vez. Quizá eso sea todo: por unas cuantas horas de dicha, muchas de memoria y olvido. Para Piedad Bonnett "lo prosaico es susceptible de ser poetizado en la medida en que sepamos leer sus señales, toda la secreta corriente de vida y muerte que podemos descifrar en la calle, en la conversación trivial, en las sábanas que se destienden". Eso es Después de todo. Ésta, su primera novela, es un privilegio para sus lectores.